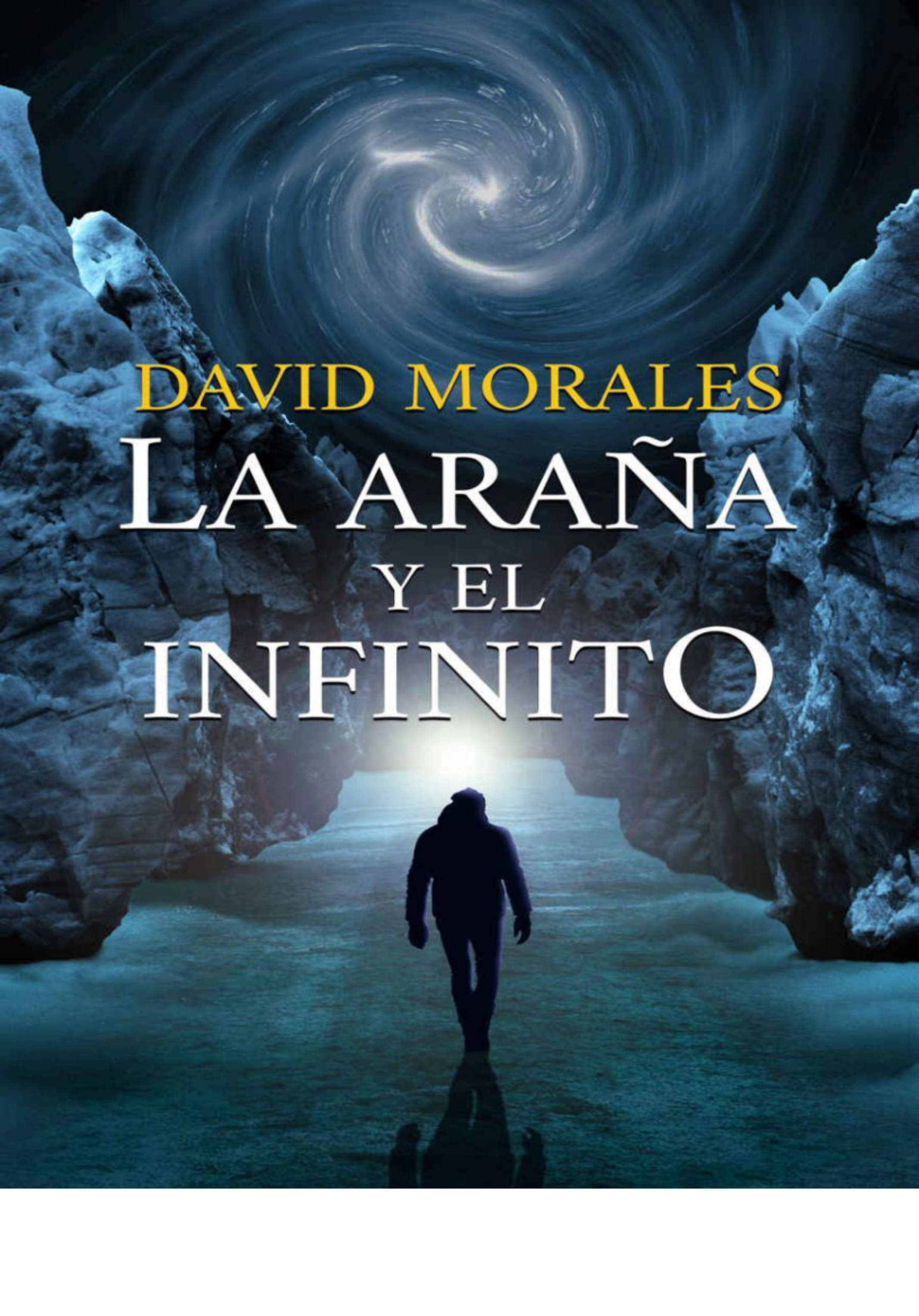

DAVID MORALES
LA ARAÑA
Y EL
INFINITO

Contents

Prólogo

Aunque el protocolo lo prohibía expresamente, el comandante Boyle solía disfrutar compartiendo anécdotas con su equipo durante las comprobaciones rutinarias de la estación BK1. En los más de doscientos días que los tres hombres llevaban en órbita habían alcanzado tal destreza que podían permitirse combinar ambas actividades sin comprometer la seguridad de la nave o de sus tripulantes.

Aquel día el chascarrillo de turno corría a cargo del capitán Lamberg. Sin dejar de pulsar botones y realizar verificaciones, contaba los escabrosos y poco creíbles detalles de uno de sus últimos encuentros íntimos en tierra. El teniente Steiner, el más joven del grupo, apoyaba el relato con breves carcajadas que se debatían entre el disfrute y el rubor.

El momento se vio interrumpido por el estridente sonido de una alarma.

—¡Tenemos movimiento! —exclamó Boyle mientras flotaba hacia la cabina de mando.

Los otros dos hombres le siguieron a través del tubo y los tres ocuparon sus respectivos puestos. La gravedad del momento podía intuirse en el rostro de cada uno de ellos.

—Cámaras en posición. —Lamberg manejaba con seguridad y destreza el cuadro de mandos—. Localizadores preparados.

—Steiner, deme contacto con tierra —ordenó Boyle.

—Contacto con tierra establecido —respondió Steiner—. Puede hablar, comandante.

—Les habla el comandante Boyle de la estación BK1. Acabamos de detectar movimiento de rotación del objeto, enviadas coordenadas de la vertical sobre tierra, localizadores listos para seguimiento, posible salida inminente.

—Recibido BK1. —La voz sonaba con tal claridad a través de los altavoces, que casi parecía que hubiese una cuarta persona a bordo —. Asegúrense de seguirlo el máximo tiempo posible, los cazas están en camino.

Boyle y Steiner se inclinaron hacia el cristal para mejorar su visión del artefacto que flotaba frente a la estación. Con el tiempo se habían acostumbrado a su estática presencia y, tal vez por ello, les sobrecogió aún más ver cómo aquella enorme mole oscura viraba con evidente voluntad propia y finalmente iniciaba su descenso hacia el planeta.

A unos 500 kilómetros por debajo de la órbita de la BK1, el

presidente de los Estados Unidos, Edward Hudson, mantenía una reunión con su gabinete en el despacho oval.

—Señor, estamos algo preocupados por el efecto que nuestra postura respecto al cambio climático pueda tener en el índice de popularidad. —Bill Bernstein sacó un legajo de entre una pila de documentos y se lo tendió al presidente—. Estos son los últimos datos de intención de voto.

—¡Vamos Bill, aún faltan 2 años para la reelección! —exclamó el presidente.

—Soy muy consciente señor, pero la cobertura que los medios están dando a este asunto va en aumento y se está convirtiendo en un motivo de preocupación para los votantes, incluso entre el electorado republicano. —Bill le entregó otro dossier a Hudson—. En esta encuesta lo puede observar al detalle.

—Lo único que veo es que nos mantenemos en intención de voto. —El presidente arrojó a la mesa el primer dossier y comenzó a hojear el segundo—. Y aquí veo los mismos temas de preocupación de siempre en los primeros puestos.

—El problema del clima ha pasado del puesto cincuenta al veinte en sólo un año —replicó uno de los asesores—. Las decisiones que tomemos ahora sobre este tema nos podrían explotar en la cara a largo plazo.

—Os diré algo, —Hudson se levantó de su asiento—. Desde que estoy en este cargo he visto docenas de informes científicos que dan por cierta la influencia del hombre en este proceso, y otros tantos que avalan justo lo contrario, así que tiendo a seguir realizando las políticas que mis ideales me dictan. No voy a someter a nuestro país al calvario de una reestructuración de nuestro modo de vida para solucionar un problema que nadie puede asegurar que estemos provocando. En cuanto a la reelección, tengo fe en el votante conservador, estoy seguro de que pensará como yo llegado el momento.

Se produjo un silencio, todos en la sala conocían lo suficiente a Edward Hudson para saber que cuando se dirigía a ellos en «su solemne tono», no había argumento que pudiera hacerle cambiar de opinión.

La reunión continuó ajena a lo que estaba pasando a solo unos metros, en la segunda planta. Allí, un agente de la seguridad presidencial que custodiaba la puerta del dormitorio Oeste, asignado a la hija del presidente, comenzó a escuchar un extraño ruido procedente del interior. Alertado por la creciente intensidad del zumbido, se acercó dispuesto a llamar y se percató de un resplandor que surgía de debajo de la puerta. Sacó su arma, entró en la habitación y se topó con lo imposible.

Rodeada de un fulgor cegador cuyo origen no pudo identificar, estaba la hija del presidente, Lea. La chica levitaba inconsciente en un lento ascenso hacia el techo de la estancia. El agente la agarró y trató inútilmente de tirar de ella; era como si una poderosa fuerza invisible la mantuviera atada a la nada y la siguiera elevando. No podía alcanzar el pulsador de su intercomunicador sin soltar a la chica, así que trató de gritar para pedir ayuda. Súbitamente el resplandor y el ruido elevaron su intensidad hasta un punto insoportable; la luz le cegaba incluso a través de sus párpados cerrados y, de repente, todo cesó. Cayó al suelo y abrió los ojos buscando a Lea. Se incorporó y registró en vano todo el aposento, estaba solo allí, la muchacha había desaparecido.

1

Michael no podía dejar de observar a aquel individuo. Buscaba en cada uno de sus gestos una razón para confiar en él, para autoconvencerse de que era buena idea poner su vida y la de su compañero en sus manos. El tipo en cuestión, un hombre enclenque, sin dientes y de aspecto algo más que descuidado, parecía afanarse con poco éxito en preparar las cuerdas y el equipo que debían llevarles al fondo de la grieta.

—¿Crees que sabe lo que hace? —preguntó Michael en voz baja.

—Es posible, aunque poco probable. —Pete preparaba la mochila con el equipo fotográfico—. Lo cierto es que tiene aspecto de no saber ni atarse los cordones.

Otro hombre se acercó a la pareja, era Bashir, la persona que les había llevado hasta allí.

—¿Todo bien, señor Cohen? —preguntó con un marcado acento.

—En realidad estamos algo inquietos, —Michael se aproximó al afgano—. Nos preocupa tu amigo, el genio del rápel.

—¿Se refiere a Hamed? —dijo Bashir señalando discretamente al desdentado que en ese momento observaba una de las cuerdas con la expresión de un mandril que tratase de resolver un cubo de Rubik.

—Al mismo.

—¡Puede estar tranquilo señor Cohen! —El afgano exhibió su mejor sonrisa mientras agarraba amistosamente el hombro de Michael —. Hamed es de mi total confianza.

—Tienes que conseguirme a otra persona.

—¿Otra persona? —El tono de Bashir se volvió más serio—. El tiempo apremia señor Cohen, en esta zona domina una tribu de nómadas pastunes poco acostumbrados al contacto con extraños, no sabemos cómo reaccionarían si nos descubren en su territorio.

Michael se volvió hacia Pete en busca de consejo; el fotógrafo negaba con la cabeza.

—No es buena idea —dijo Michael por fin.

—Escuche, —El afgano pasó su brazo por encima del hombro de Michael y comenzó a caminar junto a él—. Les prometí que les ayudaría a cruzar hasta el sur de Afganistán y cumplí mi promesa. Les dije que les traería al desierto de Registán cruzando la zona restringida hasta la grieta y aquí estamos. Ahora le digo que llegarán a salvo abajo y lo harán, confíe en mí.

Michael accedió a regañadientes y, poco después, los dos hombres estaban descendiendo por la grieta. La caída de unos ochenta metros se les hizo eterna y no se sintieron seguros hasta tocar tierra.

Michael comenzó a buscar por los alrededores. Según le había contado su informador semanas antes, una vez hubiera bajado desde ese punto concreto encontraría la entrada a una gruta marcada con pigmento rojo. Había multitud de entradas a cuevas allí, pero ninguna parecía presentar la señal.

—Espero que no sea esa —dijo Pete señalando a un círculo marcado encima de un pequeño agujero en la pared—. No pienso meterme ahí.

La entrada de la gruta no tendría más de cuarenta o cuarenta y cinco centímetros de diámetro y, aunque por su complexión ambos podrían caber, la idea de aventurarse por ese hueco resultaba aterradora. Michael se acercó y asomó la cabeza al interior para echar un vistazo.

—No te preocupes, se amplía en el interior, —Michael sacó la cabeza y le pasó la mochila a Pete—. Pásamela cuando esté dentro.

Pete puso los ojos en blanco.

—¿En serio vamos a entrar?

—Vamos Pete, un último esfuerzo, ya casi estamos.

Con bastantes dificultades, los dos hombres consiguieron introducirse por la abertura. Una vez dentro, caminaron agachados por una estrecha galería en total oscuridad. Tras un recodo vislumbraron una tenue luz que les indicó que la salida estaba próxima, aceleraron el paso por pura inercia y finalmente desembocaron en una enorme caverna repleta de diferentes entradas a otros túneles e iluminada por los rayos del sol que tímidamente entraban por algunas grietas de su alto techo.

Justo en el centro de la sala estaba lo que habían venido a buscar. Una pirámide de unos veinte metros de altura que presidía la estancia dándole el aspecto de un lugar salido de otro mundo.

Pete sacó su equipo y comenzó a trabajar mientras que Michael observaba maravillado la absoluta magnificencia del edificio.

—Ven aquí Pete. —Michael estaba agachado palpando la piedra—. ¿Puedes ver la línea?

—No veo nada —Respondió Pete.

—Acércate. —Cogió la mano del fotógrafo y la puso sobre la roca—. ¿La notas? Es la junta entre los bloques que forman la pirámide, es tan perfecta que con esta luz ni siquiera es visible.

—La noto, —Pete parecía perdido—. ¿Qué significa?

—Significa que sería necesaria una tecnología muy avanzada para construir algo con tal nivel de perfección, incluso con los medios de hoy en día nos resultaría muy complicado. Por no mencionar la dificultad que entrañaría levantar una edificación como esta aquí abajo. El informante me contó que los lugareños han mantenido en secreto la existencia de la pirámide desde épocas inmemoriales. A

falta de una explicación mejor, yo diría que nos encontramos ante un *Oopart.*[1]

—¿Un *Oopart*?

—Un objeto fuera de contexto, cuya existencia desafía la cronología histórica ortodoxa.

Un murmullo procedente de uno de los túneles interrumpió la conversación.

—Viene alguien, recojamos todo, ¡rápido! —exclamó Pete.

Buscaron con la vista la galería por la que habían accedido al lugar, quedaba al otro lado de la pirámide. El rumor parecía cada vez más cercano, así que se refugiaron en la cavidad más próxima que encontraron. Desde allí observaron cómo un grupo de unos cincuenta hombres salía de uno de los corredores, lo hacían ordenadamente y se iban colocando alrededor de la pirámide, a cierta distancia unos de otros. La luz de sus antorchas fue inundando poco a poco el espacio sacando un brillo fantasmagórico a la piedra oscura con la que estaba construida la mole.

Un hombre destacaba en el grupo, su actitud y avanzada edad le delataban como alguna suerte de patriarca. El anciano rodeó la pirámide hasta colocarse de espaldas al improvisado escondrijo, se arrodilló y comenzó a rezar. El resto de los congregados se colocaron también de cara al monumento e hicieron lo propio.

—¿Quién es toda esta gente? —Susurró Pete.

—Imagino que los nómadas pastunes de los que hablaba Bashir.

—Hay que largarse de aquí antes de que nos vean, —Pete se incorporó—. Tal vez este túnel tenga salida a algún sitio.

—Agáchate y quédate quieto donde estás, este lugar es un laberinto de galerías subterráneas. Si nos adentramos ahí probablemente nos perderemos, lo mejor es esperar a que acaben y volver por donde hemos venido.

Agazapados en la oscuridad, esperaron unos minutos. De pronto, el vetusto líder se irguió y, permaneciendo aún de rodillas, se volvió lentamente hasta quedar mirando hacia la gruta donde se ocultaban los dos hombres. Michael sintió un escalofrío, aquel hombre parecía estar clavando sus ojos en ellos. Pensó que era imposible que pudiera verles, protegidos como estaban por aquella espesa negrura, pero la mirada segura y desafiante del líder parecía probar lo contrario.

Por fin, el anciano se volvió de nuevo hasta su posición inicial, no sin antes haber hecho un discreto gesto a dos de sus hombres que abandonaron sus puestos y salieron del ángulo de visión de los intrusos.

—¿Crees que nos ha visto? —A Pete le temblaba la voz—.

Parecía mirarnos fijamente.

Antes de que Michael pudiera contestar, ambos sintieron sendos cuchillos apuntando a sus gargantas. De algún modo, los hombres enviados por el anciano habían accedido desde atrás a la galería donde se ocultaban.

Michael y Pete fueron maniatados y llevados a través de una maraña de interminables pasadizos que subían, bajaban y se bifurcaban. El paseo duró unos treinta minutos, tras los cuales llegaron a un espacio algo más abierto y en cuyo fondo se adivinaba una escalinata. El ascenso les llevó otro tanto y, por fin, salieron al exterior a través de una estrecha grieta. Allí les esperaba un vehículo en el que completaron el trayecto hasta el asentamiento pastún. El coche fue abriéndose paso a través de las estrechas calles rodeadas de chabolas y tiendas y llegó al centro mismo del enclave. Les hicieron bajar y entrar en una carpa que sobresalía sobre las demás. Una vez dentro, los raptores les desataron y les obligaron a sentarse.

—Se acabó, de esta no salimos, —Pete masajeaba sus muñecas doloridas por las ataduras—. Estaba claro que algún día tenía que ocurrir.

—No seas tan dramático —replicó Michael—. Aún estamos vivos, si hubiesen querido deshacerse de nosotros lo habrían hecho allí abajo, ¿no crees?

—Tal vez quieran sacarnos información antes de matarnos. —Pete comenzaba a parecer histérico—. Van a torturarnos, estoy seguro.

—¡Vamos Pete! No es un grupo terrorista, nos han pillado en su zona y sin permiso, nada más. En peores situaciones nos hemos visto.

—¿Peores que esto? Ni de lejos.

El provecto jefe entró en la tienda y se sentó frente a los prisioneros.

—Señor Michael Cohen, ¿verdad? —El patriarca hablaba un perfecto inglés.

—¿Me conoce? —preguntó Michael sorprendido.

—Por supuesto, es usted una celebridad, —El tono del octogenario era pausado y afable—. Uno de los mejores periodistas dedicados a lo…, ¿«insólito» sería un buen adjetivo?

—Podríamos llamarlo así, aunque «periodista del misterio» suele ser la definición más común —aclaró Michael.

El líder pastún centró entonces su atención en Pete.

—¿Y usted es…? —El anciano entornó los ojos como queriendo adivinarlo.

—Peter Cobb, soy fotógrafo.

—Me presentaré, mi nombre es Tahir Yama y soy el guía de esta pequeña comunidad. —El hombre comenzó a servir un té a los

cautivos— Debo pedirles disculpas, seguramente se habrán sentido algo intimidados por el modo en que les he traído hasta aquí, pero era imprescindible que tuviéramos una conversación.

El patriarca bebió de su taza e invitó con un gesto a los dos periodistas a probar de las suyas. Pete miró su té con desconfianza y dirigió una mirada a su compañero, que asintió levemente con la cabeza indicándole que debía beber.

—¿Qué tipo de conversación? —preguntó Michael.

—Digamos que quisiera aclararles algunas cuestiones sobre lo que han visto ustedes ahí abajo. —Tahir se levantó y comenzó a caminar por la estancia—. Durante cientos de años nuestra tribu ha custodiado la pirámide y ha conseguido que su existencia no fuera revelada al mundo. Aunque practicamos el Islam, cada cierto tiempo bajamos y rezamos ante ella, para nosotros es como una segunda Piedra Negra.

—¿Piedra Negra? —interrumpió Pete.

—Es la piedra de La Meca —dijo Michael.

—Y como aquella —continuó el anciano—. Esta también es sagrada para nosotros.

—¿Saben algo de su historia o quién la construyó? —preguntó Michael.

—¿Quién la construyó? —El patriarca esbozó una sonrisa—. Nuestra reliquia, al igual que la de la Kaaba, pertenece al paraíso, no es de este mundo. Ustedes la han visto, estoy seguro de que habrán sabido valorar sus cualidades especiales e intuido que no la hicimos nosotros, ¿estoy en lo cierto?

Michael asintió con la cabeza, pensó que aquel hombre era mucho más que un simple líder de una tribu desconectada de la civilización. No solo demostraba un dominio impecable de la lengua inglesa sin el más mínimo acento que delatase su nacionalidad, sino que también parecía poseer conocimientos más allá de los que cabría esperar de alguien en sus circunstancias.

—Y ahora que hemos descubierto su pequeño secreto —musitó Pete con nerviosismo—. ¿Qué va a pasar con nosotros?

—No tienen de qué preocuparse, no les va a ocurrir nada malo. —Tahir se acercó a un baúl del que sacó un libro—. Nuestra gente siempre ha sabido que era cuestión de tiempo que el mundo acabase conociendo la existencia de nuestro santuario. Este manuscrito es un compendio de la sabiduría acumulada sobre él, si algo podemos sacar en claro al leerlo es que debemos compartir este regalo de Dios con el resto del mundo.

—Entonces, ¿por qué lo siguen ocultando? —preguntó Michael.

—Toda esta zona ha sido durante muchos años el foco de una

gran inestabilidad política, —continuó el anciano—. Hemos sido azotados con innumerables conflictos armados, yo mismo me uní a la resistencia afgana durante la invasión rusa y fui entrenado por su C.I.A., como tantos otros guerreros. Mi entrenamiento fue algo distinto al de un soldado común debido a mi condición de jerarca de esta comunidad, aprendí su idioma y me adiestraron al mismo nivel que a un agente americano. Las cosas acabaron torciéndose,[2] como bien saben, así que yo me desvinculé de todo aquello y volví aquí a vivir en paz con los míos. Aún conservo grandes amigos en la agencia, algunos de ellos incluso llegaron a conocer nuestro secreto y ayudaron a mantenerlo oculto. Entendieron que desvelarlo en el momento inadecuado haría que de él se apoderasen fuerzas que desvirtuarían su auténtica esencia divina, lo convertirían en un mero objeto de investigación o tal vez en algo peor.

—¿A qué se refiere con algo peor? —preguntó Michael.

—Nuestra experiencia y todo lo que está contenido aquí —Tahir acercó el libro a los periodistas sin permitirles tocarlo—, apunta a que la pirámide posee un gran poder del que solo conocemos una pequeña fracción. Ignoramos lo que ocurriría si llegase a manos del gobierno de alguna gran nación como la Unión Soviética en su época o Estados Unidos a día de hoy, tal vez esa energía podría ser canalizada hacia el mal.

—¿Y cree que este es el mejor momento para desvelar el secreto? —le interrumpió Michael—. Este país sigue siendo de todo menos estable.

—No es desde luego el mejor, pero sí más propicio que otros que he vivido. —El patriarca se acercó al baúl y guardó de nuevo el manuscrito—. Además quiero pensar que su presencia aquí no es casual. Tal vez la divinidad nos está diciendo que ya es hora de proceder. Ustedes me ayudarán en esta empresa, son libres de irse y podrán incluso llevarse las fotografías que han tomado del santuario con la condición de que, por el momento, no revelen su ubicación. Yo a cambio les iré dando más información sobre su potencial únicamente a ustedes. Hay que dar tiempo y medir cuidadosamente los pasos a seguir para que, llegado el momento y con una opinión pública informada, la pirámide sea presentada ante los hombres como la obra de Dios que efectivamente es.

El anciano se dirigió hacia uno de sus subordinados y le dio unas indicaciones en pastún, luego caminó hacia la salida deteniéndose en el umbral y volviéndose hacia los dos periodistas.

—Mis hombres les llevarán hasta Kandahar, desde allí podrán volver a casa. Creo que es usted un hombre inteligente y justo señor Cohen, estoy seguro de que no me fallará.

2

La enorme compuerta se cerró tras él. Un silencio inconcebible pasó a dominar el lugar, las luces se encendieron y Jnum notó como la temperatura fue en ascenso. Aunque el habitáculo era bastante amplio, resultaba algo claustrofóbico, tal vez por su forma esférica sin rincones ni salientes y su superficie lisa y blanca. Sobre la pared que tenía en frente apareció súbitamente una serie de imágenes indicándole que se desnudara y se tumbase en la plataforma que en ese momento surgía del suelo justo a su espalda.

Una vez se hubo acostado, la habitación comenzó a llenarse de un espeso vapor. Era la primera fase del protocolo de asepsia para poder acceder. Trató de relajarse pero le fue imposible, la emoción de estar por fin allí hacía que su mente funcionase a toda velocidad. No podía creer que hubiese sido convocado; Jnum era muy bueno en lo que hacía pero jamás pensó que su trabajo llamaría la atención del mismísimo Folken.

Pensó en el largo camino que le había llevado finalmente hasta donde estaba, en cómo alguien nacido en una pequeña comunidad apartada de la civilización había luchado hasta conseguir una oportunidad para educarse. Revivió el momento en que, con veintiséis años recién cumplidos, consiguió llegar al más alto nivel en la materia que le había obsesionado durante toda su vida: los cimientos de la vida humana, la doble hélice que dicta lo que somos y seremos. Ahora tendría la oportunidad de demostrar hasta dónde era capaz de llegar.

Trabajar para Folken era el sueño de cualquier hombre de ciencia, una oportunidad que únicamente se ofrecía a los mejores. Existían ciertas condiciones que se debían cumplir: todos los elegidos estaban obligados a desplazarse al complejo científico que el magnate poseía en una ubicación desconocida. El traslado se realizaba de modo que no pudieran identificar el emplazamiento y, por supuesto, se comprometían a guardar de por vida el secreto sobre la naturaleza del proyecto, que solamente les era revelada una vez habían accedido a las instalaciones.

El vapor fue poco a poco desapareciendo y la segunda fase de la purificación comenzó. Jnum sintió varios pinchazos en ambos brazos e instantes después una calma repentina e inusual. Supuso que le habrían suministrado algún tipo de relajante. Observó de reojo cómo aquel ingenio extraía sangre de su brazo a través de un tubo que desaparecía tras la pared más cercana a él; ahora debía esperar los resultados del análisis, que le dirían si estaba contagiado de algún tipo de patógeno no permitido en las instalaciones, de ser así le esperaban varios días de cuarentena y tratamiento hasta que se verificase que lo había eliminado totalmente de su organismo.

Su cuerpo estaba completamente laxo, aquella avalancha de pensamientos que inundaba su mente había cesado dando paso a una sensación de paz que hizo que Jnum pensara que quienquiera que hubiese diseñado lo que le habían inyectado debía de ser un auténtico genio. Ni siquiera dio importancia al artilugio que comenzó a hurgar, presionar y pinchar en su nuca.

Perdió totalmente la noción del tiempo sumido en aquel estado de gracia, las maniobras sobre su cuerpo cesaron y solo quedó aquel perfecto silencio que saboreó hasta quedar profundamente dormido.

—Hola, ¿puedes oírme? —La dulce voz femenina reverberaba suavemente en los perfectos muros de la sala—. ¿Sabes dónde estás?, ¿puedes decirme tu nombre?

—Me llamo Jnum

—Precioso nombre Jnum, ¿recuerdas por qué estás aquí?

El joven científico miró a su alrededor buscando sin éxito el origen de aquella voz. Aún seguía tendido y desnudo en la misma plataforma de aquella habitación esférica e ignoraba cuánto tiempo había pasado durmiendo.

—He sido elegido para trabajar en el complejo de Folken.

—Perfecto Jnum. Me alegra informarte de que todo ha ido bien y ningún patógeno ha sido detectado en tu organismo, por lo que no será necesario guardar cuarentena.

—Estupendo, ¿y tú quién eres? —Jnum se incorporó y se sentó en un lateral de la camilla.

—No soy ningún quien, en realidad formo parte del sistema que controla las instalaciones, ponte esto por favor.

Una bandeja surgió de una de las paredes, sobre ella había una prenda de color azul oscuro que a primera vista parecía hecha de algún tejido muy fino y elástico.

—Ya me habían advertido acerca de la uniformidad dentro del complejo —dijo Jnum mientras caminaba torpemente hacia su objetivo—. ¿Es un traje térmico?

—Parecido, aunque algo más sofisticado, estoy segura de que te sentirás muy a gusto con él durante tu estancia con nosotros.

El joven comenzó a enfundarse el traje y se percató en seguida de que se trataba de un tejido muy especial, extremadamente suave y ligero. Una vez puesto, notó cómo quedaba perfectamente ajustado a su cuerpo.

—Estupendo Jnum, solo tengo una última indicación que hacerte y podrás acceder —apuntó la voz—. Como sabes, en este complejo trabajan personas procedentes de todos los rincones del mundo; para facilitar su labor y evitar posibles confusiones debidas al idioma, Folken ha dispuesto una solución. Se trata de una tecnología

capaz de proporcionar en tiempo real una versión traducida de todo lo que escucha el usuario, se te ha colocado uno de estos dispositivos detrás de tu cuello durante el proceso de limpieza.

—Ignoraba que existiera una tecnología parecida. —El científico se palpó la nuca.

—Aún no existe fuera de este complejo —aclaró la voz—. El dispositivo es tremendamente eficaz y completamente inocuo. Al principio te costará un poco acostumbrarte, cuando te hablen solo escucharás la versión traducida y eso producirá inicialmente algo de confusión a tu cerebro ya que lo que estarás viendo en los labios de tu interlocutor no se corresponderá con lo que oyes, pero en poco tiempo tu mente se adaptará. ¿Alguna pregunta antes de entrar?

—Ninguna, gracias.

El muro en el que anteriormente se habían proyectado las imágenes se desplazó dejando a la vista un pequeño corredor en penumbra, Jnum entró y la puerta se cerró tras él. La estancia permaneció sellada unos instantes durante los cuales el joven creyó notar cierta vibración y algo de presión en los oídos, pensó que las instalaciones debían ser subterráneas y aquel cubículo estaba probablemente descendiendo hacia el acceso. El temblor cesó por fin y se abrió una puerta al final del pasillo, una silueta femenina se recortaba entre la claridad del exterior.

—Puedes pasar —dijo la mujer.

Al salir, Jnum tardó unos instantes en acostumbrarse a la intensa luz. Por fin consiguió abrir del todo los ojos y mirar a su receptora; a pesar de todas las emociones y experiencias que en ese momento colmaban su mente, no pudo evitar centrar toda su atención durante unos instantes en el tremendo atractivo de la chica. Pensó, con cierta hilaridad, en la simplicidad del ser humano y en cómo su instinto podía imponerse a cualquier circunstancia por extraordinaria que esta fuera.

—Bienvenido Jnum, mi nombre es Imane, soy asistente de Folken. Estamos muy complacidos de tenerte entre nosotros. ¿Qué tal el viaje?

Jnum estaba desconcertado, el dispositivo traductor parecía estar actuando y, tal como se le había advertido, lo que escuchaba decir a la chica no se correspondía con lo que leía en sus labios.

—Bien, aunque el último tramo fue bastante duro.

—Te entiendo bien, yo llegué en la misma época del año que tú. No hay otro modo de hacer la última etapa con toda esa nieve y el horroroso clima.

Imane sonaba dulce y confortadora, Jnum se preguntaba si esa sería su auténtica voz o tan solo una versión artificial del sistema de traducción.

—Bueno, lo has conseguido y ya estás con nosotros —continuó la chica—. Si te parece, te guiaré por el complejo e iremos a que conozcas a Folken, supongo que estarás deseándolo.

—No te quepa duda.

—Acompáñame entonces, te va a encantar este lugar.

3

Apenas habían despegado y ya estaba durmiendo. Michael pensó que Pete debía de ser la persona con la conciencia más tranquila sobre la faz de la tierra. Para él, sin embargo, volar era siempre un desafío; no soportaba esos instantes del despegue, cuando sentía que la aceleración le empujaba hacia el respaldo de su asiento, o la inclinación del aparato al ascender, los virajes, las turbulencias… Había volado cientos de veces, pero en esos momentos nunca podía evitar sentir que todo estaba fuera de su control.

Consiguió calmarse unos minutos después de que el avión alcanzase la altura y velocidad de crucero. Decidió aprovechar el tiempo trabajando un poco en su artículo y no levantó la cabeza durante las dos horas que pasaron antes de que el fotógrafo despertase.

—¿En serio sigues con eso? —señaló Pete entre bostezos—. Has estado encerrado en el hotel de Kandahar escribiendo sin parar, date un respiro por el amor de Dios.

—Lo haré cuando esté acabado.

—¿Piensas revelar la ubicación?

—En absoluto, pienso cumplir con mi parte del trato. —Michael cerró el portátil y miró fijamente a Pete—. Y por cierto, tú también debes hacerlo.

—Puedes estar tranquilo, no diré una palabra. —Pete puso su asiento en posición vertical—. He estado pensando un poco en lo que vimos allí abajo y me pregunto cuál es tu teoría. No creo que pienses que es obra de una divinidad ¿verdad?

—Por supuesto que no. —Michael esbozó una sonrisa.

—Entonces…, ¿quién lo hizo?

—Hace años te hubiese dicho que alienígenas, hombres de la Atlántida o cualquier otra chorrada similar. Son las típicas conclusiones a las que uno llega cuando no ha profundizado lo suficiente. Durante mucho tiempo investigué toda esa amalgama de teorías populares y solo encontré un montón de nada, todas carecen de fundamento y se asientan sobre cuentos y elucubraciones.

—¿En serio? —El interés de Pete parecía ir en aumento—. ¿Y qué hay de todos esos programas de televisión y libros en los que se defiende la teoría de los visitantes ancestrales? Creo que había un tío que se hizo muy famoso con sus descubrimientos y libros sobre el tema.

—Sé de quién hablas —interrumpió Michael—. Es un buen ejemplo, yo diría que él es el padre de todas esas teorías, pero sus supuestos descubrimientos fueron uno a uno desmontados hace tiempo.

—Osea, que es un vendehúmos.

—Para nada. Él es quien más cree en sus propias hipótesis. Tanto, que esas ideas preconcebidas fueron las que le llevaron a errar; cayó víctima del típico sesgo de confirmación. Tengo la impresión de que en lugar de analizar los indicios que encontraba, trataba inconscientemente de adaptarlos a sus suposiciones. Es fácil dejarse llevar cuando crees que has encontrado algo que respalda tus ideas. Todos los investigadores de estos temas somos bastante apasionados, pero no debemos dejar que nuestro deseo de creer nos nuble el juicio hasta el punto de hacernos olvidar que encontrar la verdad debiera ser nuestro único objetivo.

Por suerte para Michael el vuelo transcurrió sin sobresaltos y, once horas después, aterrizaban en el JFK de Nueva York. Ambos hombres compartieron taxi, parando en primer lugar en casa del fotógrafo que bajó y se despidió a través de la ventanilla con un fuerte apretón de manos.

Durante el trayecto restante el periodista hizo un repaso mental de su conversación en el avión. No se había sentido cómodo contestando a la pregunta de Pete, y no solo porque no tuviera ninguna teoría al respecto, sino también porque odiaba hablar sobre su creciente falta de fe. Los años le habían vuelto escéptico y, por muy impresionante que fuera lo que habían visto en aquella gruta, probablemente tenía una explicación mundana que alguien descubriría en algún momento. Se preguntaba si su continua búsqueda tenía algún sentido ahora que en su fuero interno sabía que jamás encontraría nada. Pensar en ello siempre le creaba una sensación de vacío, una emoción que tiempo atrás no hubiera creído que llegaría a experimentar en toda su vida.

Al entrar en casa, Tesla se abalanzó sobre él. Michael se agachó y abrazó al pastor alemán con el cariño que merecía; sin duda el animal le había echado mucho de menos durante esos días. Lo había dejado a cargo de su vecino, que lo sacaba a pasear diariamente un par de veces. Aún así, las marcas de uñas que el can había dejado en el viejo baúl de mago del hall dejaban claro que la ausencia de Michael le había causado estrés.

El periodista tomó una ducha, cenó y, aunque estaba agotado, no pudo evitar abrir el ordenador para dar los últimos toques a su artículo. La sección de noticias mostraba algo que no pudo ignorar, la prensa se hacía eco del gran revuelo que se había formado por la presencia militar en los alrededores de la Casa Blanca. Numerosos cazas y helicópteros sobrevolaban la zona y se había creado un cerco que cerraba varias manzanas, todo el que quisiera entrar o salir debía pasar un estricto control.

Aún estaba asimilando lo que veía cuando el teléfono sonó. Era Carl Webb, el director de *Hidden Universe*, la revista para la que Michael trabajaba.

—Hola Carl, menuda hora para llamar, ¿es que no duermes?

—¿Qué tal Michael? Sólo llamaba para asegurarme de que habías llegado bien a casa, ya veo que sí.

—Sano y salvo, aunque ha sido un viaje movido. —Michael se recostó en su asiento.

—Lo sé, he hablado con Pete hace un momento y me ha enviado las fotos, es impresionante, ¿cómo va el artículo?

—Prácticamente terminado, lo tendrás en un rato. ¿Qué tal si comemos mañana?

—¿En el 50's a las doce te parece bien?

—Perfecto, mañana te veo.

Michael colgó el teléfono y volvió a volcar toda su atención en la noticia. Según informaban, la operación militar se llevó a cabo sin previo aviso, lo que provocó escenas de pánico en la zona. Pasaron varias horas hasta que la Casa Blanca dio una explicación. Se trataba de una amenaza de atentado terrorista contra la residencia del presidente, existían fuertes indicios que apuntaban a que podría ser real, de ahí las medidas que se habían tomado. También el gobierno mandaba un mensaje de tranquilidad a los estadounidenses en general y a los habitantes de Washington en particular, argumentando que el peligro ya había pasado y que la situación estaba bajo control.

Por propia experiencia, el periodista podía percibir en todo aquello el inconfundible olor de la mentira. Esa falta de detalles en la información, el desproporcionado despliegue en el que no se había producido evacuación de ciudadanos, además de los cazas sobrevolando la zona, le hacían preguntarse qué clase de amenaza de atentado era esa. Sin duda allí estaba ocurriendo algo más que el gobierno no quería o no podía revelar a la opinión pública.

—Nos mienten Tesla —susurró acariciando al perro—, siempre mienten.

4

El vehículo que conducía Imane era tremendamente rápido pese a estar concebido para el transporte en el interior de las instalaciones. La chica condujo hábilmente a través de varias calles hasta salir a una especie de carril de aceleración donde la ya alta velocidad se duplicó hasta que salieron a una vía más amplia desde la cual se podía apreciar la magnificencia del complejo. Hileras interminables de lo que parecían naves industriales y terrenos de siembra se extendían sobre una planicie enorme, todo ello coronado por una cúpula repleta de luces artificiales tan potentes que hacían que el lugar casi pareciera iluminado por el sol.

Jnum estaba asombrado, había entrado allí consciente de que lo que encontraría sería sorprendente de un modo u otro, pero nada le había preparado para la magnitud de lo que estaba viendo. Imane pareció percatarse del disimulado estado de euforia del científico.

—Impresionante ¿verdad? —La chica esbozó una sonrisa.

—Es increíble —contestó Jnum—. ¿Qué es todo esto?

—Esas naves albergan laboratorios e industrias de Folken.

—¿Y los cultivos? ¿Son para autoabastecimiento?

—En parte —aclaró la chica—. Tratamos de ser autosuficientes, aunque hay cosas que aún traemos del exterior. Algunas de esas tierras también están dedicadas a la investigación.

Continuaron la marcha hasta adentrarse en un largo túnel que les costó algún tiempo atravesar y salieron a una zona completamente distinta, repleta de edificaciones con un aspecto más colorido y cálido.

—Esa es la zona residencial y de ocio —dijo Imane—. Se te asignará un hogar con todas las comodidades.

—Parece un lugar muy acogedor.

—Lo es, hay muchos sitios para comer, tomar algo o simplemente distraerte y descansar. Estarás muy a gusto, ya verás.

El vehículo se dirigió hacia una salida y fue decelerando hasta acabar en lo que parecía una gran avenida rebosante de actividad. El aspecto algo más sobrio del lugar le hizo comprender a Jnum que ya no estaban en la zona residencial.

—Este es el centro neurálgico del complejo —explicó la chica —. Aquí están todos los departamentos de organización de los distintos proyectos.

—¿Y aquello? —El muchacho señaló hacia una gran edificación al final de la avenida.

—Ese es el bloque principal, donde Folken trabaja; allí nos dirigimos.

La entrada se abrió al paso del automóvil dándole acceso al interior de la edificación. Dejaron el vehículo y subieron a la última

planta, una vez allí Imane se detuvo ante una puerta cerrada.

—¿Y ahora? —preguntó Jnum—. ¿Vas a llamar?

—No es necesario, él ya sabe que estamos aquí. Tranquilo, nos abrirán en seguida.

Unos instantes después atravesaron el umbral tal como había predicho la chica y caminaron por un largo pasillo hasta desembocar en una amplia sala.

—Este es el lugar de trabajo de Folken —aclaró Imane—. Él vendrá en seguida, debo atender otros asuntos, nos veremos más tarde.

La chica salió dejando a Jnum solo en aquel lugar. El sitio era diáfano, no había muebles de ningún tipo, únicamente un conjunto de seis asientos de aspecto lujoso y cómodo dispuestos alrededor de un séptimo que parecía presidir la vacía estancia. El científico estaba desconcertado, aquello no parecía una dependencia donde se pudiera trabajar, no había ningún dispositivo digital, ni interfaces con los que controlarlo, ni tan siquiera una mesa. Desde el amplio ventanal de la habitación se podía ver todo el complejo; sin duda se encontraba en una ubicación privilegiada.

Jnum estaba tan nervioso que ni siquiera pensó en sentarse. Estaba a punto de conocer a una leyenda, probablemente la persona viva más famosa sobre la faz de la Tierra y, sin duda, el inventor más prolífico y exitoso que jamás hubiera existido. Se preguntaba qué aspecto tendría actualmente, nadie del exterior había vuelto a verle desde que desapareció para refugiarse en sus instalaciones secretas hacía unos veinte años, siendo un joven superdotado de veinticinco y habiendo alcanzado ya lo más alto en el ámbito científico.

—Eres Jnum ¿verdad?

La voz a su espalda sobresaltó al muchacho, al volverse reconoció al hombre frente a él, era Folken. Parecía algo más mayor de lo que lo recordaba pero sin duda los años le habían tratado bien.

—Sí…, eso es…, Jnum —Al joven le temblaba la voz.

—Bienvenido, —Folken sonrió afectuosamente—. Estoy tremendamente feliz de tenerte con nosotros. He estado siguiendo de cerca tu trabajo en genética y debo decirte que es lo más impresionante e innovador que he visto en años.

—Gra… gracias.

—Siéntate por favor. —El magnate señaló a los seis asientos mientras se acomodaba en el sillón central—. Lo primero que quiero aclararte es que en este lugar nos tratamos como iguales, no existe jerarquía, así que desde este momento olvídate de cualquier formalismo hacia mi persona.

—De acuerdo —dijo Jnum mientras se sentaba.

—En segundo lugar, quisiera preguntarte, —El hombre se

inclinó hacia el joven científico—. ¿Por qué estás aquí?

Era una pregunta que hubiera descolocado a cualquiera, pero Jnum tenía muy claros los motivos para haber aceptado, más allá de la recompensa o el prestigio que aquello pudiera suponer.

—Estoy aquí porque es el único lugar en la tierra en el que es posible participar en una iniciativa con la que realmente me sienta identificado.

—Pero aún no conoces el proyecto en el que trabajarás. ¿Cómo puedes saber siquiera si estarás de acuerdo con los objetivos?

—En el mundillo científico hay rumores sobre lo que se hace aquí.

—¿De verdad? —El magnate se inclinó aún más hacia Jnum mostrando un creciente interés—. ¿Qué rumores son esos?

—Dicen que aquí se lucha por mejorar el mundo al margen de intereses comerciales o políticos.

—Esas habladurías podrían ser falsas, Jnum.

—Me inclino a pensar que son ciertas. Sería extraño que alguien que se apartó de la luz pública en el punto más alto de su carrera para recluirse en este lugar lo hubiese hecho para continuar en la misma dinámica.

Folken se reclinó en su asiento sin dejar de observar al muchacho. Parecía intentar calibrar el grado de sinceridad de su interlocutor. Jnum, por su parte, comenzó a revolverse nervioso en su sillón, no sabía qué pensar. Tal vez había incomodado al hombre con sus prejuicios e intuiciones sin base real.

—Es un buen motivo, sin duda —dijo por fin Folken—. Y tus respuestas dejan claro que además de inteligente, eres muy listo.

El magnate hizo un movimiento circular con su mano derecha y ante él apareció una consola holográfica que comenzó a manejar con gran agilidad sobre el espacio vacío. Jnum jamás había visto algo como aquello, recordaba haber presenciado la demostración de un artilugio que realizaba una función parecida pero, además de estar atado a un aparataje pesado e incómodo, no era ni de lejos tan eficaz como el que estaba viendo ahora. Folken pareció percatarse del asombro del muchacho.

—No está mal ¿verdad? —dijo sin dejar de manejar el holograma—. Nos ha llevado años perfeccionarlo pero por fin hemos conseguido deshacernos de los interfaces táctiles, este sistema es mucho más eficiente.

—Es impresionante, no hay nada parecido en el exterior. ¿Cómo funciona?

—A través del implante que te han puesto en el cuello, el mismo que hace que puedas entender mi lengua. Produce una interfaz asociada a la persona y funciona en cualquier lugar dentro del

complejo. Prueba el tuyo, solo tienes que dibujar un círculo en el vacío con la palma de la mano hacia delante y se activará.

Jnum activó su consola e hizo una pequeña prueba navegando a través de los menús principales, el sistema no le resultaba familiar pero era extremadamente intuitivo y pensó que no tendría problema para adaptarse a él. Ahora comprendía que no hubiese ningún dispositivo en aquella sala, resultaba innecesario si se contaba con semejante tecnología.

Folken abrió una representación tridimensional del complejo y la duplicó con un gesto en la consola del muchacho.

—Estas son nuestras instalaciones. Están divididas en varias zonas dedicadas a diferentes proyectos, todos con un mismo fin: buscar una solución al problema climático que el ser humano ha provocado.

Jnum sonrió complacido, ahora sabía que había tomado la decisión correcta al ir allí. Durante mucho tiempo había fantaseado con la idea de colaborar en esa lucha. No entendía cómo era posible que en el exterior se considerase un tema secundario y que por encima de él se primaran los intereses de las grandes alianzas comerciales.

—Veo que te agrada la causa —señaló Folken.

—Es justo lo que había imaginado, aunque confieso que todo ese secretismo me llegó a hacer dudar.

—Lamentablemente el secreto es necesario. Hay gente muy poderosa ahí fuera que nos fulminaría sin dudarlo si llegase a conocer la naturaleza del proyecto o nuestra ubicación. Son tan solo un puñado de personas las que controlan todo el poder y la riqueza y, por tanto, también a la humanidad. No quieren oír hablar de un cambio en el sistema que pueda poner en riesgo su posición, ni siquiera para salvar su propio planeta. El ser humano está completamente corrupto y cegado en su codicia, no es capaz de ver más allá de sus narices.

—¿Corremos peligro aquí?

—No mientras esas personas poderosas sigan sin saber de nuestras intenciones. De momento parece que es así.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

— Tengo ojos en los lugares apropiados, no olvides que yo también soy una persona poderosa. Lo único que ha evitado que me convierta en uno de esos déspotas es mi conciencia.

El magnate comenzó a manipular el modelo tridimensional, que evolucionaba en ambas consolas según sus órdenes. Por fin encontró, entre toda aquella maraña, la zona concreta que buscaba y la amplió. Eran los terrenos de siembra que Jnum había visto desde el automóvil.

—Este es el sector de investigación agrícola. Aquí es donde tratamos de encontrar un sistema agrónomo que sea realmente

sostenible, investigamos sobre nuevos cultivos experimentales capaces de prosperar en zonas estériles de la tierra o cuyo clima no permite ciertos tipos de cosecha. Si tenemos éxito, no solo llevaríamos sustento a zonas de la Tierra en las que ahora sufren escasez, sino que el autoabastecimiento agrario sería un hecho en todos los pueblos del planeta, que ya no se verían obligados a importar alimentos que actualmente no pueden cultivar. Esto último sin duda tendría un impacto sobre la contaminación, que se vería reducida al ser innecesarios los transportes internacionales de vegetales.

—Espero que ese no sea mi lugar de trabajo. La genética agrícola no es mi campo.

—Por supuesto que no, para ti tengo algo muy distinto. Pero es necesario que tengas una visión general de lo que hacemos aquí.

Folken navegó a través del mapa y paró en una zona de naves y edificios.

—Estos son nuestros laboratorios, tratamos de encontrar fórmulas para combustibles que no dañen el medio y también tenemos en marcha planes para la reparación del daño en la atmósfera.

El magnate se levantó de su asiento y se dirigió hacia el ventanal. Una versión minimizada del holograma lo siguió pegado a su espalda. Jnum hizo desaparecer el suyo con el mismo gesto con el que lo activó y caminó hasta colocarse junto al hombre.

—Aquella es el área de investigación espacial. —Folken señaló a una enorme cúpula que destacaba en el horizonte.

—¿Investigación espacial?

—Eso es, todo lo que se hace ahí está relacionado con el trabajo para el que te he traído.

Un hombre entró en la sala interrumpiendo la conversación, era extremadamente alto y delgado. Jnum supuso que debía de ser alguien de la máxima confianza de Folken, no solo por el modo en que había irrumpido, sino también por su manera segura de moverse por el lugar mientras se acercaba a ellos.

—¡Haekun!, llegas justo a tiempo. Este es Jnum, nuestro nuevo genetista. Justo ahora íbamos a salir hacia el sector cinco para enseñarle su lugar de trabajo, ¿querrás acompañarnos?

—Por supuesto —dijo el enjuto gigante sin apartar la vista del muchacho y sin mostrar el más mínimo sentimiento en su rostro.

—Estupendo, en marcha entonces.

Los tres hombres se pusieron en camino. Folken insistió en conducir el vehículo que les conduciría a su destino. Haekun no le quitaba el ojo de encima a Jnum, que por momentos empezaba a sentirse algo intimidado por aquel coloso de rostro impasible.

—No te dejes intimidar Jnum —dijo el magnate entre risas—, Haekun es callado y poco expresivo, pero es buena persona, os

llevaréis bien. Tenéis mucho en común, él también es el mejor en lo suyo.

—¿Lo suyo?

—Es una eminencia en desarrollo digital, él diseñó todo el software que controla el complejo. Tal vez hayas oído hablar de él, en el exterior se le conoce como Guim.

Jnum estaba en shock, aquel gigante inexpresivo era una leyenda. No conocía demasiado bien su historia; únicamente sabía que bajo ese seudónimo fue haciéndose famoso entre los activistas antigubernamentales que operaban en la red mundial gracias a sus innovadoras técnicas para romper barreras de seguridad consideradas inexpugnables. Fue capturado en una operación dirigida y financiada por múltiples estados tras dar el que fue el mayor golpe en la red que se recordaba. Aquel ataque sacó a la luz pública simultáneamente los archivos secretos de las mayores potencias del planeta, poniendo al descubierto sus trapos más sucios.

—Creí que había sido recluido de por vida. —A Jnum le resultó extraño estar preguntando a Folken sobre alguien que estaba justo frente a él, pero Haekun no parecía estar demasiado interesado en entablar conversación.

—Lo estaba, no fue fácil sacarle de aquel lugar en el que, en justicia, jamás debió entrar.

El vehículo se detuvo frente a una enorme edificación anexa a la cúpula que habían visto desde la ventana. Los tres hombres bajaron del automóvil y se dirigieron a la puerta de entrada. Justo antes de llegar, el magnate se detuvo y se volvió hacia el joven científico.

—Este será tu lugar de trabajo, Jnum. Lo que hay aquí dentro podría representar la única salvación para el ser humano, tenemos muchas esperanzas depositadas en ti. A solo unos pasos, tras este umbral, se encuentra el que probablemente será el proyecto más importante en el que jamás participarás.

5

El 50's se ubicaba en la zona de Midtown. Aunque estaba decorado como el típico local de comidas de la década de los cincuenta, era en realidad un restaurante de bastante más categoría que aquellos y en el que, por supuesto, se servía alcohol. A Michael le encantaba porque era un negocio familiar y, como tal, ofrecía unos excelentes platos caseros; además, quedaba muy cerca de la redacción de Hidden Universe.

El periodista llegó tarde, como casi siempre. Carl le esperaba en una mesa desde la que le hizo señales para llamar su atención. Los dos hombres se dieron un afectuoso abrazo, poniendo de manifiesto la amistad que les unía desde hacía años, y se sentaron.

En la televisión podían verse imágenes en directo de la Casa Blanca, el cerco militar aún continuaba bloqueando la zona.

—Menudo lío ¿verdad? —Dijo Carl señalando a la pantalla.

—Es increíble, no recuerdo nada parecido desde el 11-s. ¿Qué crees que estará ocurriendo allí?

—Un intento de atentado, ¿no es eso lo que han dicho?

—¡Venga ya! —Michael soltó una carcajada—. Llevas tantos años como yo en esto, sabes que ahí hay algo más.

—Es posible, si quieres ir a investigarlo sabes que por mi parte tienes luz verde.

—Ni hablar, no pienso volver a meter las narices en los asuntos del gobierno, ya tuve bastante.

—¿Otra vez con eso? —Carl cogió la carta y se puso a hojearla con aire distraído—. Supéralo ya, por el amor de Dios.

La camarera se acercó para tomarles nota. Michael se limitó a indicarle que tomaría lo mismo que su amigo y, aún después de que la mujer se alejase, permaneció unos instantes pensativo y en silencio. La propuesta de Carl le había recordado el incidente que marcó su carrera como periodista y casi acabó con ella; como si de una penitencia se tratara, no podía evitar encerrarse en sí mismo y revolcarse en su propia miseria cada vez que evocaba aquel doloroso momento.

—Eh, Michael. —Carl zarandeó ligeramente el antebrazo de su amigo como tratando de sacarle de su letargo—. Déjalo ya, no merece la pena. Eres el mejor periodista que conozco, y de los pocos en este oficio que aún tiene los pies en el suelo. No te dejas llevar por la emoción y practicas un sano escepticismo. Un solo episodio no puede marcar toda una trayectoria como la tuya, no es justo.

—Gracias, Carl.

—No hay de que. Por cierto, hablando de episodios vergonzosos, ¿recuerdas a Goose?

—¿El chico nuevo?

—El mismo, le envié para que investigara a ese tío de Harlem que se está haciendo famoso por contactar con los muertos. Era un trabajo sencillo, ya conoces como va, le mandé con una grabadora y una historia inventada sobre un hermano que había perdido recientemente para que se la soltase al cómplice, si lo había. Si durante la sesión el santón repetía la historia inventada, ya era nuestro.

—Pero intuyo que la cosa no salió exactamente como esperabais ¿verdad? —dijo Michael.

—Pues no. No había cómplice, al menos no en esta ocasión. El médium le recibió, cobró sus honorarios y después de treinta minutos de sesión el chaval acabó convencido de que había hablado con su difunta abuela, ¿te lo puedes creer?

—¡No puede ser! —Michael soltó una carcajada—. ¿No le hablaste de la lectura en frío antes de ir?

—¡Di por hecho que él ya la conocía! Me llevó más de dos horas mostrarle cada punto de la grabación en que el farsante le sacaba sutilmente la información que luego usaba. Me acordé de ti, le conté que hace años decidiste aprender prestidigitación porque pensaste que era el único modo de no caer en engaños como ese.

—Y lo era, desde aquel momento se volvió muy sencillo desenmascarar a los charlatanes.

La camarera se acercó a la mesa y dejó sendas jarras de cerveza frente a los dos hombres. Carl levantó la suya a modo de brindis.

—Por ti, amigo.

—Por los buenos amigos —replicó Michael antes de dar el primer sorbo—. Dime, ¿qué te ha parecido el artículo?

—Es impresionante, cuando vea la luz será probablemente lo mejor que hayamos publicado en años. De hecho, es tan increíble que, aunque sé que me toparé con un muro de hormigón, no tengo más remedio que preguntarte, ¿qué diablos crees que es esa cosa?

—Carl, no me dedico a especular. Solo puedo decir, como ya he hecho en el artículo, que el edificio y la ubicación en que se encuentra no cuadran con la cronología ortodoxa de la historia de la humanidad.

—¿Y de dónde coño ha salido?

—Lo más sensato sería pensar que la hemos construido nosotros, pero no me preguntes cómo. De momento no hay explicación, aunque ya sabes que la ciencia está en continua autocorrección. Cualquier día alguien encontrará la prueba que invalidará los conceptos que a día de hoy damos por buenos y todos los misterios históricos que no encajan tendrán de pronto sentido.

—¿Y si ese alguien fueras tú? —Carl apoyó los codos en la mesa y se cruzó de brazos—. ¿Y si esa prueba fuese la pirámide?

—En ese caso yo sería únicamente quien la habría dado a conocer al mundo; la explicación vendría de algún experto en la materia, no de un simple periodista.

—Lo que yo decía, un muro de hormigón, incapaz de lanzar ni la más mínima hipótesis.

—Mi credibilidad depende de ello —dijo Michael.

—Por cierto, toda la historia del líder de la tribu y demás es realmente conmovedora, queda muy bien en el artículo pero creo que es necesario que publiquemos la ubicación.

—Ni hablar.

—¿Ni hablar? —Carl se recostó en su asiento visiblemente contrariado y aún con los brazos cruzados—. Nos van a machacar si no lo hacemos y tú lo sabes, dirán que es una invención para vender ejemplares.

—Es posible, pero tendremos que aguantar la tormenta, le di mi palabra a ese hombre. Además, esto nos proporcionará acceso exclusivo y seguro a la pirámide y a la información que la tribu posee sobre ella.

Los dos amigos continuaron disfrutando de la conversación y de la fantástica comida del 50's hasta bien entrada la tarde. Salieron del local y se despidieron con otro abrazo, este algo más emotivo que el primero debido efecto potenciador de la amistad que suele tener la cerveza en buena compañía.

Michael decidió caminar hasta la estación de metro en lugar de pedir un taxi, eso le daría la oportunidad de pensar y despejarse un poco. No había caminado ni diez pasos cuando un coche de policía se detuvo a su altura e hizo sonar levemente la sirena para alertarle de su presencia.

—¿El señor Michael Cohen? —preguntó uno de los policías uniformados mientras se apeaba del vehículo.

—Sí, soy yo.

—Debe usted acompañarnos, señor.

—¿Acompañarles? —Michael observó con desconfianza el aspecto de los dos agentes, sus uniformes e incluso su coche patrulla en busca de algo que no cuadrase, todo parecía en orden—. ¿Por qué?, ¿Qué ocurre?

—Nada grave señor, pero debe venir con nosotros.

—¿Estoy detenido?

—No, pero podemos detenerle si quiere, en cualquier caso el resultado será el mismo —dijo el agente mientras abría la puerta trasera del vehículo.

Este último argumento hizo que Michael descartara oponer

resistencia alguna y se resignara a ir con ellos.

Aunque, por desgracia, ya había probado vehículos policiales en varios lugares del planeta, jamás se había sentado en el asiento trasero de un coche patrulla de Nueva York. Y lo cierto es que el habitáculo se le antojó incluso lujoso en comparación con aquellos.

—¿Vamos a comisaría? —preguntó Michael.

—No, al aeropuerto.

—¿Al aeropuerto? Pero, ¿se puede saber de qué va todo esto?

—Lo sabrá cuando lleguemos, no se preocupe y trate de relajarse.

El coche arrancó a toda velocidad con las sirenas conectadas, Michael pensó que tanta premura probablemente obedecía a que el asunto debía de ser realmente serio. Llegaron al aeropuerto La Guardia en unos quince minutos, era todo un récord teniendo en cuenta que en circunstancias normales les habría llevado como mínimo media hora hacer ese recorrido. El vehículo pasó de largo por la puerta principal y se dirigió hacia un acceso lateral. Uno tras otro franqueó varios controles y barreras de seguridad hasta llegar a una pista de aterrizaje.

El periodista vislumbró a lo lejos lo que parecía ser un jet al final de la pista. Según se fueron acercando pudo apreciar alrededor del aparato a unas cuantas personas con el típico aspecto elegante y sobrio de los agentes de paisano de alguna organización gubernamental. El coche se detuvo frente al grupo y el policía del asiento del copiloto se apeó para abrir la puerta trasera.

—Hemos llegado, ahora ya no es responsabilidad nuestra, puede bajar.

Michael obedeció y se quedó de pie en la pista sin saber qué hacer mientras veía cómo el vehículo policial se alejaba del lugar. Ninguno de los trajeados agentes dijo una palabra ni se movió de su posición y al periodista le pareció que sería inútil dirigirse a ellos para preguntar.

Finalmente, una mujer salió del avión y bajó la escalinata. Vestía de forma parecida al resto de los congregados aunque con un toque algo menos austero. Parecía estar en una perfecta forma física y aparentaba unos cincuenta años, lo que la alejaba de la media de edad del resto del grupo. Para Michael todo ello evidenciaba que ella era la persona al mando y sus sospechas se confirmaron al ver como se acercaba con paso decidido hacia él.

—Buenas tardes señor Cohen, soy Kate Romeo de Seguridad Nacional.

—¿La agencia o el departamento?

—¿Eso importa? —La mujer sonrió con ironía.

—Supongo que no, en cualquiera de los dos casos la cosa pinta

igual de mal. ¿Qué quiere de mí?

—Tenemos un pequeño lío en Washington del que supongo estará enterado y creemos que usted podría ser de ayuda.

—Soy periodista pero no me dedico a ese tipo de investigación, no tengo ni idea sobre terrorismo ni nada parecido.

—¡Vamos señor Cohen! —La agente Romeo puso los brazos en jarra—. Estoy segura de que alguien con su trayectoria y talento ya habrá adivinado que lo que allí ocurre no tiene nada que ver con una amenaza terrorista.

—Confieso que he tenido mis sospechas, pero no entiendo…

—Señor Cohen, no hay tiempo que perder. Le llevaremos inmediatamente a Washington, le daré todos los detalles más tarde. —La mujer se dio la vuelta y comenzó a caminar con paso ligero hacia el avión.

—¿A Washington?, —Michael comenzó, sin consciente de ello, a caminar tras ella—. ¿Ahora?

—Eso es, ahora mismo.

—¿Y si me niego?

—¿Negarse? —La agente soltó una carcajada y comenzó el ascenso por la escalinata—. Sea realista señor Cohen.

—¡Pare un momento, por el amor de Dios!

Kate se detuvo justo antes de cruzar la puerta y se giró, Michael se sintió muy pequeño ante la intimidante mirada de aquella mujer que lo observaba desde arriba.

—Michael, entiendo su desconcierto —dijo la agente en un tono algo más conciliador—. Pero créame si le digo que no le haríamos esto si el asunto no fuese de la mayor urgencia. El gobierno de su país le necesita y esperamos que cumpla usted con su deber como ciudadano.

Se produjo un silencio durante el cual pasaron mil ideas por la mente del periodista, no podía creer lo que estaba pasando y no era capaz de imaginar qué papel podría tener él en todo aquello. De manera extraña, aquella arrogante mujer le inspiraba confianza y le había parecido detectar algo de desesperación en sus palabras.

—De acuerdo, haré lo que pueda —dijo por fin—. Pero respóndame a una pregunta, ¿cómo me han localizado?

—¿A qué se refiere?

—Pues me refiero a que no llevo ni veinticuatro horas en el país, estaba fuera de casa y no le había dicho a nadie a donde iba, sin embargo esos dos policías me encontraron e identificaron sin problema.

—Supongo que bromea, señor Cohen. —Kate se dio la vuelta y desapareció tras el umbral.

Michael se sintió como un idiota casi inmediatamente.

Acababa de preguntarle a un alto mando de la seguridad nacional, probablemente de la NSA, que cómo le había localizado si no estaba en casa. Todo ello sin pestañear y con su teléfono móvil en el bolsillo. «Eres un imbécil Michael», se dijo. Subió avergonzado la escalinata y entró en el avión.

6

La puerta se abrió al paso de Folken dando acceso a los tres hombres al sector de genética. Era una enorme nave dividida en varias zonas en cada una de las cuales podían verse a uno o varios científicos trabajando con instrumentos de laboratorio de última generación y también, por supuesto, con sus respectivos interfaces holográficos. No había paredes que separasen cada espacio, el único modo de saber que eran zonas independientes unas de otras era el equipo instrumental que se replicaba en cada una de ellas. Jnum calculó que debía de haber unas cien personas o más en el lugar pero no llenaban ni de lejos el descomunal pabellón, al fondo podían verse estancias sin ocupar.

—Este será tu lugar de trabajo Jnum —dijo Folken extendiendo sus brazos—. Todas estas personas son especialistas en genética y, como te dije antes, en este lugar no existe la jerarquía. Todos sois dueños de vuestras decisiones y nadie os marcará un camino a seguir, se trata de tener el mayor número posible de enfoques para alcanzar el éxito.

—Me parece un sistema perfecto —dijo Jnum—, ahora solo me falta saber cuál es el objetivo del proyecto.

—Acompáñame, por favor. —Folken comenzó a caminar y sus dos acompañantes le siguieron a unos pasos por detrás—. En la crisis climática en la que estamos inmersos existe un concepto llamado el punto de no retorno. Se le llama así al instante en el que la magnitud del daño infligido implica la imposibilidad de la reversión y, como consecuencia directa, de la supervivencia. Supongo que estarás familiarizado con esta idea.

—Por supuesto, existe un gran debate en el exterior sobre cuándo llegará ese momento, no hay consenso al respecto.

—Exacto, por ese motivo puse a varios de los mejores analistas a nivel mundial a trabajar en ello y, desafortunadamente, las conclusiones fueron poco esperanzadoras.

—Un momento, —Jnum se adelantó para seguir caminando al lado de Folken— ¿Cuánto tiempo nos queda?

—No nos queda, Jnum. Según los resultados, hace mucho que pasamos el punto de no retorno.

Jnum se detuvo en seco, no podía encajar lo que acababa de escuchar. Se quedó simplemente en silencio con la mirada perdida mientras su mente era torpedeada por una lluvia de pensamientos centrados en las consecuencias de todo aquello. Folken se volvió hacia el chico.

—No todo son malas noticias, Jnum. —El magnate agarró al joven científico por los hombros en un intento de consolarle y llamar

su atención—. Estamos trabajando en varios planes para conseguir recuperar nuestro medio más allá del no retorno. Se están obteniendo resultados muy esperanzadores aunque, de momento, estamos lejos de una solución que nos dé una garantía de supervivencia.

—Y, ¿qué papel juega esta sección en la búsqueda de una solución? —preguntó Jnum.

—Ninguno, vosotros estáis aquí para asegurar la continuidad del ser humano si todo lo demás falla. Ven, te lo enseñaré.

Folken comenzó a caminar hacia el fondo de la nave, el chico continuó allí inmóvil hasta que sintió en su espalda la mano de Haekun que le hizo volver en sí y echar a andar.

—Vamos muchacho —dijo el gigante—, a mí también me costó al principio.

Se adentraron en un laberinto de pasillos para acabar desembocando en una gran sala en cuyo centro se alzaba un enorme artilugio. Su forma esférica y su descomunal tamaño amedrentaron a Jnum, que tuvo la sensación de que aquella mole podría echar a rodar en cualquier momento y aplastar a todos los presentes. La superficie estaba cubierta de cientos de troneras que varios satélites, que revoloteaban alrededor de la esfera, parecían aprovechar para observar en su interior.

—Todo comenzará aquí —dijo Folken—. Esta es nuestra máquina de gestación.

—¿Gestación? —preguntó Jnum sorprendido.

—Eso es, cada una de esas pequeñas ventanas es un habitáculo capaz de albergar un feto humano y mantenerlo en condiciones óptimas hasta el momento de su nacimiento.

—¿Habéis conseguido la ectogénesis? —El joven científico caminaba alrededor del aparato, observándolo fascinado.

—Hace muy poco, pero sí. Este es el núcleo del plan de emergencia si las condiciones del planeta llegan finalmente a no ser compatibles con la vida. Estamos trabajando en un modo de salvaguardar el tiempo suficiente la integridad del material genético base que se usará para engendrar a los seres.

—El tiempo suficiente ¿para qué?

—Para que nuestro mundo vuelva a ser habitable tras el cataclismo. Este ingenio dará a luz a los primeros individuos de la nueva civilización humana. Se trata crear una segunda oportunidad para nosotros, como especie.

A Jnum toda aquella información le estaba empezando a producir una sensación de irrealidad. El fin de aquel proyecto era muy distinto y mucho más trascendental que cualquiera de las ideas que él mismo se había atrevido a especular en los días anteriores a su llegada.

—Desgraciadamente —continuó Folken—, aún nos queda un último problema que solventar; ese es el objetivo de todos los genetistas que has visto al entrar y también será el tuyo. Cuando empezamos a trazar el plan de emergencia ideamos un sistema de tutela robotizado para los neonatos que abarcaría buena parte del período de su infancia, hasta un punto en que pudieran valerse por sí mismos, momento en el que los incorporaríamos al medio.

—Y ¿cómo puede asegurarse que un número suficiente de niños sobrevivirá a unas circunstancias desconocidas del planeta para que la especie pueda prosperar? —preguntó Jnum.

El magnate se quedó en silencio unos instantes y lanzó una mirada cómplice a Haekun, que sonrió visiblemente.

—A esa misma cuestión acabamos llegando nosotros, aunque he de confesarte que tardamos bastante más que tú en planteárnosla. —Folken dirigió de nuevo al grupo hacia la maraña de corredores por el que habían entrado—. Uno de mis expertos apuntó a la posibilidad de que los nuevos entes fueran incapaces de adaptarse al medio por muy favorable que este fuese y acabasen pereciendo, así que promoví una investigación con varios grupos científicos y los resultados fueron unánimes: existía una alta probabilidad de que los individuos no consiguieran mantenerse con vida por sí mismos. Los seres humanos somos demasiado frágiles para empezar desde cero y sobrevivir en un entorno cuya similitud con el nuestro podría ser mínima.

Los tres hombres llegaron a otra sala presidida por un gran cilindro dentro del cual podía verse la imagen tridimensional de un ser humano. El resto de la sala estaba a su vez repleto de pantallas holográficas que mostraban un continuo desfile de símbolos y números a gran velocidad; había varios grupos de científicos observando aquellos monitores y comentando la información que podían ver en ellos. A Jnum le resultaban muy familiares todos esos datos, se trataba de un sistema de cifrado que se usaba para la denominación y enumeración del código genético.

—Tu objetivo y el de tus colegas es eliminar esa fragilidad —dijo Folken.

—Si solo se tratase de crear seres mejorados estoy seguro de que ya lo habríais logrado. Hay algo más, ¿verdad?

—Por supuesto, los fetos deben de mantener nuestra esencia intacta. Se trata de dar continuidad a nuestra especie, necesitamos una modificación tan sutil que el resultado sea indistinguible de un ser humano actual.

—Pero una modificación sutil no les permitiría sobrevivir —dijo Jnum.

—Y una notable haría que dejasen de ser humanos. Ese es el reto, ¿qué opinas?

—Si tuviera que valorar la viabilidad en este preciso instante, diría que hay una alta probabilidad de que lo que me estás pidiendo sea un imposible. Pero no es prudente hacer valoraciones sobre una primera impresión.

—Nada es imposible, Jnum. Únicamente necesitamos que alguno de vosotros dé con el enfoque apropiado para abordar el problema. —Folken se acercó al enorme tubo en el centro de la sala— Además contamos con una tecnología que no existe en el exterior. Este es nuestro procesador de datos, se trata de una inteligencia artificial que nos da una simulación del resultado que una mutación provocaría en un ser humano en las diferentes etapas de su vida. Es un dispositivo tan rápido que incluso nos permite ver cómo esa característica evolucionaría a través de varias generaciones combinándola con diferentes condiciones ambientales. Lo que ves dentro de este cilindro es la representación de un ser modificado, si esperásemos un rato podríamos ver cómo envejece y de qué manera sus descendientes progresan.

Jnum estaba abrumado. Se acercó para ver el cilindro con más detalle, el modelo humano en su interior era muy parecido a una persona real. Observó con atención su rostro durante el tiempo suficiente para apreciar cómo su piel iba transformándose, cambiando de textura y acumulando pequeños rasgos de deterioro.

Como experto en su campo, sabía que la cantidad de datos que aquel dispositivo debía manejar para crear una simulación fiable del desarrollo de un ser humano era colosal. Cualquier intento de algo parecido en el exterior sería inútil. Al procesador más rápido conocido le llevaría años reproducir algo como aquello.

—¿Cómo lo habéis conseguido? —dijo con la mirada aún perdida en el cristal.

—Con la ayuda de Haekun y algunos años de trabajo. La capacidad límite de procesamiento de la tecnología convencional del exterior estaba a poco de alcanzarse y nos dimos cuenta de que no sería suficiente para nuestros fines. Decidimos recurrir a la alternativa cuántica, que ya estaba siendo probada por todo el planeta sin demasiado éxito. La enfocamos desde un nuevo punto de vista y obtuvimos como resultado el procesador más rápido que jamás se haya creado.

»Eso mismo es lo que esperamos de ti, Jnum. Un nuevo enfoque que nos permita avanzar. —Folken se puso de cara al cristal y posó sus manos sobre él—. Estoy seguro de que está ahí, esperando a ser descubierto.

7

La caravana de vehículos se detuvo en el control, a la entrada del puente Arland. Desde el segundo coche, Michael pudo reconocer la voz de Kate Romeo recriminando la actitud del soldado de la Guardia Nacional que había osado pararles. «Nos quedan otros siete controles antes de llegar a la Casa Blanca, —le oyó decir— si en alguno de ellos nos vuelven a parar le haré a usted responsable, así que más le vale llamar a sus amiguitos para que nos den vía libre a partir de aquí». Al pasar junto al desesperado militar, que se afanaba en contactar por radio con sus compañeros, el periodista no pudo evitar esbozar una sonrisa.

Cruzaron el Potomac y fueron pasando, sin detenerse, cada una de las barricadas a lo largo de la avenida Catorce, la zona estaba completamente desierta a excepción de algunas patrullas y de los efectivos que vigilaban los controles. Giraron a la izquierda hacia la avenida Pennsylvania, entraron en el jardín sur de la Casa Blanca y se dirigieron a la parte trasera del ala oeste.

La agente Romeo se bajó de su coche y se acercó al de Michael.

—Sígame, señor Cohen.

El periodista siguió a la mujer hasta una entrada trasera que les condujo a un corredor desde el que accedieron a las escaleras. Bajaron un par de plantas y finalmente acabaron entrando en una pequeña sala ocupada por dos hombres. Uno de ellos no perdía ojo al ordenador portátil que tenía delante y el otro, de aspecto algo más desaliñado y con claros signos de cansancio, parecía estar estirando las piernas mientras tomaba un café.

—¿Alguna novedad chicos? —preguntó Kate.

—De momento nada —dijo el agente antes de dar un sorbo a su taza—. Acabo de salir de estar un rato con él y, sinceramente, no creo que le saquemos más de lo que ya nos ha dicho.

Michael se asomó para echar un vistazo a la pantalla de la computadora y vio que se trataba de una transmisión de vídeo en directo desde otra estancia. En la imagen podía verse a un hombre sentado a una pequeña mesa. Tenía un aspecto horroroso, con la camisa rasgada y manchada de lo que parecía ser una mezcla de sudor y sangre. Su rostro mostraba alguna contusión y se le veía completamente agotado, por momentos daba la impresión de que iba a perder el conocimiento.

—De acuerdo, tomaos un descanso —dijo la agente Romeo—, volved en diez minutos.

Los dos hombres salieron de la sala y cerraron la puerta. Con un gesto, la mujer indicó al periodista que se sentase en la silla que

había frente al ordenador.

—¿Quién es? —preguntó Michael señalando a la pantalla.

—Es el agente encargado de la seguridad de la hija del presidente Hudson y principal sospechoso de haber provocado su desaparición.

—Osea, que ese es el motivo de todo este lío.

—Sí, pero no es algo tan sencillo como un simple secuestro. —La agente pasó el brazo por encima del hombro de Michael para acceder al teclado—. Eche un vistazo a esto.

El monitor mostró la imagen de un pasillo vacío en el que podía verse una única puerta cerrada. La mujer pasó el vídeo hasta el punto en que una chica entraba en escena, era la hija del presidente. Solo unos instantes después, aparecía en pantalla el malogrado guardaespaldas, que la seguía a cierta distancia. Podía verse como la muchacha entraba por la puerta y el hombre se quedaba fuera. La agente Romeo pulsó de nuevo sobre el ratón hasta dar con el momento en el que el escolta sacaba su arma y entraba a toda prisa en la habitación. Un extraño resplandor surgía de la puerta de la estancia, la luz parecía ir ganando intensidad progresivamente a tal punto que la pantalla del ordenador llegó a quedar completamente en blanco. Solo unos segundos después, aquel fulgor se apagaba súbitamente dejando ver de nuevo la imagen del corredor vacío.

—Este es el último testimonio gráfico que tenemos de ella. Entró en su habitación y ya no volvió a salir.

—¿Cómo que no volvió a salir? —preguntó Michael girándose hacia la mujer.

—Lo que oye, hay cámaras enfocando tanto a las puertas de entrada como a la ventana, y también detectores de movimiento. Nadie pudo llevársela sin que lo supiéramos, pero el hecho es que la chica no está.

—¿No hay cámaras dentro de la habitación?

—En el interior de los dormitorios se suelen instalar cámaras sin vigilancia humana para preservar la intimidad de quien los ocupa. Estos dispositivos envían una señal a un servidor que procesa en tiempo real la información que está recibiendo. Mediante un algoritmo, detecta y avisa de posibles situaciones de riesgo, además de guardar todos los vídeos. Desafortunadamente el presidente ordenó que se desinstalasen todas esas cámaras cuando se mudó a la Casa Blanca. De no haber sido así, ahora sabríamos lo que ocurrió ahí dentro.

—Pero no puede haberse esfumado sin más. —Michael se volvió y señaló al agente detenido cuya imagen en directo podía verse de nuevo en el monitor—. ¿Qué hay de él?, ¿pudo ver algo?

—Aquí es donde todo esto se pone interesante. Dice que la

chica estaba envuelta en una luz cegadora y simplemente desapareció.

—Pero usted no creerá eso ¿verdad?

—¿Sabe lo que realmente no creo? Que ese hombre, que ha sido formado por el gobierno y sabe perfectamente lo que le vamos a hacer para sacarle la verdad, sea capaz de seguir ocultándola. Además, no hemos encontrado ni una sola brecha en la seguridad que hubiese permitido que alguien se llevase a la chica sin que lo detectásemos.

—Lo cual no significa que esa brecha no exista.

—¿Qué insinúa? —La agente Romeo se cruzó de brazos y le lanzó una mirada inquisitiva al periodista.

—Mire, le daré mi opinión basada en años de trabajo de investigación —Michael se levantó de la silla y se colocó frente a la mujer—. En ocasiones creemos tener una situación tan controlada que olvidamos por completo que existen otras posibilidades. No somos conscientes de que esa sensación de control nos está ocultando una verdad que podemos tener delante de nuestras narices. He visto a farsantes engañar a un nutrido grupo de científicos haciéndoles creer que podían mover cosas con el poder de su mente o leer los pensamientos de otra persona, todo ello en un entorno de laboratorio.[3]

—Y ¿cómo es posible tal cosa?

—Porque lo que para un científico es un entorno controlado puede no serlo para un ilusionista experimentado. Aunque aquellos investigadores creían haber tomado todas las precauciones para evitar el fraude, en realidad no lo habían hecho. Ignoraban por completo los trucos más básicos de la prestidigitación.

Michael tomó la mano de Kate y puso sobre ella un teléfono móvil y una linterna de bolsillo. La mujer sonrió al reconocer ambos objetos como suyos.

—Créame —continuó el periodista—, ha de haber una explicación lógica para todo esto que no incluya luces ni desapariciones por arte de magia.

La agente Romeo guardó sus pertenencias en los bolsillos y se volvió hacia la mesa que tenía justo tras ella. Abrió una carpeta y sacó una serie de fotografías.

—Veo que los años han matado al soñador que una vez fue, señor Cohen. Le mostraré el motivo de su presencia aquí. La mujer le entregó las fotografías a Michael, que reconoció al instante aquella extraña forma oscura en órbita sobre la Tierra. Se trataba de el Caballero Negro, el objeto en cuya investigación estuvo inmerso durante todo un año y que casi arruinó su carrera.

—Ignoraba que estuviera aquí para revivir antiguos fantasmas del pasado —dijo el periodista mientras pasaba las fotos.

—¿Lo reconoce?

—Es una leyenda de Internet que cometí el error de dar por cierta. Un objeto que orbita la tierra y al que se le atribuye un origen alienígena. Investigué el asunto a fondo y di con lo que creía que eran testigos fiables. Obtuve testimonios de gente del servicio secreto, militares de alto rango e incluso algún astronauta.

»Cuando por fin publiqué, todos ellos se revelaron como impostores, cada uno con sus motivaciones personales. Consiguieron engañarme…, o tal vez fui yo mismo el que se dejó engañar.

—¿Y si le dijera que en realidad no cometió ningún error al dar esa historia por cierta?

Michael se quedó unos instantes en silencio mirando a la mujer con los ojos como platos.

—Eso es imposible.

—No lo es, señor Cohen. El Caballero Negro es real, no lo hemos creado nosotros y es mucho más inquietante de lo que pueda imaginar. Llevamos años vigilándolo ahí arriba, es lo único que podemos hacer dado que no hay modo de destruirlo ni abordarlo con la tecnología que tenemos a nuestra disposición.

—Pero… ¿cómo? —Michael arrojó las fotos al suelo y cayó sentado de nuevo en la silla, tapó su cara con ambas manos y se encogió hasta apoyar sus codos sobre las piernas, estaba derrotado—. Lo negaron,…me humillaron públicamente.

—Supongo que le debo una disculpa de parte del gobierno —dijo la agente—. Se estaba usted acercando demasiado a la verdad y fue necesario anular su credibilidad. Los testigos con los que habló eran realmente quienes decían ser, pero seguían nuestras instrucciones desde el principio. Fuimos nosotros quienes los pusimos en su camino.

—No lo logro entender…, ¿por qué ocultarlo?

—Lo sabe de sobra, señor Cohen. Una nación como la nuestra no puede permitirse admitir la existencia de un objeto de origen desconocido capaz de pasearse con total impunidad por su espacio aéreo cada vez que le viene en gana. Aún menos si añadimos el hecho de que somos incapaces de hacer absolutamente nada para evitarlo y no tenemos ni la más mínima idea de cuál es su propósito.

El periodista levantó la cabeza, aún encogido, hasta alcanzar con la mirada el rostro de Kate.

—¿Dice que le han visto abandonar su órbita y moverse a voluntad? —preguntó Michael.

—Le hemos visto hacerlo en varias ocasiones e incluso hemos tratado de seguirlo con nuestros cazas, pero no tarda en despistarlos. Ese cacharro alcanza velocidades y realiza maniobras que para nosotros son inconcebibles.

»En el último paseo que se dio por nuestra atmósfera tuvimos más suerte; pudimos seguirlo hasta que se detuvo justo sobre la

vertical de Washington D.C. y más exactamente sobre la Casa Blanca, adivine lo que estaba ocurriendo aquí abajo justo a esa hora.

—La desaparición de la hija del presidente, supongo. —Michael se levantó y comenzó a caminar por la sala—. Todo esto es increíble, si le he entendido bien ustedes están considerando como posibilidad…

—…la abducción de la chica por parte de una entidad desconocida, eso es.

Michael se tomó unos momentos para asimilar toda la información que estaba recibiendo. Observó las fotografías esparcidas por el suelo y se dio cuenta de que una parte del intenso dolor que solía sentir al recordar aquella época se había esfumado. Aquella revelación eliminó el sentimiento de culpabilidad que había estado azotándole durante años. Siempre pensó que había sido víctima de su propio sesgo de confirmación, que se había precipitado, ahora sabía que no había sido así.

—En cualquier caso —dijo por fin el periodista—. Incluso si eso que dice es cierto, no sé en qué podría yo ser útil en una situación como esta.

—Necesitamos toda la información disponible sobre este tipo de casos. Usted ha dedicado años a investigar y entrevistar a testigos, creemos que a día de hoy es la persona más versada sobre la materia.

Michael echó un vistazo alrededor y se encontró de nuevo con la imagen del maltratado escolta en el monitor del ordenador.

—Si está tan convencida de la teoría de la abducción, ¿No debería liberarle? —dijo señalando a la pantalla.

—No podemos hacer eso. Si lo descartásemos únicamente porque todo parece apuntar a que es inocente, correríamos el riesgo de convertirnos en esos ingenuos científicos de los que usted hablaba antes. No desecharemos la posibilidad, por ínfima que sea, de que él sea nuestro particular prestidigitador.

La mujer se dirigió hacia la puerta de salida justo cuando uno de los dos agentes entraba de nuevo en la sala. Michael pudo ver, a través del monitor, al otro hombre entrando en la habitación y acercándose al sospechoso.

—Señor Cohen —dijo la agente Romeo—, sígame, por favor. No le conviene ver lo que viene a continuación, créame.

—¿A dónde vamos?

—Al dormitorio de Lea, quiero que eche un vistazo.

Los dos se dirigieron al área central de la Casa Blanca. A esas horas de la noche, las únicas personas que encontraron en su camino fueron miembros de la seguridad presidencial que se limitaron a saludar a la mujer sin el menor amago de detenerle o preguntar por su desconocido acompañante. Subieron al segundo piso, donde se

encontraba la residencia familiar y caminaron hasta llegar al dormitorio Oeste.

El aspecto de la habitación era algo chocante; no solo porque su impecable decoración, obra de algún talentoso profesional, contrastaba con los pósteres y otros elementos esparcidos por las paredes, sino por una serie de rozas y boquetes que llenaban tanto las paredes como el techo.

—Han hecho un buen destrozo —susurró Michael.

—Puede hablar con normalidad, hemos trasladado al presidente y a su esposa a otra área más segura de la casa hasta que pase todo esto. Las perforaciones se deben a que alguien puso sobre la mesa la idea de que la chica podría estar escondida en alguna cavidad oculta tras las paredes o el techo. Es una locura de hipótesis, pero no nos quedó más remedio que comprobarla una vez formulada.

—¿Han medido la radiactividad en la estancia?

—Le confieso que eso no se nos ha ocurrido. ¿Cree que es necesario?

—Si están pensando en una abducción, sí. —Michael comenzó a pasear examinando el entorno—. No es infrecuente que el nivel se dispare en el lugar de un encuentro cercano.

—Lo comprobaremos en seguida. —La agente Romeo se colocó en el centro de la habitación—. Según el escolta la chica estaba flotando en el aire justo sobre este lugar.

—¿Les ha dicho si oyó algún ruido? Me refiero a algo así como el zumbido de un enjambre de abejas.

—Pues sí, es exactamente lo que nos ha dicho. ¿Qué significa?

—Es uno de los rasgos distintivos que más se suelen repetir en estos casos, a la hora de entrevistar a un testigo es muy útil conocer esas peculiaridades comunes que nos ayudan a clasificarlo como más o menos fiable. Deberían preguntar a su hombre cómo se sintió en los momentos previos a su entrada en la habitación.

—¿Cómo se sintió? —preguntó la mujer.

—Eso es, se trata de otra característica común. Si les contesta algo parecido a que notó como si estuviera en una especie de cúpula hermética que le separaba de los sonidos, olores y en definitiva de la realidad que le rodeaba, hay una alta probabilidad de que estemos ante un caso real.

Michael continuó un buen rato examinando el resto de la habitación. Aún no estaba demasiado convencido de que aquello se tratase de lo que la agente Romeo estaba sugiriendo, no parecía haber ningún indicio que le llevase a dar por buena esa hipótesis.

—Dígame señor Cohen, ¿suelen volver las personas desaparecidas en estas circunstancias?

—Se han reportado casos de desaparecidos que jamás han

vuelto, pero son poco numerosos. Suele ser más común que desaparezcan durante unas horas y vuelvan, aunque debo admitir que la chica lleva desaparecida más tiempo del habitual.

El periodista observó inquietud en el rostro de Kate, su preocupación parecía estar más allá del ámbito profesional.

—¿Ve algo que le llame la atención? —preguntó la mujer.

—No, de momento. Intuyo que no les serviré de gran ayuda, tal vez no sea la persona apropiada para algo como esto.

—Ya está resultando útil, señor Cohen. Nos ha proporcionado información muy valiosa y estoy segura de que lo seguirá haciendo, vaya a descansar y mañana continuaremos.

La pareja salió de la habitación hacia el pasillo norte. Michael notó como le invadía una extraña sensación y se detuvo súbitamente; la agente Romeo caminó solo un par de pasos más y se volvió hacia el periodista, estaba pálida, algo no iba bien.

—¿Lo nota? —dijo Michael—. Esta es la sensación de cúpula de la que le hablé antes, algo va a ocurrir.

De pronto comenzó a sonar un zumbido casi inaudible que fue incrementando su volumen rápidamente.

—¡Al dormitorio, rápido! —gritó Kate.

Ambos se quedaron paralizados ante el umbral de la habitación Oeste. Una bola de luz se estaba formando en el centro de la estancia, fue ganando intensidad hasta volverse cegadora. Michael agarró a la mujer haciéndole ponerse de espaldas al insoportable resplandor. Permanecieron así unos instantes y, de pronto, todo cesó. La agente Romeo se volvió tímidamente para descubrir que Lea yacía inconsciente en el suelo de la estancia.

—¡Dios mío! —La mujer corrió hacia la adolescente y se agachó para buscar su pulso—. ¡Está viva!

Dos agentes de seguridad irrumpieron en la habitación por la otra puerta, alertados por el ruido.

—¡Avisad al equipo médico, rápido!

Las pequeñas manos de la niña cepillaban el pelo de la muñeca. No era el típico juguete que encontrarías en unos grandes almacenes, más bien parecía una obra de artesanía hecha a mano. En realidad nada de lo que había en aquel lugar parecía sacado de ninguna tienda convencional, al menos no de una del siglo XX.

Era el primer trabajo que Michael realizaba para la revista Hidden Universe, así que más le valía esmerarse. Había conocido a su director, Carl Webb, solo unas horas antes y le había parecido razonablemente agradable para ser alguien que ostentaba un cargo de jefatura. Webb le había enviado a aquella comunidad *amish* de Lancaster para investigar el caso de una pequeña que había protagonizado un hecho insólito; la misma niña que ahora tenía justo frente a él jugando distraídamente en el escalón del porche de una de aquellas casas rurales.

—Hola —dijo el periodista con voz suave—. Bonita muñeca, seguro que también tiene un nombre precioso, ¿cómo se llama?

La cría miró a su madre buscando su aprobación antes de contestar.

—Puedes contestar cariño —dijo la mujer.

—Josephine.

—Hola Josephine, yo soy Michael Cohen.

—Encantada de conocerle señor Cohen. —La cría acercó la mano de la muñeca para que Michael la estrechara.

—Lo mismo digo Josephine. ¿Te gustaría jugar a un juego conmigo?

—Vale.

—Se trata de averiguar cuántas cosas sabes de esta preciosa niña que te cuida tan bien.

—Es mi mamá.

—De acuerdo, —Michael soltó una pequeña carcajada—, pues entonces el juego te resultará aún más sencillo. Yo te haré preguntas sobre ella y tú ganarás un punto por cada respuesta que aciertes. ¿Preparada?

—Preparada —dijo la niña colocando la muñeca delante de su cara.

—¿Cómo se llama tu mamá?

—Esa es muy fácil, se llama Sarah.

—Primer punto para ti. Ahora dime, ¿cuántos años tiene Sarah?

—Esa también es superfácil, tiene diez años.

—¡Dos puntos para Josephine!, ¿ves qué fácil está siendo?

—¡Siii, bieeeen! —Exclamó la pequeña mientras hacía dar

saltitos a su muñeca sobre su regazo.

—Ahora lo vamos a poner un poco más difícil, Josephine. Quiero que me digas qué es lo que más le gusta hacer a Sarah.

—Esa también me la sé, jugar en el establo conmigo.

—¿Y vais mucho a jugar juntas allí?

—Ya no, a mi mamá le da miedo y ya nunca vamos.

—Oh, pobre Sarah —dijo Michael mientras acariciaba el pelo de la niña sin dejar de mirar a la muñeca—. ¿Y de qué tiene miedo tu mamá?

—Dice que no quiere que se la vuelvan a llevar.

La madre de Sarah, visiblemente afectada, se sentó junto a la niña y comenzó a acariciar su espalda. Este gesto, unido a la actitud de la pequeña hicieron que de la mente del periodista desapareciera cualquier sospecha de fraude. Fuera lo que fuese lo que había ocurrido, era real para ellas.

—¿Es que alguien se la llevó mientras jugabais en el establo?

—Sí. —Sarah se acurrucó contra el pecho de su madre pero mantuvo la muñeca de pie en su regazo, como esperando la siguiente pregunta.

—¿Quién?

—Eso no lo sé.

—Creí que lo sabías todo sobre Sarah.

—Y es verdad, pero nadie sabe quién se la llevó, ni siquiera ella. —La pequeña movió el brazo de la muñeca para señalarse a sí misma—. Dice que vio una luz y que no se acuerda de nada más.

—De acuerdo Josephine, lo has hecho muy bien.

—¿Cuántos puntos he conseguido?

—Mmm…pues creo que han sido cinco en total así que te corresponde un premio.

Michael sacó una piruleta del bolsillo interno de su chaqueta y la colocó sobre el regazo de la niña junto a la muñeca.

—Muchas gracias —dijo la cría mientras trataba de coger la golosina con los pequeños brazos de Josephine.

—¿La compartirás con Sarah?

—Creo que se la voy a regalar.

Michael se despidió de la niña y con un gesto indicó a su madre que lo siguiera para hablar a solas.

—¿Cuánto tiempo estuvo desaparecida? —preguntó Michael a la mujer mientras sacaba su cuaderno de campo.

—Unas cinco horas.

—¿Hay algún testigo de la desaparición?

—En el caso de mi hija, ninguno.

—¿Es que ha habido más casos? —Michael dejó de caminar y apartó la vista de su cuaderno para centrar toda su atención en su

interlocutora.

—Pues sí, otros nueve aparte de este.

—¿Nueve desapariciones más?, ¿me toma el pelo?

—En absoluto, es algo que lleva ocurriendo en nuestra comunidad desde hace unos años. Algunos lo consideran una maldición, otros, una señal de nuestro Señor.

—¿Sería posible hablar con alguno de los testigos?

—Ya lo está haciendo, señor Cohen. Yo misma fui testigo en una de las ocasiones, vi a mi hermano desaparecer con mis propios ojos.

—¿Podría describirme lo que vio?

—En realidad fue básicamente lo mismo que ya le ha contado Sarah. Estábamos en casa de él y de repente tuvimos una sensación muy extraña, los dos la sentimos. Seguidamente él cayó al suelo inconsciente y justo cuando yo me apresuraba a auxiliarle, una luz cegadora surgió de la nada inundando la habitación.

—¿Y después?

—Nada más, la luz desapareció y mi hermano ya no estaba.

—¿Cuándo ocurrió esto? —Michael continuó con sus anotaciones.

—Hará unos diez años, fue uno de los primeros casos.

—Supongo que su hermano también volvió.

—Por supuesto, aunque tardó algo más que Sarah, unas veinticuatro horas. Regresó al lugar exacto en el que había desaparecido.

—¿Vio usted también como reaparecía?

—No, ya le he dicho que fue uno de los primeros en desaparecer en la comunidad. Sí que he presenciado como volvían otros, incluida Sarah. La experiencia nos ha enseñado que debemos esperarlos en el lugar de la desaparición y estar preparados para cuando vuelven.

—¿Preparados para qué?

—Para ayudarles en su regreso. Venga conmigo, se lo enseñaré.

El periodista comenzó a caminar tras ella, se cruzaron con un grupo de hombres que, aunque saludaron a la pareja a su paso, daban la impresión de no estar demasiado entusiasmados con la presencia de un extraño husmeando en su comunidad. La mujer se detuvo ante la puerta de un enorme cobertizo y abrió una rendija lo suficientemente amplia para permitirles el paso.

—¿Es este el establo donde desapareció Sarah?

—Así es.

—¿Y los animales?

—Ahora están fuera, pastando.

Michael recorrió todo el recinto observando minuciosamente cada detalle sin saber muy bien qué era realmente lo que estaba buscando. No observó nada extraño salvo un barreño metálico de gran tamaño arrinconado en un lateral. A pesar de que el periodista no tenía un conocimiento mínimo sobre el utillaje común en ganadería, el aspecto pulcro de aquel objeto dejaba a las claras que estaba completamente fuera de lugar.

—¿Para qué usan esto? —preguntó.

—De eso precisamente iba a hablarle. Cuando las personas regresan, su estado no suele ser bueno. En los primeros casos que se produjeron, nuestro doctor trató en vano de estabilizar tanto el pulso como la temperatura y las demás constantes de los reaparecidos. Tampoco consiguió que ninguno cobrase consciencia, era algo que iba más allá de sus conocimientos como médico. En aquellas primeras ocasiones solo nos quedó esperar a que ellos mismos se estabilizasen y volvieran en sí, proceso que a veces llegaba a tardar varias semanas en completarse.

»Una de las veces, la temperatura de un niño recién aparecido se disparó a tal nivel que el doctor pensó que moriría allí mismo, su padre lo cogió y lo llevó rápidamente a sumergirlo en agua helada en la bañera de su casa desoyendo el consejo del médico que insistió en que jamás había que hacer eso para bajar la temperatura corporal, que aquello podría matarlo. La sorpresa vino cuando observamos que, en cuestión de minutos, no solo se había estabilizado la temperatura sino que el muchacho había recobrado la consciencia y todas sus constantes volvían a ser normales. Desde entonces, siempre preparamos este barreño lleno de agua y tenemos hielo a punto en el lugar de la desaparición para sumergir a la persona nada más regresar.

—¿Y funciona?

—Hasta ahora, sí.

Michael sacó su cuaderno y comenzó a garabatear. En realidad no necesitaba tomar ninguna nota en ese momento pero sí algo de tiempo para asimilar todo lo que acababa de escuchar. El relato era sólido y tanto Sarah como su madre parecían estar diciendo la verdad, pero la propia historia era demasiado increíble, demasiado perfecta para ser cierta.

—Me pregunto si sería posible que me avisasen la próxima vez que ocurra uno de estos sucesos. Sería de un gran valor informativo si pudiese presenciar el regreso de un desaparecido. —Michael observó inquisitivo a la mujer.

—Entiendo sus dudas sobre lo que le acabo de contar señor Cohen, a mí misma me costaría creerlo si no lo hubiera presenciado.

—Lo siento, yo no quería decir…

—No tiene por qué disculparse, la mentira y el fraude campan

a sus anchas por el mundo en estos días y supongo que usted tiene que lidiar con ellas muy a menudo. Desafortunadamente, nuestra conversación de hoy es lo máximo que podemos ofrecerle, hemos accedido a atender a su medio como un favor personal por los importantes lazos familiares que existen con el señor Webb y con la condición de que se preservase nuestro anonimato en su artículo.

—¿De qué lazos familiares habla? —El periodista estaba confuso.

—El señor Webb es familia de uno de los miembros más respetados de nuestro grupo, ese es el único motivo por el que le hemos atendido hoy. Estamos seguros de que usarán la información con el respeto debido, pero debe entender que esto es algo excepcional y no habrá más incursiones en nuestra comunidad en el futuro.

Todo aquello era nuevo para Michael. Carl Webb no le había dicho ni una palabra sobre su relación familiar, ahora entendía cómo se había enterado de lo sucedido en un lugar tan hermético como ese. Sin duda debería tener una conversación con él y, desde luego, consultarle los términos de su acuerdo con la comunidad antes de escribir su artículo.

El periodista estaba algo decepcionado, sentía que era una ocasión desperdiciada de documentar algo insólito, si es que el caso era real. Por otro lado, todo aquello dejaba claro que esa gente no tenía ningún afán de notoriedad ni motivo para inventar una historia como esa, lo que hacía más verosímil el relato.

Sumido en estos pensamientos se despidió y emprendió el viaje de vuelta a Nueva York. En aquel momento no podía imaginar que, algún día, él mismo se convertiría en un testigo más, que sentiría aquella extraña sensación y que vería como una desaparecida se materializaba delante de sus narices.

El recuerdo de aquel primer encargo para Hidden Universe le invadió al ver al equipo médico de la Casa Blanca tratar inútilmente de estabilizar a Lea en el suelo de su habitación. La agente Romeo, visiblemente afectada, observaba la escena junto a él.

—¡No entiendo qué ocurre! —dijo el médico que parecía estar al mando del equipo—. ¡Sus constantes suben y bajan como una puta montaña rusa!, ¡Traed otro monitor, rápido!

Uno de los enfermeros salió corriendo de la habitación y volvió instantes después con otro monitor multiparamétrico. Después de conectarlo, el doctor observó la pantalla durante unos instantes sin poder creer lo que estaba viendo. Sus cuatro ayudantes estaban expectantes esperando órdenes.

—¿Qué hacemos? —preguntó uno de ellos.

—No lo sé —contestó el medico con la mirada fija en el vacío —, jamás me había encontrado con algo así, no tiene sentido.

En ese momento el presidente Hudson apareció en el umbral de la puerta.

—¡Lea! ¡hija mía! —gritó echando a correr hacia el lugar donde su hija yacía inmóvil.

La agente Romeo se interpuso en su camino y se las arregló para detener al presidente a pesar de ser notoriamente menos corpulenta que él.

—Edward, mírame —dijo la mujer mientras agarraba la cara de Hudson—. Déjales trabajar, saben lo que están haciendo.

El presidente desistió en su intento y abrazó a Kate mientras ambos se deshacían en lágrimas. Para Michael quedó claro lo que ya sospechaba: la relación de aquella mujer con la familia del presidente no era únicamente de trabajo, había algo más.

Pasaron unos instantes durante los cuales el equipo siguió tratando sin éxito de controlar la situación. Cuando finalmente quedó claro que no había nada que hacer, el jefe médico se levantó y se dirigió directamente hacia el presidente.

—Señor, esto es de lo más inusual —dijo al tiempo que bajaba la cabeza para evitar mirar a los ojos de Hudson—. No entendemos qué le ocurre…, no sabemos cómo actuar.

—¡Panda de inútiles! —gritó el presidente—. ¡Os aseguro que si le pasa algo a mi hija os arrepentiréis de haber nacido!

Michael trató de llamar la atención de Kate que se afanaba en tranquilizar a Hudson, la mujer se percató y, con un gesto, indicó a uno de los hombres que se interpusiera entre el presidente y el doctor mientras ella iba a ver qué quería el periodista.

—¿Tiene algo que aportar señor Cohen?

—Sí, hay que meter a la chica en agua helada ahora mismo.

—¿Agua helada?

—Eso es, hay que hacerlo ya o la chica no volverá a su estado normal en semanas.

La agente Romeo se detuvo a sopesar la situación un instante y se volvió hacia los congregados.

—¡Todos excepto el doctor y el presidente, salid a toda leche y traed todo el hielo que haya disponible! —gritó al tiempo que corría hacia el baño—. ¡Edward sígueme!

El doctor volvió a su puesto junto a Lea y Hudson siguió a la mujer hasta el cuarto de baño.

—¿Qué estás haciendo Kate? —preguntó el presidente.

—Vamos a hacer volver a tu hija. —La agente abrió al máximo el grifo de la bañera.

—Ni siquiera el médico sabe qué hacer, ¿de qué va todo esto?

—Confía en mí. —Kate salió con paso decidido al dormitorio y se dirigió hacia la adolescente—. Tengo buenos motivos para pensar que se recuperará si la sumergimos en agua helada.

—¿Agua helada? —dijo el médico—. ¿Acaso está loca? Su temperatura está fluctuando sin ningún control, someterla a un frío extremo podría tener consecuencias fatales.

—Doctor, tiene usted la oportunidad de hacer su primera acción útil del día —dijo la mujer mientras se agachaba y metía sus brazos bajo las axilas de la chica—. Ayúdeme a levantarla y llevarla al baño, ¡vamos!

El médico obedeció a regañadientes. Hudson indicó a los agentes, que empezaban a llegar con cubos llenos de hielo, que los descargasen en la bañera. Michael fue el último en hacerlo y se quedó allí junto a la agente Romeo que, sentada en el suelo, sostenía la cabeza de Lea sobre su regazo en espera de que el agua llegase a un nivel suficiente.

—Kate, escucha —dijo el presidente Hudson—. ¿Estás segura de que esto es lo correcto?

—Edward, debes confiar en mí. —La agente miró a Michael—. Funcionará.

Esperaron a que se llenase la bañera. El presidente cogió en brazos a su hija y ,con la mayor delicadeza, la introdujo en el agua. Todos los presentes permanecieron de pie, inmóviles y en silencio excepto Hudson que, arrodillado junto a la tina, susurraba una oración al tiempo que sujetaba a la chica para impedir que su cabeza se sumergiera.

Súbitamente el cuerpo de Lea empezó a convulsionar con gran violencia, Kate se apresuró a ayudar al presidente a sujetarla para evitar que se lesionase.

—¡Se lo dije! —gritó el doctor—. ¡Sáquenla inmediatamente!, ¡la van a matar!

Hudson miró a Kate en busca de consejo, en su mirada se podía leer la duda y el miedo a que lo que estaban haciendo acabase por hacer daño a su hija.

—Esto está muy por encima del conocimiento de ese médico —dijo ella—, aguanta Edward, tu hija se va a poner bien.

Los espasmos iban en aumento y cada vez les resultaba más complicado sujetar a la muchacha, por momentos parecía que algunas de sus articulaciones fueran a partirse por la violencia de aquellas sacudidas.

—¡Se acabó, voy a sacarla! —exclamó el presidente.

De pronto, las convulsiones cesaron e, instantes después, Lea volvió en sí.

—Te…te…tengo frío —dijo mirando a su padre con los ojos

como platos.

Rápidamente sacaron de la bañera a la chica, la secaron y la cubrieron con toallas calientes. La agente Romeo miró a Michael y, con un gesto, le mostró su gratitud. El periodista, apoyado sobre una pared, dio un resoplido de alivio antes de dejarse escurrir y caer sentado sobre el suelo del cuarto de baño.

Una vez que el médico verificó que Lea estaba completamente consciente y estable procedieron a acomodarla en un dormitorio al que solo se dio acceso al equipo médico, al presidente y a la agente Romeo. Tras algo más de una hora, Hudson salió de la habitación y se dirigió hacia Michael, que aguardaba en el hall central.

—El señor Cohen, ¿verdad? —dijo el presidente extendiendo la mano mientras avanzaba hacia el periodista.

—Sí, señor presidente. —Michael se levantó de su silla y estrechó la mano de Hudson.

—Encantado de conocerle señor Cohen. Únicamente quería darle las gracias personalmente. Sin su intervención de hoy, mi hija no estaría sana y salva.

Michael miró de reojo hacia el dormitorio, la agente Romeo le sonreía desde la puerta.

—No cabe duda de que estoy en deuda con usted —continuó el presidente—. Estoy seguro de que será de gran ayuda para solucionar el problema en que estamos inmersos, Kate le dará todos los detalles.

Hudson se despidió de la agente Romeo y desapareció caminando por el pasillo seguido de dos agentes de seguridad.

—Parece que se ha ganado su confianza —dijo la agente acercándose al periodista.

—¿De qué problema estaba hablando? La chica ya ha vuelto, ¿Es que hay algo más?

—Hay mucho más, venga conmigo.

La mujer llevó a Michael hasta la sala de estar al otro lado del pasillo y cerró las dos puertas de acceso.

—Lea no es la única que ha desaparecido en extrañas circunstancias durante estos últimos días, señor Cohen. Tenemos información de otros muchos casos alrededor del mundo, todos hijos o familiares cercanos de mandatarios de diferentes países o herederos de grandes fortunas.

—¿Todos en los últimos días?

—Todos dentro de una franja de setenta y dos horas. —La mujer se sentó en uno de los sofás de la sala, parecía agotada—. En algunos casos también con testigos y una historia muy parecida a la que contó el guardaespaldas de Lea.

—¿De cuántos casos en total estamos hablando?

—Tenemos constancia de unos ciento sesenta casos. Teniendo

en cuenta la opacidad de algunos países, esto significa que probablemente ha ocurrido en todas las naciones del planeta.

—Es increíble —dijo Michael sentándose junto a la agente Romeo—. Hay algo que no entiendo, si nuestra chica ya ha vuelto, ¿cuál es el problema en el que seguimos inmersos al que se ha referido el presidente?

—Esta situación ha creado tensiones a nivel internacional, nadie entiende qué ocurre y muchas naciones sospechan de algunos de sus enemigos históricos o bien de países con distintos tipos de intereses geopolíticos. De momento todos los estados han optado por guardar silencio para no alentar conflictos, pero en cualquier momento todo esto podría estallar y tener consecuencias desastrosas.

—No veo qué puedo hacer yo para solucionar algo como eso.

—Señor Cohen, usted es muy valioso para nosotros en este momento. Nuestra meta es llegar a la verdad de todo este asunto para poder darle una respuesta lógica y tal vez una solución. Solo así conseguiremos volver a la normalidad y evitar un conflicto. Estamos trabajando en colaboración con los servicios de información de un buen número de países aliados, uniendo fuerzas para tratar de llegar todos juntos a este objetivo; estoy segura de que sus extensos conocimientos nos serán de gran ayuda para conseguirlo.

—¿Cuántos de ellos han regresado ya?

—De momento Lea es la primera, que sepamos.

—Si realmente todas esas desapariciones tienen el mismo origen —Michael se levantó y comenzó a pasear por la estancia— sería lógico pensar que todos regresarán igual que lo ha hecho ella.

—Ojalá sea así, aunque no podemos estar seguros. De momento le aconsejo que se ponga cómodo, pasará una temporada con nosotros hasta que todo esto se aclare.

—Pero yo…, no puedo —balbuceó Michael volviéndose hacia la agente.

—Son órdenes del presidente, usted nos ayudará lo quiera o no, esto es demasiado importante.

El periodista guardó silencio durante unos instantes. De ninguna manera se habría negado a quedarse y ayudar pero aquella propuesta le había hecho sentir algo de vértigo, estaba desbordado. La agente Romeo no se andaba con rodeos y tal vez era algo áspera pero sin duda tenía razón, aquello era demasiado importante.

—No hay problema, me quedaré y les ayudaré en lo que pueda —dijo por fin—. Me gustaría ver a la niña.

—A partir de ahora tiene vía libre, señor Cohen; esa también es una orden del presidente.

Michael salió de la sala y se dirigió hacia la puerta del dormitorio donde habían acomodado a Lea. El agente que la

custodiaba susurró algo por su intercomunicador y seguidamente se apartó para dejar paso al periodista. La chica estaba acompañada por el doctor que, sentado junto a la cama, no perdía vista del monitor. Ambos se volvieron para mirar a Michael cuando entró.

—Hola Lea —dijo el periodista acercándose a la cama—, soy Michael, un amigo de tu padre. ¿Qué tal te encuentras?

—Bien, un poco cansada —susurró la chica—. Dice Kate que me has salvado.

—Yo no diría tanto, ha sido ella la que ha tenido el valor de actuar en el momento apropiado, yo no hice nada.

—No seas tan modesto, incluso mi padre dice que estoy despierta gracias a ti, y él no suele reconocerle méritos alegremente a nadie, créeme. En cualquier caso muchas gracias, estoy feliz de haber vuelto, me han dicho que he estado más de dos días fuera.

—No hay de qué —dijo el periodista—. Dime Lea, ¿recuerdas algo de esos dos días?

—No, lo último que recuerdo es que entré en mi habitación y tuve una sensación extraña, como si todo se hubiese detenido, fue muy raro. Después de eso, nada de nada, simplemente me desperté en la bañera muerta de frío.

—De acuerdo, ahora toca descansar, Lea. Me quedaré por aquí unos días, ya iremos hablando, tal vez con el tiempo puedas recordar algo más.

—Si recuerdo algo, tú serás el prim… primer…

La chica perdió la consciencia y Michael, visiblemente preocupado, miró al doctor.

—No hay de qué preocuparse —dijo el médico—, todas las constantes están estables, la chica está agotada. Es normal sufrir desmayos después de una experiencia intensa.

El periodista se quedó un momento observando a la adolescente, que estaba completamente inmóvil salvo por un leve movimiento en su mano izquierda; eran sus dedos índice y medio, que se movían golpeando el colchón con gran rapidez.

—¿Qué le ocurre en su mano? —preguntó Michael.

—Son contracciones involuntarias de las articulaciones, no es raro verlas en pacientes que han pasado por una experiencia traumática, irán remitiendo.

El periodista estaba a punto de marcharse cuando observó que la mano derecha de Lea, cubierta parcialmente por la sábana, parecía estar moviéndose ahí debajo. Retiró la tela y descubrió que también los dedos índice y medio estaban en frenético movimiento, se alejó un poco de la cama para obtener un ángulo que le permitiera observar las dos extremidades al mismo tiempo y se dio cuenta de que los dedos de ambas manos se movían en perfecta sincronía, el número de

percusiones que cada dedo de la mano izquierda daba seguidas antes de pasar a golpear con el otro parecía no seguir un patrón, pero su simultaneidad con los golpes de su dedo gemelo de la mano derecha era perfecta. Todo aquello era extrañamente antinatural, como el movimiento de una máquina. Michael supo al instante que lo que estaba ocurriendo era importante, así que sacó su teléfono móvil, lo enfocó hacia la chica y comenzó a grabar.

9

Habían pasado varios días desde su llegada a las instalaciones pero, para Jnum, el tiempo había perdido todo su sentido. Era algo que le ocurría siempre que se enfrascaba en un nuevo proyecto, se entregaba totalmente a su trabajo. Durante esas jornadas apenas había pisado su nueva casa en la zona residencial excepto para dormir, se pasaba todo el día en el laboratorio del sector de genética.

El muchacho había desarrollado una gran habilidad en el manejo de la consola holográfica y se movía con extrema rapidez a través de la interfaz realizando todo tipo de cálculos, anotaciones y comprobaciones. En ese momento se encontraba tan absorto en su labor que no se percató de la presencia de Folken, que llevaba un buen rato observándole desde atrás.

—Ese enfoque parece interesante, Jnum.

La voz a su espalda sobresaltó al joven científico, que se levantó de su asiento y se volvió bruscamente hacia el magnate.

—Lo siento muchacho, no pretendía asustarte —dijo Folken levantando las manos.

—No…, quiero decir…, no esperaba a nadie —balbuceó Jnum —. Es culpa mía, me abstraigo demasiado cuando estoy trabajando.

—Ya veo, ¿Qué tal va todo, Jnum?

—Bien, estoy tratando de dar forma a una posible solución que creo que puede ser viable…

—Me refiero a qué tal te va a ti —le interrumpió Folken—, pareces cansado.

—Estoy bien, este lugar es estupendo y estoy disfrutando como nunca de mi trabajo.

—Me alegra oír eso, —El magnate se acercó al chico sin dejar de mirarle fijamente a los ojos—. Solo tienes que decirlo si necesitas cualquier cosa, para mí es prioritario que mis colaboradores estén cómodos en su nuevo hogar.

Jnum observó detenidamente a Folken, se detuvo especialmente en sus ojos, había algo raro en ellos. Se dio media vuelta y soltó una carcajada. El magnate le miró extrañado, no parecía entender qué estaba pasando.

—¿Qué te ocurre?, ¿Hay algo que te haya hecho gracia Jnum?

—En realidad, sí. —El muchacho se sentó en su silla de nuevo sin parar de reír—. Me parece gracioso que creas que puedes engañarme tan fácilmente. Lo siento, no ha funcionado.

—¿Cómo? —Folken parecía confuso—. ¿Engañarte? No sé de qué estás hablando.

Jnum continuó riendo ante la mirada atónita del Magnate. Otra risa resonó desde el fondo de la nave, parecía proceder de un

pilar lejano. Ambos se volvieron hacia aquel lugar y vieron como dos personas surgían de detrás de la columna, eran Folken y Haekun.

—¿Cómo lo has sabido? —gritó el Folken recién aparecido mientras caminaba junto a su compañero hacia el laboratorio del muchacho.

—Me parece que aún tenéis que mejorarlo mucho —contestó Jnum levantándose de su asiento—, tiene buen aspecto pero no supera un escrutinio a corta distancia, los ojos le delatan.

—De momento es solo un prototipo —dijo el magnate entrando al despacho y traspasando al otro Folken, cuya aterrorizada mirada delataba que parecía no entender lo que estaba ocurriendo—. Míralo, está realmente asustado, eso significa que vamos por buen camino. Dejemos que descanse, no conviene estresarle.

Folken abrió su consola y con un par de movimientos hizo desaparecer al holograma.

—¿Estresarle?, ¿a un holograma? —dijo Jnum.

—Es mucho más que eso. Se le ha volcado parte de mi personalidad y mis recuerdos directamente desde mi cerebro.

—¿Eso es posible?

—Lo será, Jnum. Estamos perfeccionándolo, nos hallamos cerca de conseguir un volcado total y fiable.

—Pero un volcado total significaría…

—Una representación exacta de mí, eso es —interrumpió Folken—. Una versión de mi ego que sería capaz de trascender más allá de los límites físicos.

En aquel momento se abrió la puerta de la nave, era Imane. Jnum no la había vuelto a ver desde el día que llegó a las instalaciones y se le antojó aún más atractiva que aquel primer día. La chica caminó con paso firme y rápido hacia ellos.

—Se requiere tu presencia en el área de investigación espacial —dijo Imane sin haber completado el trayecto hasta el laboratorio.

—¿Algo grave? —respondió Folken.

—No, aunque parece importante, no quieren tomar ninguna decisión sin consultarte.

—De acuerdo, debo irme Jnum, ya seguiremos nuestra conversación en otro momento.

El magnate, acompañado de Haekun, se alejó a toda prisa del laboratorio hacia la salida. La chica se quedó observando al muchacho unos instantes mientras él volvía a su asiento y conectaba la consola.

—¿Qué tal estás? —preguntó ella acercándose—. ¿Te adaptas bien a este lugar?

—Sí…, bueno…, en realidad estoy demasiado ocupado, prácticamente no salgo del laboratorio —dijo Jnum sin parar de navegar por su interfaz.

—¿No has ido a la zona de ocio?

—No he tenido tiempo, la verdad.

—Llevas muchos días aquí, —Imane se cruzó de brazos—. Sabes que es importante descansar la mente de vez en cuando, ¿verdad?

—Sí, pero…

—Nada de peros, te vas a tomar un descanso en buena compañía, te espero fuera.

La chica se dirigió a la salida, Jnum desconectó su consola y agradeció que Imane no le hubiera dado la oportunidad de negarse porque, aunque se moría de ganas de compartir algo de tiempo con ella, probablemente su timidez unida a su obsesión por el trabajo le habrían llevado a rechazar la invitación.

La zona de ocio era una amalgama de toda clase de lugares donde escuchar música, instalaciones deportivas, zonas de descanso y establecimientos de comida. Jnum pensó que en un lugar así cualquier persona encontraría algo que hacer, independientemente de las preferencias que pudiera tener. La pareja entró en uno de los locales más tranquilos, cogieron unas bebidas y se sentaron en unos amplios y acolchados asientos. La música y el ambiente invitaban a la relajación y ambos guardaron unos instantes de silencio para disfrutar de ese nuevo entorno.

—Bueno Jnum, cuéntame, ¿de dónde eres?

—Del pueblo más insignificante, perdido y pobre de la Tierra.

—¡No será para tanto! —La joven rió.

—¡No exagero!, es una pequeñísima comunidad alejada de la civilización, no hay nada excepto unas pocas casas y granjas.

—¿Y cómo has acabado aquí?

—Bueno, desde niño no fui exactamente normal. Veía el mundo de un modo distinto a los demás, me intrigaban cosas que pasaban inadvertidas al resto de chicos.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Imane sentándose algo más cerca del muchacho.

—Siendo muy pequeño aprendí a leer y escribir por mi cuenta, preguntando a mi madre y practicando con libros que había en casa o que me prestaban los vecinos. Empecé a interesarme por todo lo relativo a los seres vivos y aprendí lo que la vida exigía para prosperar: un intervalo de temperatura determinado, agua, oxígeno y algunas otras circunstancias y factores presentes en la Tierra. Aquello, lejos de proporcionarme una respuesta satisfactoria, generó en mí dudas aún mayores. Me parecía imposible que, por puro azar, se hubieran dado todas esas circunstancias para que la vida se desarrollase. Daba la impresión de que este planeta había sido creado a nuestra medida, un paraíso para el ser humano, era demasiada

casualidad.

»Pregunté sobre aquello a todos los que me rodeaban, empezando por mis propios padres, —Jnum dio un trago a su bebida —. Por supuesto, nadie me dio una solución satisfactoria, solo supieron responderme de dos maneras: con silencio o acudiendo al recurso del ser supremo y todopoderoso que creó todo lo que existe.

»Un profesor venía al pueblo en días sueltos para educar a los pocos niños de la comunidad. Yo no le conocía, aún no tenía edad de acudir al colegio, pero pensé que quizás él podría proporcionarme las respuestas que buscaba. Uno de los días en que tocaba clase, acudí a la casa que se usaba como improvisada aula, esperé a que los niños salieran y entré. El profesor estaba recogiendo sus cosas y se sorprendió al verme, me preguntó qué quería y, ansioso como estaba yo de resolver aquella incógnita, le solté todo aquel discurso sobre los seres vivos y la Tierra, además de incluir mis impresiones sobre las absurdas respuestas que había recibido por parte de los adultos de mi entorno.

—No quiero ni imaginar lo que pasaría por la cabeza de aquel pobre profesor. —Imane soltó una carcajada.

—Deberías haber visto su cara, recuerdo a la perfección cada gesto de su rostro, aunque en aquel momento no supe interpretar lo que ese hombre debía estar sintiendo al ver a un niño tan pequeño hacer semejante alegato. Con todo, al finalizar mi exposición, recibí por fin la respuesta que había estado esperando. Me explicó que no era el planeta el que estaba adaptado para favorecer a la vida sino que la vida se había adaptado al planeta en el que había conseguido surgir, que nosotros no eramos sino el resultado de ese conjunto de factores que se dan en la Tierra. Incluso fue más allá añadiendo que, probablemente, existían tipos de vida que ni tan siquiera éramos capaces de imaginar en otros lugares del cosmos y que también serían producto de la adaptación a un medio completamente distinto al nuestro. Por todo ello, tal vez en algún alejado rincón del universo, una pequeña e inteligente criatura se estaba preguntando cómo era posible que su planeta fuera tan perfecto para los seres que lo habitaban.

—¡Vaya! —exclamó Imane—. Y ¿cómo asimiló aquel niño semejante respuesta?

—La verdad es que fue un momento muy importante para mí, aquello abrió mi mente a un mar de posibilidades que antes no existía. Es probable que mi destino hubiera sido distinto sin aquella revelación. Aquel profesor hizo algo más, habló con mis padres e insistió en que yo debía comenzar a asistir a clase aún sin tener la edad suficiente, a partir de aquel momento tuve a mi disposición todas las facilidades para completar mi educación. Supongo que el resto ya

lo sabes, conseguí especializarme y destacar en el ramo de la genética y, por algún motivo, acabé llamando la atención de Folken.

—Es una bonita historia, sin duda.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Jnum recostándose en el asiento—, ¿cuál es tu historia?

—Bueno…, en realidad no es nada especial. A diferencia de ti, yo crecí en una gran ciudad, nunca destaqué realmente en ningún área, fui una buena estudiante y podríamos decir que cumplí con lo que se esperaba de mí.

—Pero no estarías aquí si no destacases en algo, debes de tener alguna habilidad especial.

—Por supuesto, aunque yo no lo llamaría exactamente de ese modo. Una vez acabados mis estudios entré a trabajar para una de las empresas de Folken en el exterior, tenía un cargo de mando medio con algunas responsabilidades. La compañía, al igual que todas las de Folken, se dedicaba a la investigación de tecnologías incipientes, y esto nos obligaba a estar continuamente improvisando sobre la marcha a la hora de tomar decisiones organizativas, conseguir los medios necesarios, etc.

»Me di cuenta en seguida de que aquello se me daba bien, hasta el punto de que comenzó a hacerse patente que las secciones a mi cargo funcionaban a la perfección mientras que el resto, aunque conseguían salir adelante, sufrían de continuos problemas que frenaban su trabajo. Yo era capaz de enfocar y dar soluciones rápidas a cualquier imprevisto y podía conseguir prácticamente cualquier cosa que fuera necesaria. Mis superiores no tardaron en darse cuenta de aquel talento y fui subiendo rápidamente en el escalafón hasta que, como tú, llamé la atención del gran jefe.

—Interesante —dijo Jnum incorporándose—, osea que eres una especie de organizadora-conseguidora.

—Eso es.

—Así que, ¿podría pedirte cualquier cosa —el muchacho se acercó un poco más a Imane— y tú me la darías?

—Casi cualquier cosa —respondió ella esbozando una sonrisa pícara.

Los dos jóvenes siguieron charlando un rato hasta terminar sus bebidas y salieron del local. Jnum se dirigió hacia el automóvil que les había traído hasta allí.

—Espera Jnum —dijo Imane—, ¿quieres dar un paseo?, me gustaría enseñarte algo, no tardaremos mucho.

Aunque ya había perdido más tiempo del que tenía previsto aquel día, al muchacho se le hizo imposible rechazar la oferta. Caminaron un rato hasta llegar a una calle bastante menos concurrida y la chica le condujo hasta el fondo de un estrecho callejón sin salida.

—Ya estamos —dijo volviéndose hacia él.

—¿Es aquí? —Jnum miró a su alrededor, confundido—. ¿Qué era lo que me querías enseñar?

—Está justo a tu espalda.

El chico se dio la vuelta, no había nada, la misma vacía y angosta calleja por la que habían llegado.

—¿De qué hablas? Aquí no hay nada, ¿se trata de algún jueg…

De pronto Jnum sintió como la chica agarraba su brazo derecho y lo retorcía con gran violencia, al tiempo que empujaba su espalda obligándole a arrodillarse, el dolor era tan intenso que le impedía hacer cualquier movimiento para defenderse. Notó la presión de un objeto metálico tanteando la zona occipital de su cabeza y, antes de que siquiera pudiera pensar que aquello era el final, un fuerte impacto en la nuca hizo que todo su cuerpo temblara.

—Escucha Jnum, no voy a hacerte daño, no tienes nada que temer. Ahora voy a soltarte pero tienes que prometerme que no vas a gritar ni a intentar nada raro ¿de acuerdo?

El chico estaba demasiado confuso y aturdido para contestar.

—¿Estamos de acuerdo, Jnum?, ¿Te portarás bien?

—S… s… sí.., de acuerdo.

Imane fue disminuyendo poco a poco la presión sobre el brazo hasta que finalmente lo soltó. Jnum cayó tendido boca abajo y su primera reacción fue palparse detrás del cuello. Comprobó que había un minúsculo bulto cerca de la zona donde le habían colocado el implante el día que llegó, se dio la vuelta y se quedó allí tendido mirando a la chica, que aún tenía en la mano el artefacto que Jnum había sentido en su cuello instantes antes.

—¿Qué es eso?, ¿qué me has hecho? —dijo, aún algo aturdido.

—Te he introducido un inhibidor, ahora podemos hablar sin ser escuchados.

—¿Sin ser escuchados?, ¿de qué estás hablando?

—Ese implante que te colocaron cuando llegaste registra todo lo que dices, es un pequeño extra que Folken le incluyó para poder espiar a sus colaboradores.

—¿Espiar? ¿Por qué querría Folken espiarme a mí?

—No a ti, —Imane escondió el artefacto en una hendidura de la pared—. A todos nosotros. Folken no es la persona que crees que es.

—Tú tampoco pareces serlo. —El muchacho consiguió incorporarse con dificultad hasta quedar sentado en el suelo—. ¿Quién eres en realidad?

—No te he mentido, mi nombre es Imane y mi historia es más o menos la que te he contado hace un rato, aunque he omitido una parte; durante la época en que comencé a destacar en la compañía de Folken fui reclutada y entrenada para una posible infiltración en estas

instalaciones.

—¿Reclutada por quién?

—Por una agencia de ámbito global que actúa bajo la protección y financiación de los gobiernos más importantes del planeta.

—Nunca había oído hablar de algo parecido, —Jnum se puso en pie y, obedeciendo un gesto de la chica, se apartó un poco de ella —. De hecho, me da que esos gobiernos no serían capaces de ponerse de acuerdo ni en las cuestiones más nimias, no imagino qué les podría motivar a colaborar de ese modo. Es demasiado increíble para ser cierto.

—La agencia es real, se formó exclusivamente para acabar con ese monstruo al que tanto idolatras y que tan engañado te tiene. La intención de Folken jamás ha sido la de salvar nuestra civilización, la mayor parte del trabajo que se realiza aquí no es más que una tapadera, un reclamo para conseguir la implicación de los que trabajáis para él en los dos únicos proyectos que le importan.

—¿Qué dos proyectos?

—Genética e investigación espacial.

—¿Por qué precisamente esos dos? —preguntó Jnum.

—Porque son los que realmente sirven a su objetivo, él da por perdida nuestra civilización, así que solo está interesado en crear las condiciones para que una nueva era humana pueda prosperar en la Tierra tras nuestra desaparición.

—Bueno, incluso si todo lo que dices fuera cierto solo estaría haciendo como el resto de gente poderosa del planeta, nadie ahí fuera está moviendo un solo dedo para detener la barbarie que estamos cometiendo y evitar nuestra extinción, ¿vais a matarlos a ellos también?

—No, solo a él, porque hay algo que le diferencia del resto; no va a esperar a que nos autodestruyamos. Folken planea un exterminio que acabará con todo ser humano sobre la faz de la Tierra. —Imane soltó un resoplido y, tras apoyarse contra la pared, se quedó en silencio mirando fijamente a Jnum.

—Eso no tiene ningún sentido, ¿por qué querría hacer algo así?

—Aún no conozco el motivo, pero te aseguro que la información es totalmente fiable, yo misma la obtuve junto a otro veterano infiltrado en una operación en la que arriesgamos mucho. Salí indemne de aquello, él no tuvo tanta suerte.

—De acuerdo, y ¿por qué me cuentas todo esto?, ¿qué quieres de mí?

—El área de investigación espacial ya ha cumplido sus objetivos, tienen todo a punto y a la espera de que los de genética

consigáis los vuestros. Folken no activará su arma contra nosotros hasta que no esté seguro de que los nuevos seres humanos son viables, es decir, que el proyecto en el que trabajas es lo único que nos separa de la destrucción total. Tú eres la única persona con alguna posibilidad de tener éxito, tus compañeros de laboratorio llevan años estancados.

»Estoy cerca de conseguir la ubicación de este lugar, buscaré un modo de comunicarme con el exterior para transmitir las coordenadas y parar toda esta locura. Pero necesito más tiempo y te pido que tú me lo proporciones, lo único que tienes que hacer es no llegar a la solución del problema.

Jnum meditó unos instantes sobre todo lo que Imane le había expuesto. La chica parecía sincera, pero no era buena idea dejarse llevar por impresiones subjetivas. Existía la posibilidad de que no trabajase para una agencia gubernamental sino para cualquiera de las muchas corporaciones que trataban de destruir lo que Folken estaba haciendo en sus instalaciones.

Por otro lado, el proyecto de genética que le pedía que parase, era de los pocos que no parecían chocar contra interés económico alguno de los que cualesquiera de esas corporaciones del exterior pudiera tener. Aún así, no podía confiar tan fácilmente en aquella chica. Ella podría haber contactado también con otros científicos de Folken para así sabotear varios proyectos a la vez.

Finalmente, Jnum tuvo que rendirse a la evidencia de que no era capaz de llegar a una conclusión clara sobre todo aquello, así que trató de sacarle algo más de información.

—¿Cómo conseguiste infiltrarte? No es fácil alcanzar un puesto en este lugar.

—No lo hice, fui elegida, igual que tú. La agencia recluta a gran cantidad de personas cuyo talento creen que podría hacerlos candidatos a acabar trabajando aquí, pero no es fácil dar con el perfil que Folken puede necesitar a futuro. En mi caso acertaron y soy la única que hay dentro actualmente.

—Si lo que me has contado sobre Folken es cierto y nuestros implantes registran todo lo que decimos, el inhibidor que me has colocado hará saltar todas las alarmas al dejar de enviar mi información, ¿no es así?

—No, es un dispositivo que anula la señal real al mismo tiempo que envía una de silencio que la sustituye, yo llevo uno exactamente igual, así que el sistema creerá que simplemente estamos callados. Cuando terminemos esta conversación, desactivaré los inhibidores y todo volverá a estar como antes.

—Un aparato ingenioso. —Jnum miró inquisitivamente a Imane—. Me pregunto de dónde lo has sacado, estoy seguro de que no

has podido colarlo a escondidas desde el exterior.

—Escucha Jnum, entiendo tu desconfianza, pero te aseguro…

—Contesta a la pregunta, ¿de dónde lo has sacado?

—De acuerdo. —La chica volvió a resoplar y puso los brazos en jarra—. Lo construyó el compañero del que te hablé antes; él también fue elegido, su talento especial era precisamente su capacidad para diseñar y construir dispositivos inteligentes de todo tipo. Llevaba años aquí, tiempo más que suficiente para estudiar y experimentar con su implante, de esa manera pudimos hablar entre nosotros para planear la operación.

—¿Qué fue de él?

—Simplemente desapareció, supongo que algún miembro de la milicia de Folken acabó con él.

—¿Milicia? No he visto a ningún soldado desde que llegué aquí. Tampoco ningún empleado de seguridad ni nada parecido.

—Están en un área restringida para nosotros, en este lugar es muy raro que se produzca algún incidente que requiera que ellos actúen. En todo el tiempo que llevo aquí solo los he visto una vez, cuando uno de los científicos tuvo una crisis y amenazó con volar la zona de laboratorios prendiendo uno de los combustibles en los que trabajaba. Un grupo de ellos entró e intervino para pararle, parecían muy bien entrenados, solucionaron la situación rápidamente.

—De acuerdo —dijo Jnum—, ¿y ahora qué?

—Pues ahora —Imane volvió a sacar el dispositivo de la grieta del muro— desactivaré los inhibidores y nos iremos cada uno por su lado. Yo volveré a mi lucha y confío en que tú harás lo correcto.

—¿Lo correcto?, ojalá supiera cuál es la opción correcta. ¿Cómo puedo saber que no me estas mintiendo?

—No puedes, deberás confiar en mí como yo lo he hecho en ti. Ahora mi vida está en tus manos, Jnum.

10

Michael se despertó sobresaltado por el tono de llamada, agarró el teléfono y trató torpemente de distinguir algo en la cegadora imagen. El reloj en la esquina de la pantalla marcaba las cinco de la mañana y el nombre de Kate Romeo presidía el rectángulo de luz.

—¿Hola?

—Señor Cohen, le necesitamos aquí, tenemos novedades.

—De acuerdo, voy en seguida.

El periodista maldijo su mala suerte, llevaba más de una semana alojado en el hotel Willard y aún no había podido dormir ni una sola noche de un tirón. Se vistió lo más rápido que pudo y bajó a la calle. Dos agentes en un vehículo le aguardaban en la entrada, uno de ellos se bajó y abrió la puerta trasera.

En menos de cinco minutos habían llegado al acceso de la Casa Blanca, la agente Romeo aguardaba cerca de la entrada del ala oeste y condujo a Michael al interior.

Varias salas de la segunda planta subterránea habían sido ocupadas por agentes, informáticos, traductores y algunos científicos. Había una gran actividad en aquel lugar, a pesar de la hora intempestiva.

La mujer, seguida de cerca por Michael, entró en una de las estancias del personal de informática. Había tantos aparatos y cables, además de seis escritorios a rebosar de todo tipo de aparataje, que costaba abrirse paso por la habitación sin tropezar con algo. Las personas a los mandos de cada una de aquellas amalgamas de cables y cajas dejaron unos instantes lo que estaban haciendo para echar un vistazo a los recién llegados. Al periodista le costaba creer que todos ellos fueran especialistas a sueldo del gobierno de Estados Unidos; por su aspecto cualquiera hubiera pensado que había entrado en la sala de juegos de un club de frikis.

La pareja se acercó a la mesa del que probablemente tenía el aspecto más desaliñado de todos: un tipo gordo con barba, de unos cuarenta y cinco años que llevaba una desgastada gorra vuelta hacia atrás y una camiseta de *Space Invaders*.

—Este es Adrian Mitnick, jefe del equipo informático —dijo la agente Romeo señalando al orondo personaje.

—Encantado de conocerle. —Michael le tendió la mano al hombre que, para su asombro respondió ofreciéndole el puño de su mano derecha. El periodista miró de reojo a la mujer y finalmente optó por cerrar también su mano.

—¿Cómo va eso? —dijo Mitnick, chocando nudillos.

—Edward tiene algo que mostrarle, señor Cohen. Quiero que nos diga si le resulta familiar.

En uno de los monitores apareció una imagen tridimensional, era una forma plana e irregular, recordaba a un trozo de sábana arrugada. Michael la observó detenidamente mientras giraba sobre sí misma hasta que pudo verla desde todos los ángulos posibles.

—No me suena de nada, lo siento.

—¿Está seguro? —preguntó la agente.

—Segurísimo, ¿qué es?

—Creo que el señor Mitnick se lo explicará mucho mejor que yo.

—Mm…, sí…, claro —Edward se removió en su asiento, visiblemente nervioso, se irguió y carraspeó—. Supongo que estará informado de que Lea, la hija del presidente, lleva teniendo desvanecimientos recurrentes desde que…, bueno, desde que volvió de dondequiera que estuviera. Y también de que da una serie de golpecitos con los dedos cada vez que esto sucede.

—Estoy enterado, sí.

—Pues bien, hemos descubierto que esos golpes esconden una lógica al pasarlos a código binario. Nos dimos cuenta de que existían dos únicos estados en el movimiento de sus dedos, ya que las pausas se producían tras un solo impacto del dedo índice o después de dos muy seguidos realizados por índice y medio. Asumimos que el primer estado representaba al uno y el segundo al cero y…

Mitnick observó la cara de Michael y se percató en seguida de que el periodista trataba sin éxito de comprender lo que le estaba contando.

—Mire —continuó—, el código binario es la base del funcionamiento de todos los aparatos digitales. Lo que hacen estos cacharros es obedecer las ordenes dictadas por este código, que únicamente pueden ser dos: apagado o cero, y encendido o uno. Cuando la chica golpea una vez con su dedo índice y luego hace una pausa, tenemos un uno, pero si tras el del índice hay un segundo impacto del dedo medio seguido de pausa, tendríamos un cero.

»Decidimos probar a ir transcribiendo según esta premisa y en orden cronológico las incontables horas de vídeo de las que disponíamos de Lea realizando esta acción mientras estaba inconsciente. Resultó que existía coherencia en el código. Y no solo eso, sino que también eran congruentes los últimos golpes antes de despertar y los primeros de su siguiente desmayo, es decir, que la chica simplemente continuaba por donde lo había dejado cuando volvía a perder la consciencia.

»Tras un tiempo, descubrimos que, llegado un punto determinado, las cifras se repetían de nuevo. Interpretamos que habíamos alcanzado el final y Lea estaba volviendo a reproducir el código, así que ya teníamos el mensaje completo. Pasamos muchas

horas trabajando para obtener una secuencia lógica y finalmente dimos con la representación tridimensional que le acabo de enseñar.

—Osea, que esto —Michael señaló al monitor— ha salido de la cabeza de Lea. ¿No podría ser fruto de la casualidad?, lo cierto es que tiene una forma bastante arbitraria, no es como si hubierais descubierto una esfera perfecta o un cubo.

—Entiendo lo que quiere decir, pero no es tan sencillo. El solo hecho de que nos haya dado una forma tridimensional reconocible a la vista descarta que el azar sea el origen de lo que está viendo. Además, el nivel de detalle es impresionante.

Mitnick fue ampliando gradualmente la imagen en la pantalla, a cada clic del ratón se apreciaban nuevos entrantes y salientes que eran inapreciables en la vista general.

—¿Tienen alguna teoría acerca de su significado? —preguntó el periodista.

—Ninguna, por ahora —dijo la agente Romeo—, esperábamos que usted hubiera podido aclararnos algo. De momento eso es todo, señor Cohen. Los chicos le llevarán de vuelta al hotel.

—Me gustaría ver a Lea, me quedaré un rato por aquí hasta que se despierte.

—Creo que no será necesario que espere, últimamente no duerme demasiado. Apuesto a que a esta hora ya está despierta.

Durante la semana que llevaba allí, Michael había podido hablar con la chica en varias ocasiones. Durante esas conversaciones, había tratado de sacarle alguna información relativa a su experiencia de abducción. Tal y como esperaba, no había obtenido ninguna respuesta, la joven realmente no recordaba nada. Aún así decidió seguir visitándola con frecuencia para ver cómo se encontraba, tenía que reconocer que le había cogido cariño.

El periodista subió las tres plantas cruzando varios controles, los agentes ya le conocían así que hizo todo el camino hasta la misma puerta del dormitorio sin ser detenido ni una sola vez. El agente que la custodiaba llamó dando tres golpecitos.

—¡Adelante! —Se oyó decir a Lea desde el interior.

Michael entró en la habitación y se encontró a la chica sentada en un sillón con un libro en sus manos. Le había dado algunos retoques decorativos a la estancia desde su última visita y al periodista le pareció reconocer varios de los pósteres que, probablemente, habían traído de su antiguo dormitorio.

—¡Vaya! —dijo Michael—, ¿una chica *millennial* leyendo un libro? No puedo creerlo, ¿es que te han obligado?

—Pues casi —contestó ella entre risas—, no me dejan usar internet, así que me paso el día leyendo y jugando a la consola. ¿A qué debo la visita de mi caballero salvador? y ¿dónde está vuestro

blanco corcel?

—No sé si a mi edad sería capaz de arrastrar una armadura, y menos subido a un caballo.

—Oh, vamos Michael no seas tan modesto. Aún eres joven y tienes muy buena planta, seguro que a muchas mujeres les resultas irresistible. ¿Qué posibilidades podría tener contigo digamos… una *millennial* de dieciséis años?

—Ninguna, me temo. A no ser que tuviera unos veinticinco años más y en lugar de Lea se llamase Leo.

—¡Bromeas! —La chica abrió los ojos como platos y dejó caer el libro contra su regazo—,¿cómo no me lo habías dicho antes? ¡Con la de tiempo que he invertido en intentar seducirte!

Ambos rompieron a reír a carcajadas. Michael se sentó en la cama, la chica se levantó y se dirigió, medio encorvada por el ataque de risa, hacia la mininevera, sacó dos refrescos y le ofreció uno al periodista antes de sentarse en el suelo frente a él.

—Bueno —consiguió decir ella por fin—, corramos un tupido velo. Dime, ¿hay alguna novedad sobre lo que me pasa? Ya solo me quedáis vosotros, los médicos no tienen ni idea de por qué tengo esos desmayos.

—Ha habido alguna novedad. La agente Romeo se está desviviendo por encontrar alguna clave que nos ayude a entender lo que está pasando y así poder ayudarte.

—Estoy segura de que es así, si hay alguien que puede conseguirlo, esa es Kate.

—¿Qué relación hay entre tu familia y ella? Parecéis muy unidos.

—Fue compañera de mi padre durante los años noventa, desde entonces son amigos. Él lo dejó y comenzó su carrera política y ella siguió allí.

—¿Tu padre estuvo en la NSA?

—Sí, bueno…, creo que se llamaba así, no estoy segura —dijo Lea—. Mi padre nunca me lo ha contado, pero apuesto a que fueron más que amigos. Fue él quien ordenó que ella se encargase de investigar mi desaparición, dice que no podía confiar en nadie más para esto.

—Y parece que no se equivocó.

—Claro que no, Kate es estupenda. —La chica comenzó a acariciar en círculos la parte superior de la lata, tenía la mirada perdida mientras hablaba—. Apoyó mucho a mi padre cuando mi madre se fue y siempre me ha tratado como a una hija, ojalá se liasen otra vez, sería estupendo tenerla siempre con nosotros.

—¿Quién sabe? Tal vez lo hagan.

—No lo creo, no al menos mientras mi padre siga siendo

presidente. Está demasiado ocupado y no tiene tiempo para nada. Además no está en su mejor momento, aguanta muchísima presión mediática, y en parte es culpa suya porque tiene ideas demasiado anticuadas sobre algunos temas.

—Bueno, es lo que se supone que debe pensar un republicano ¿no es así? —dijo Michael.

—No del todo, yo creo que incluso los más conservadores deben dar pequeños pasos para modernizarse. Hace poco me enfadé con él, en la tele le preguntaban acerca del cambio climático, ¿sabes qué contestó?

—Lo imagino.

—Lo negó, dijo que nadie podía demostrar que fuera real, ¿puedes creerlo? Nuestro planeta se va a la porra y él no va a hacer nada. Cuando llegó a casa le dije lo que pensaba, que estaba equivocado y que nos iba a llevar a todos a una muerte segura y…, en fin, discutimos, fue muy desagradable.

—En cualquier caso, no depende solo de él —dijo Michael—, lo sabes ¿verdad?

—Claro que lo sé, pero si él quisiera podría hacer algo para solucionarlo. No puede ser tan difícil que unos cuantos países se pongan de acuerdo para algo en lo que nos jugamos tanto.

—Puede que sea mucho más difícil de lo que crees, el mundo es muy complicado.

—Tal vez tengas razón. —La chica se levantó y comenzó a pasear por la estancia—. Por cierto, hablando de otros países, Kate me contó que no era la única a la que le había ocurrido esto, ¿qué tal están los demás?

—Bueno, sabemos que todos volvieron poco tiempo después de que lo hicieras tú pero no sabemos mucho más de ellos.

—Es curioso, no les conozco pero el saber que están pasando por lo mismo que yo, de alguna manera, me hace sentirme cercana a ellos. Como si estuviéramos todos unidos por un enlace invisible, supongo que es una tontería.

—No es ninguna tontería, Lea. Es normal que empatices con ellos incluso sin…

Michael interrumpió su discurso repentinamente y se levantó. Una idea, que podría cambiar el curso de la investigación, acababa de surgir en su mente. Pensó que no podía ser tan fácil y a la vez tan sofisticado, tal vez era una locura, pero merecía la pena comprobarlo.

—Todos… unidos por un enlace… invisible —Balbuceó.

—Michael, ¿estás bien? —preguntó la chica acercándose al periodista.

—Sí…, bien…, estoy bien. Lo siento Lea, tengo que irme, ha surgido algo importante.

Michael salió del dormitorio y se dirigió corriendo de vuelta a los subterráneos. Bajó de nuevo hacia la sala de los informáticos y entró corriendo sin llamar. El golpe de la puerta contra la pared sobresaltó a Mitnick que, alarmado, derramó su bebida sobre el escritorio.

—¡Joder!, ¡Menudo desastre! —exclamó el informático apartándose hacia atrás con su silla para no mancharse la entrepierna.

—Lo siento —dijo Michael entre jadeos—, tengo que preguntarle algo, ¿tienen el resto de desaparecidos los mismos desvanecimientos que experimenta Lea?

—No tenemos ni idea, —Mitnick se afanaba con poco éxito en limpiar la bebida con la ayuda de un par de folios de la impresora—. Desde que regresaron, los diferentes países volvieron a la opacidad a la que nos tenían acostumbrados. ¡Que alguien traiga una bayeta, por el amor de Dios, esto va a salir ardiendo!

—Pues tienen que averiguar si les está pasando lo mismo que a Lea y conseguir el mensaje de cada uno de ellos.

—Eso no será nada fácil, señor Cohen. —Desde la puerta abierta, la imponente voz de la agente Romeo reverberó por toda la habitación—. Requerirá un gran esfuerzo conseguir algo así, intuyo que tendrá algún dato nuevo para justificarlo.

—No, es solo una corazonada, pero debe confiar en mí. Creo que esto podría darnos la respuesta a todas nuestras preguntas.

El espécimen parecía observar a Jnum desde el interior del cilindro, tenía una estatura gigantesca y la mayor parte de su cuerpo cubierta de pelo. La simulación evolucionaba con rapidez, pero no en la dirección apropiada; aún así, el científico pensó que los datos que arrojaría le ayudarían a acercarse al camino correcto en posteriores ocasiones.

Habían pasado un par de días desde la revelación de Imane y el muchacho aún guardaba el secreto, aunque sin detener el proyecto. Se sentía atrapado por aquella situación, le costaba creer que Folken fuese el ser malvado que ella le había descrito. A ratos sentía que no era correcto seguir ocultándole lo que sabía pero ¿y si la chica había dicho la verdad?

El homínido había comenzado a perder su pelo. En un lateral del cristal, una pantalla mostraba el número de generaciones que habían sido necesarias para que comenzase ese cambio. «Demasiadas», pensó el científico mientras abría su consola para realizar algunas anotaciones sobre lo que veía.

—Hola, Jnum. Espero no interrumpir tu inspiración.

El muchacho se volvió y allí estaba Folken, observándole. Le extrañó no haberle oído entrar, así que, sin dudarlo, tocó el hombro del magnate comprobando que era totalmente sólido.

—Esta vez soy yo de verdad. —Folken soltó una risita—. ¿Qué tal va el proyecto? ¿Has hecho nuevos avances?

—Podría decirse que sí. Creo que he dado con la solución al problema, pero aún no sé si será posible llevarla a cabo con éxito.

—¿De verdad? —El magnate se acercó al cilindro donde el humanoide seguía transformándose y se quedó observándolo con fascinación—. Cuéntame, estoy ansioso por conocer tus conclusiones.

—Creo que la clave está en crear humanos involucionados cuyas características animalescas permitan que, incluso en un entorno no demasiado favorable, puedan sobrevivir. Por supuesto que estos especímenes no tendrán mucho que ver con una persona actual, así que habrá que esperar durante una serie de generaciones hasta que alcancen el punto evolutivo en el que nos encontramos ahora.

—Es un buen enfoque, Jnum. Pero la evolución de una especie depende en gran medida de su entorno, los seres podrían acabar siendo completamente distintos a nosotros.

—Es en eso precisamente en lo que estoy trabajando, ahí está el desafío; debo encontrar un modo de trazar una línea en su ADN que les obligue irremediablemente a evolucionar en una dirección concreta ignorando los factores ambientales.

—No soy un experto, pero apostaría a que ninguno de los

científicos que trabajan para mí en el área de genética sería capaz de trazar esa línea. Es una idea muy innovadora y osada, —el magnate se volvió hacia Jnum—. ¿Crees que tú lograrás hacerlo?

—No lo estaría intentado si no lo creyera —respondió Jnum sin apartar la mirada de los ojos de Folken—. Además estoy tratando de crear un factor de aceleración que reduzca en lo posible el número de generaciones necesarias para llegar al objetivo.

El magnate sonrió a Jnum y comenzó a caminar alrededor del cilindro observando al ser en su interior que, para entonces, ya había perdido prácticamente todo el vello corporal y reducido considerablemente su tamaño.

—Este parece prometedor, Jnum. Prácticamente humano.

—Solo en apariencia, si se observan los datos está muy lejos de serlo, aunque es un paso adelante en la investigación.

—Creo que estás en el camino correcto. Esta es la primera idea con posibilidades de éxito que oigo en años. Estoy convencido de que lo conseguirás y podremos respirar tranquilos sabiendo que, incluso si nuestros esfuerzos por revertir la situación del planeta acaban siendo infructuosos, la continuidad de la especie humana estará asegurada.

A Jnum le costó un gran esfuerzo no mostrar su satisfacción por aquellas palabras. El mismísimo Folken, la persona viva más venerada dentro del mundo científico, estaba frente a él alabando su trabajo y mostrándole su total confianza. Aquello era como tocar el cielo, pero ese grato sentimiento se vio pronto ensombrecido por la culpa; no estaba siendo leal con aquel hombre, y tal vez no hubiera motivo para no serlo.

El magnate se acomodó en uno de los asientos que rodeaban la sala del cilindro e invitó a Jnum a sentarse junto a él.

—¿Sabes Jnum? En cierto modo, me veo reflejado en ti. Tienes el mismo entusiasmo y talento que tenía yo a tu edad, y lo más importante, creo que te mueven los mismos ideales.

—Bueno, todos venimos a este lugar movidos por un ideal común, ¿no es así?

—Para nada, no creerías la cantidad de empleados del complejo cuya única motivación es obtener algún beneficio de su experiencia una vez hayan concluido su trabajo y vuelto al exterior. En realidad tengo la sensación de que son mayoría. Pero tú eres distinto, realmente crees en lo que hacemos aquí, ese estímulo es más fuerte que cualquier otro.

»Sé que cuando estabas fuera mirabas a tu alrededor y no te gustaba lo que veías, sentías que debías hacer algo al respecto. Ese sentimiento no duraba mucho, quedaba difuminado en una bruma de obligaciones y distracciones que el sistema, ese que únicamente busca aumentar sus cifras, había puesto allí para ti. Pero aún así, tu mente

jamás perdía del todo de vista el hecho de que algo no iba bien, y cuanto más aprendías sobre los engranajes que rigen el funcionamiento del mundo, más fuerte era esa sensación. Sí, lo sé muy bien porque yo sentía exactamente lo mismo que tú, ese fue el motivo de que acabara recluyéndome aquí.

»Cuando conseguí hacer funcionar aquel primer multiprocesador que me llevó al éxito, sentí una emoción indescriptible. Pensé que aquello iba a cambiar el mundo y quise creer que sería para bien. Al ser yo quien controlaba el producto, no había motivo para temer que acabase siendo una herramienta de opresión al servicio de los poderosos, como históricamente lo han sido todas las demás innovaciones.

»Pero lo cierto es que fui un ingenuo; mientras yo me volcaba en la investigación y sacaba a la luz nuevas herramientas, mis empresas volaban por sí solas, pilotadas por personas que supuestamente debían seguir unas pautas básicas que yo mismo impuse pero que, en la práctica, se dedicaban a buscar los mínimos resquicios que les permitieran saltarse esas reglas y aumentar el beneficio a corto plazo. Pasado un tiempo, me di cuenta de que había perdido completamente el control de mi propia creación. No podía evitar que mis empleados a nivel mundial cometieran crímenes en nombre de la viabilidad de este o aquel proyecto. Me llegó la información de que se estaban contratando esclavos en mi nombre al otro lado del planeta. Yo no podía hacer nada para evitarlo porque aquello se había convertido en un monstruo colosal e incontrolable.

»El punto de inflexión llegó cuando me percaté del daño que algunas de las actividades de mis empresas estaban haciendo al medio ambiente. Fue especialmente doloroso descubrir que el procesado del rubidio para la creación del xorfeno que usábamos en nuestras máquinas era nefasto para la naturaleza. Y fue aún peor darme cuenta de que una de mis filiales era la principal productora de este material.

—¿El xorfeno? —preguntó Jnum con sorpresa—. No tenía ni idea de que fuera tóxico.

—No lo es, el producto final es completamente seguro, el problema está en el procesado para obtenerlo. Las materias primas se deben someter a distintos tipos de energía y ello debe realizarse a una alta presión bajo tierra. Ordené una investigación con científicos independientes para valorar el impacto que esa técnica pudiera tener sobre el entorno. Los resultados arrojaron datos que no dejaban lugar a la duda. Traté de detener la producción pero me encontré con un muro infranqueable. Ni siquiera fui capaz de hacer pública la información, ellos se encargaron de taparlo todo y anular mi credibilidad.

»En ese momento decidí abandonar todos mis proyectos y

comenzar una lucha en secreto desde aquí. Debemos ayudar a las personas de ahí fuera, están tan atrapadas en el sistema como tú y yo, Jnum. Nadie desea seguir destruyendo nuestro mundo, pero no pueden hacer nada para pararlo, luchan contra gigantes que ni siquiera pueden ver. Debemos ser cautelosos, esos depredadores del exterior siguen al acecho y te aseguro que harán cualquier cosa para llegar aquí y no dudarán en destruirnos a la menor oportunidad. Saben que este lugar es la única esperanza que le queda a la humanidad y también la última amenaza que pende sobre sus cabezas.

Aquel discurso de Folken fue como una bofetada de realidad en la cara del joven científico. De pronto todo parecía distinto, se daba cuenta de que había cometido un gran error al no delatar a Imane y de que, tal vez, había puesto en peligro todo aquello por lo que el magnate llevaba años luchando. Tal vez ella ya había conseguido la ubicación de las instalaciones y avisado al exterior; en ese caso, todo habría sido culpa suya por desconfiar de un hombre que en ningún momento había dado motivos para ello y depositar su fe en una persona a la que apenas conocía.

Jnum se llevó las manos a la cara y se encorvó hasta quedar en una posición de claro abatimiento, pensó en como ella le había seducido y repasó cada frase de su conversación; demasiada empatía y amabilidad. Ahora lo veía claro, había sido engañado.

—¿Te encuentras bien muchacho? —dijo Folken colocando su mano en la espalda del chico.

—Lo… siento… mucho —alcanzó a contestar Jnum—, es posible que esos depredadores ya hayan entrado. Tengo algo importante que contarte.

—Como piezas de un puzle, estaba usted en lo cierto señor Cohen.

La agente Romeo señaló a la pantalla del ordenador de Mitnick, que mostraba una larga serie de objetos tridimensionales. Habían pasado alrededor de un par de semanas desde que comenzaron las pesquisas para conseguir la información del resto de desaparecidos y, aunque algunos países aún se resistían a colaborar, finalmente tenían los modelos de la mayoría de ellos. A cambio de su aportación, a todos los estados se les daba acceso al grueso de la información que se estaba recopilando.

Michael observó cómo todas esas pequeñas formas iban ocupando sus posiciones dentro del monitor y encajando a la perfección unas con otras, la imagen final era algo parecido a una corona de perfil irregular.

—Se trata de la representación topográfica exacta de una zona al norte de Groenlandia, concretamente la franja que bordea el lago que existe bajo el hielo. —La mujer señaló una minúscula marca en la parte inferior de la pantalla—. Toda la figura en relieve nos está marcando el entorno, y este punto nos da una posición exacta. Señor Mitnick, amplíe este sector por favor.

La pequeña mancha se fue ampliando en el monitor hasta convertirse en una esfera tridimensional perfecta.

—¿Qué representa esa esfera? —preguntó el periodista.

—Nada que exista en la realidad —contestó Mitnick—, nos inclinamos a pensar que se ha usado una forma esférica en lugar de un punto para evitar que lo confundiéramos con un simple error en el código. Quien hizo esto buscaba llamar nuestra atención sobre ese lugar en concreto.

—Y ¿Por qué esa ubicación? ¿Qué hay ahí?

—Se trata de un emplazamiento de carácter reservado. El gobierno danés, en colaboración con otras naciones, incluida Estados Unidos, tienen restringido el acceso y prohibida la publicación de imágenes satelitales del lugar.

—¿Cuál es el motivo?

—A pesar de ser cosa nuestra —continuó Mitnick—, aún no tenemos muy claro de qué se trata. Pronto tendremos más datos, de momento puedo adelantarle que, cuando aparecen este tipo de ocultaciones por parte de nuestro gobierno de las que tenemos tan escasa información, siempre suele haber una intención oscura detrás. A veces los responsables son políticos de las más altas instancias con algún interés personal de opacidad de cara a la opinión pública o bien a sueldo de alguna gran fortuna o corporación que, por el motivo que

sea, quiere mantener ese lugar libre de miradas indiscretas; si se trata de esto último, en este caso el pagador debe de ser inmensamente rico, porque le puedo asegurar que ocultar al mundo una zona así y con la implicación de varias naciones no es nada barato.

—¿Piensan ir allí?

—Por supuesto —dijo la agente Romeo—, y usted nos acompañará.

Michael se quedó repentinamente sin palabras y, a juzgar por la fugaz risita que Mitnick no pudo contener, su cara debía de ser un poema. Estaba claro que haberle tenido como un mes sin poder abandonar aquel lugar no era suficiente castigo. Ahora le imponían seguir las indicaciones de una entidad desconocida, que había secuestrado a familiares de las personas más poderosas del planeta para hacerles llegar su mensaje, y plantarse en el mismísimo fin del mundo para buscar dios sabe qué. El hecho de que aquella fuese una zona restringida tampoco resultaba tranquilizador, pero había algo que aún preocupaba más al periodista.

—Comprendo su inquietud, señor Cohen. —La mujer se acercó a Michael—. Cuidaremos de usted, iremos acompañados de los mejores hombres de los que disponemos.

—Todos deberíamos de inquietarnos, esto pinta bastante mal —dijo el periodista.

—Explíquese.

—Verán, no tengo ni idea de qué o quién está haciendo esto, pero basándome en mi experiencia con este tipo de anomalías puedo afirmar que las entidades responsables de los avistamientos y encuentros no suelen manifestarse de este modo, ni mucho menos mandar mensajes. Los años me han enseñado que estas llamadas de atención se corresponden a avisos por algún peligro inminente.

»A lo largo de mi carrera he estudiado cientos de casos y hay múltiples ejemplos de esto que les estoy diciendo: objetos que se dejan ver sobrevolando instalaciones militares e incluso inutilizan cabezas nucleares, avistamientos de luces antes de desastres naturales como terremotos o erupciones volcánicas y apariciones de seres extraños como el *Mothman* que preceden a alguna catástrofe.

—¿Qué es el *Mothman*? —preguntó la agente Romeo.

—Es un extraño ser de enorme tamaño con aspecto parecido a una polilla. Los avistamientos de este ente se suelen multiplicar en los lugares en los que alguna desgracia es inminente. Se le vio en Point Pleasant justo antes del derrumbe del puente, en Chihuahua precediendo a la epidemia de gripe A y también en Chernobyl.

—¿Intenta decirnos que este mensaje es algún tipo de aviso de esos seres para prevenirnos de alguna hecatombe que aún está por llegar?

—Es solo una hipótesis, pero creo que habría que tenerla en cuenta, sobre todo a la hora de acercarnos a esa zona. La intensidad de estas llamadas de atención suele ser proporcional a la magnitud del desastre posterior y puedo asegurarles que no hay constancia de un aviso tan espectacular como este en toda nuestra historia.

13

Todo estaba correcto y él lo sabía. Aún así volvió a repasar de nuevo aquella interminable lista de datos mientras esperaba a que la puerta se abriera. Jnum no había vuelto a visitar el lugar de trabajo de Folken desde su llegada al complejo y, aunque esto ocurrió tan solo unos treinta días atrás, tenía la impresión de que había pasado una eternidad.

Sentía que estaba a punto de concluir el capítulo más importante de la historia de su vida, por fin lo había conseguido. La viabilidad del proyecto de repoblación del magnate era ya un hecho y estaba a punto de mostrárselo.

No había vuelto a tener noticias de Imane tras su conversación con Folken y, de algún modo, eso le inquietaba. Su absoluta dedicación al trabajo no le dejaba tiempo para pensar en nada que no fuera el proyecto pero aún así, de vez en cuando, le volvía a asaltar la duda; ¿y si la chica había dicho la verdad? Era ciertamente poco probable pero no imposible, «parecía tan sincera…».

La puerta por fin se abrió dejándole vía libre, Jnum aprovechó para repasar mentalmente los puntos principales de su exposición mientras caminaba por aquel interminable pasillo. Folken, acompañado de Haekun, le estaba esperando en la gran sala.

—Bienvenido Jnum —dijo el magnate—, debo decirte que estoy algo nervioso y bastante emocionado; llevamos mucho tiempo esperando este momento, acércate y comencemos, por favor.

El joven científico caminó hasta el centro de la sala mientras sus dos interlocutores se acomodaban en dos de los seis asientos de alrededor, abrió su interfaz y con un gesto creó una copia invertida que colocó frente a ellos para que pudieran seguir su explicación. La recién creada pantalla mostró una doble hélice de ADN que giraba sobre sí misma.

—En nuestra última conversación —Jnum se aclaró la garganta— ya hablamos sobre el camino que había decidido tomar como posible solución a nuestro problema y, como ya te dije entonces, este enfoque estaba lleno de obstáculos que se debían superar para hacerlo factible. El primer escollo radica en la dificultad para crear especímenes que sean realmente involuciones del ser humano.

La doble hélice comenzó a fragmentarse por múltiples lugares de sus dos cadenas, pequeños trozos se desprendieron del conjunto para ser sustituidos por otros que quedaban fijados dando continuidad de nuevo a la espiral.

—Este objetivo, de por sí ya complicado, adquiere una mayor complejidad si tenemos en cuenta que los cambios que debemos introducir en la cadena no deben interponerse a nuestro segundo

objetivo: la evolución dirigida. Ha sido una tarea ardua, pero finalmente he conseguido encontrar las modificaciones adecuadas, aunque debo confesar que el proceso evolutivo llevará unas cuantas generaciones más de lo que me habría gustado.

—Eso no importa, Jnum —dijo Folken—. Lo primordial es hacer posible la continuidad de nuestra especie independientemente del tiempo que cueste finalizar el proceso, ¿debo entender que esos cambios garantizan que se alcanzará este objetivo?

—En mi opinión, sí.

La doble hélice desapareció de la pantalla para dar paso a la imagen del cilindro de simulación. Dentro de él podía verse a una criatura cuyas características simiescas iban mutando con rapidez hacia lo que parecían rasgos humanos.

—Este es un vídeo acelerado del ensayo que he realizado con estas modificaciones, —Jnum amplió una zona concreta de la pantalla —. Estos de aquí son los parámetros medioambientales que se han tenido en cuenta, los he reducido a solo tres supuestos para que el procesado no llevara demasiado tiempo. El resultado ha sido positivo en los tres, lo que quiere decir que prácticamente todos los especímenes, excepto un porcentaje residual, acabarán siendo completamente humanos.

—¿Y qué ocurrirá con ese porcentaje residual? —preguntó Haekun.

—Se desviarán y darán lugar a otra especie, o bien se quedarán estancados en un momento evolutivo concreto.

—De acuerdo —dijo Folken—, pero esa simulación solo cuenta con tres entornos.

—Así es, por ello ya he iniciado una completa teniendo en cuenta todos los factores medioambientales, aunque esta llevará más tiempo.

En la pantalla apareció una nueva imagen del cilindro en la que se podía ver al ente en un estado primigenio.

—Aquí podéis ver dicho proceso. La cuenta atrás en la parte inferior representa el tiempo que resta para el final del ensayo.

—Es decir, que no sabremos si realmente tenemos la solución definitiva hasta dentro de…¿dos días? —dijo Folken.

—Correcto, será entonces cuando podamos decir con certeza que el éxito está asegurado. No puedo garantizar en este momento que esta representación tendrá el resultado que esperamos pero, teniendo en cuenta que no es nada fácil que en tres entornos distintos lo haya tenido, soy bastante optimista al respecto.

Folken compartió una mirada cómplice con Haekun y esbozó una media sonrisa, después los tres permanecieron en silencio durante unos instantes. Jnum no sabía cómo interpretar aquel silencio, estaba

seguro de que el proyecto ya era un éxito a pesar de estar a falta de la simulación definitiva, pero tal vez no había sabido transmitir esa seguridad a sus interlocutores.

El magnate se levantó de su asiento, se dirigió hacia el joven científico y puso afectivamente sus dos manos sobre los hombros del chico.

—Lo has conseguido, Jnum —dijo casi en un susurro mientras sus ojos claramente se humedecían por la emoción—. El trabajo que has realizado con nosotros es la muestra de talento más impresionante que jamás he tenido el honor de presenciar, muchas gracias.

Jnum sintió un gran alivio y orgullo al escuchar aquellas palabras, no solo había concluido su trabajo con éxito sino que se había ganado el respeto de Folken, que seguía hablándole y ensalzando su labor. El magnate estaba exultante, «tal vez demasiado», pensó el chico. Después de todo, su proyecto no dejaba de ser un último recurso si todo lo demás fallaba, o «tal vez no sea así, quizá ella dijo la verdad».

—Jnum, creo que te has ganado un buen descanso, intenta divertirte un poco. Si dentro de dos días todo sale bien, dispondremos tu regreso al exterior. Procuraré personalmente ayudarte también ahí fuera para que puedas aprovechar al máximo todo ese talento que tienes.

Folken giró sobre sus talones y, acompañado por Haekun, comenzó a caminar hacia la salida dando así por concluida la reunión. Jnum observaba como se alejaban al tiempo que sus dudas acerca de las intenciones del magnate se multiplicaban. No podía dejarlo ir sin más.

—¿Qué ha sido de Imane? No he vuelto a saber nada más de ella desde nuestra conversación.

Folken se detuvo en seco y se volvió para mirar de nuevo al muchacho.

—Ordené inmediatamente su regreso a casa. Acabo de caer en la cuenta de que probablemente debí decírtelo para que tuvieras ocasión de despedirte. Tal vez estabais más unidos de lo que yo pensaba.

Jnum podía intuir el doble fondo que escondía aquella afirmación. Estaba claro que, si bien no recelaba de su lealtad, el magnate podía percibir la duda en el muchacho. Y otra cosa llamó la atención del joven científico; un gesto tenue de Haekun, una fugaz mirada que encendió todas sus alarmas. Algo no iba bien, y el gigante lo sabía.

—No… en realidad, apenas la conocía, era simple curiosidad.

—Estupendo entonces, nos veremos en un par de días.

Los dos hombres desaparecieron tras el umbral, Jnum podía

oír como sus voces se iban apagando según avanzaban por el largo corredor. Tenía el pulso muy acelerado y decidió sentarse para calmarse un poco, aquella reunión había sido como un carrusel de emociones y el agotamiento después de tantos días de trabajo había hecho mella en él. Pensó de nuevo en ella…, en el proyecto…, en Folken…, y en la cada vez más probable posibilidad de que lo que la chica contó fuera cierto. Si era así, había cometido el mayor error de su vida y toda la humanidad pagaría el precio de su equivocación.

Un ruido de pasos acercándose desde el pasillo lo sacó de su ensimismamiento. Después de unos instantes, la figura de Haekun apareció de nuevo en la entrada; el gigante se detuvo justo antes de entrar en la sala y, sin mediar palabra, se dio la vuelta y comenzó a caminar de nuevo hacia la salida no sin antes haber hecho entender a Jnum mediante un discreto gesto que debía seguirle. El muchacho reaccionó cerrando rápidamente su consola y adentrándose en el pasadizo. Apretó un poco el paso para alcanzar a su objetivo, que ya llevaba recorrido más de la mitad del trayecto. Cuando por fin estaba a escasa distancia de lograrlo observó como Haekun, sin dejar de caminar, extendía la palma de su mano derecha hacia atrás y la agitaba en un claro ademán de advertencia para que guardase cierta distancia con él.

Jnum accedió a la planta baja justo en el momento en que la puerta de vehículos se abría para dejar paso al automóvil que conducía el gigante. Se apresuró a tomar otro coche y salió al exterior, siguiéndolo a través de las calles. Salieron a una de las vías rápidas y acabaron cogiendo un desvío que les llevó a un túnel sin tráfico. El muchacho observó como Haekun detenía y se apeaba de su vehículo, el cual continuó su marcha privado de piloto. Jnum bajó del suyo, dejando que el gigante entrase y pudo ver cómo extraía un panel del frontal e insertaba una serie de datos en una pantalla táctil. Instantes después, el automóvil continuaba también su camino sin que nadie lo gobernase.

Haekun abrió una compuerta de emergencia de la pared del túnel y ambos entraron. Caminaron a través de un entramado de galerías con paredes forradas de cableado que parecían destinadas al acceso de personal de mantenimiento. De cuando en cuando, estos corredores desembocaban en salas que parecían ser una suerte de intersecciones entre los diferentes pasillos. Aquello era un auténtico laberinto. Acabaron llegando a un pasadizo aparentemente sin salida; el gigante caminó hasta el fondo y se detuvo, humedeció el dedo índice con su propia saliva y lo colocó sobre la pared derecha al tiempo que acercaba su rostro a la que tenía en frente. Súbitamente, el muro se abrió permitiéndoles el paso a una amplia sala.

El pulcro aspecto de aquel lugar contrastaba con el de la

maraña de toscos corredores por los que habían pasado instantes antes. Estaba totalmente vacío, a excepción de un sillón ligeramente reclinado en cuyos brazos parecían haberse instalado varios dispositivos de control. Las paredes se iluminaron, sin duda como una reacción a la presencia de los recién llegados, y comenzaron a mostrar imágenes.

—Bienvenido a mi refugio —dijo Haekun—. He enlazado nuestros localizadores corporales a los automóviles antes de mandarlos a hacer un largo trayecto a través del complejo. Las cámaras de los coches están desactivadas, únicamente enviarán en bucle el vídeo de nosotros conduciendo hasta aquí, y el túnel por el que hemos accedido está libre de vigilancia, así que nadie podrá advertir que no seguimos conduciendo. Tenemos un rato para charlar hasta que vuelvan de su paseo y este es el único lugar en todo el complejo en el que podemos hacerlo con libertad, fuera de esta sala todo lo que decimos es registrado por el sistema.

—Lo sé.

—Ah, ya veo, supongo que ella te lo contó. Por ese motivo te he traído aquí, quiero saber qué ocurrió con Imane.

—Creía que Folken te confiaba todos sus secretos —dijo Jnum.

—No todos, desde luego. Pero ha sido especialmente hermético en lo que se refiere a este asunto, ni siquiera sabía que fuiste tú quien dio la voz de alarma hasta que has preguntado por la chica hoy en la reunión. No es la primera vez que descubrimos espías y saboteadores dentro de las instalaciones, pero normalmente soy yo quien supervisa su aislamiento, interrogatorio y regreso al lugar de origen.

—¿Y no ha sido así en este caso?

—En absoluto, ha sido Folken quien se ha encargado personalmente de todo. —Haekun se acercó al sillón y tomó asiento—. Todo esto me está empezando a inquietar; vine aquí por una idea, por el sueño de crear un mundo mejor, y jamás en todo este tiempo había dudado acerca de los objetivos. Ahora, en cambio, veo que hay aspectos que se me están ocultando y, por primera vez, he empezado a pensar si no habré estado trabajando para el bando equivocado.

—No me lo estás contando todo; veo demasiada turbación, hay algo más aparte de este episodio, ¿verdad? Dime, ¿qué ocurre?

El gigante se removió en el asiento y soltó un resoplido.

—Tú primero, cuéntame qué pasó con la chica.

—De acuerdo, me confesó que era una infiltrada y que estaba aquí para impedir que Folken pudiera llevar a cabo un plan que incluía la total aniquilación de la especie humana.

—Debes estar bromeando. —El gigante soltó una ligera carcajada—. ¿Qué motivo podría tener él para hacer algo así?

—Eso mismo le pregunté y no supo decirme el motivo, pero

me aseguró que la información era veraz. Por lo que me contó, todos los proyectos son una especie de tapadera, los únicos que tienen importancia para Folken son genética e investigación espacial; el plan es, según ella, terminar con nuestra civilización y que el ser humano empiece de nuevo desde cero.

»En aquel momento, aunque dudé, no le creí y acabé confesándole todo a Folken. Pero después de la reunión de hoy me han vuelto a surgir dudas al ver su reacción; piénsalo, se supone que mi aportación debe ser un último recurso si todo lo demás falla. Y sin embargo él se ha comportado como si el objetivo de salvar a la humanidad ya se hubiera cumplido.

Haekun permaneció unos instantes callado y con la mirada perdida, parecía estar tratando de hilvanar aquella información con lo que quiera que tuviese en la cabeza. Jnum se percató de ello y decidió romper el silencio.

—Es tu turno, cuéntame qué sabes.

—En realidad nada sólido, pero sí muy sospechoso. —El gigante se reclinó sobre el respaldo y comenzó a manejar los controles, el sillón se giró hasta colocarse de espaldas a Jnum—. Como sabes, fui yo quien diseñó junto a Folken el sistema informático del complejo, por ello se me dio acceso total a todos los archivos existentes. —Con un par de gestos de Haekun, las imágenes proyectadas sobre los muros comenzaron a mostrar las diferentes zonas de las instalaciones y también documentos referentes a los distintos proyectos, era como un resumen visual a toda velocidad del conjunto de actividades que se realizaban allí—. Hace unos años encontré, casi por casualidad, una zona a la que ni yo mismo podía acceder. —El gigante pulsó varios botones y todas las pantallas quedaron en una total oscuridad únicamente quebrada por una línea central que parecía requerir un código de acceso—. Folken había decidido ocultarme algún proyecto.

»No quise ir más allá, pero sí le pregunté al respecto y él trató de quitarle importancia, dijo que eran ideas muy personales que nada tenían que ver con nuestro trabajo y prefería mantenerlas en la intimidad. Eso habría tenido mucho sentido si no fuera porque, con una exploración superficial por mi parte, pude ver que la cantidad total de datos de estos archivos ocultos era enorme y que existía comunicación hacia y desde fuera en esa ubicación. Es decir, que estaba trabajando secretamente en colaboración con el exterior.

—¿Crees que podrías entrar en esa zona restringida del sistema? —preguntó Jnum.

—Podría. Y creo que con todo lo que tenemos, hay razones más que de sobra para hacerlo. Solo necesito algo de tiempo.

—Precisamente tiempo es lo que no tenemos. Si nuestras

sospechas se confirman, cuando la cuenta atrás acabe dentro de dos días, ya será tarde para detenerle.

«Parezco un extra de *Black hawk derribado*».

El hombre en el espejo, vestido con ropa militar, le miraba fijamente a los ojos con una expresión que ni el propio Michael era capaz de descifrar. Solo habían pasado unas horas desde que le informaran de que participaría en la expedición a Groenlandia y allí estaba, en una de las habitaciones de la Casa Blanca probándose la indumentaria oficial de los héroes aguerridos.

«Estoy ridículo».

El sonido de alguien llamando a la puerta le sacó de aquel inútil ejercicio de autoflagelación.

—¿Quién es?

—Soy la agente Romeo, ¿está usted visible señor Cohen?

—Podría decirse que sí. —El periodista sonrió a su reflejo con desgana—. Pase, por favor.

—Bien, veo que ya le han proporcionado su traje de faena —dijo la mujer mientras entraba en la habitación.

—¿Es necesario que me ponga esta ropa?

—Por supuesto, oficialmente va a participar usted en una misión de inteligencia y debe ir adecuadamente vestido. El resto de su equipo ya está cargado en el helicóptero.

—¿El resto de mi equipo?

—Tranquilo, no vamos a darle un arma, no estamos tan locos. Me refiero al material mínimo para la supervivencia en nuestro destino. Hará bastante frío allí, ¿sabe?

—La verdad es que no quiero ni pensarlo, —Michael se sentó en la cama y entrelazó los dedos de ambas manos apretándolas intermitentemente con visible nerviosismo.

—Le estamos enormemente agradecidos por todo lo que ha hecho hasta ahora, señor Cohen. Créame, nos gustaría no tener que abusar de este modo de usted, pero sus conocimientos son muy valiosos para nosotros y nos vemos obligados a pedirle este último esfuerzo. Pronto habrá acabado todo y podrá usted volver a su vida anterior olvidándose de todo esto.

—Volver a mi vida será fácil, pero olvidar…, tal vez no tanto —dijo Michael dedicándole a la agente algo parecido a una sonrisa a la que ella correspondió asintiendo con empatía.

La mujer salió de la habitación, no sin antes informarle de que partirían de inmediato. El periodista se apresuró a recoger su ropa de civil y corrió hacia la puerta, no quería irse sin despedirse de Lea.

Un solo gesto del agente que custodiaba la puerta del

dormitorio de la chica bastó para que Michael entendiera que no le estaba permitido el acceso en ese momento. Instantes después, comenzaban a salir los miembros del equipo médico. El periodista se dirigió al doctor al mando del grupo que salía en último lugar.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Lea está bien?

—Sí, está estable, aunque algo cansada. Los desvanecimientos están aumentando su frecuencia, cada vez tiene menos tiempo de consciencia a lo largo del día.

—Y ¿qué ocurrirá si siguen aumentando?

—No podemos saberlo, estamos pisando terreno desconocido. Podría caer en coma o incluso tener consecuencias fatales, pero también podría recuperarse totalmente en unos días, la verdad es que vamos a ciegas.

—¿Puedo entrar a verla?

—Solo un par de minutos, está muy cansada. —El doctor hizo un gesto de asentimiento al vigilante para que permitiera entrar a Michael y se marchó por el pasillo.

El periodista llamó a la puerta y no hubo respuesta desde el interior; así que giró el pomo y abrió la hoja unos centímetros, lo justo para asomar ligeramente la cabeza.

—¿Lea? Soy Michael, he venido a despedirme.

—Pasa Michael —dijo Lea con un hilo de voz.

La chica estaba tumbada en la cama y de nuevo la habían conectado al monitor. No tenía muy buen aspecto y se le veía agotada, aún así fue capaz de sacar una preciosa sonrisa al ver entrar al periodista.

—¡Vaya! ¿Te has vestido así para revolucionar las hormonas de una pobre adolescente enferma?

—Pues no, —Michael sonrió a la chica mientras se acercaba y tomaba asiento en la cama, junto a ella—. En realidad, tu caballero de brillante armadura por fin va a tener la oportunidad de demostrar su valía.

—Sí…, lo sé. Kate ha venido esta tarde para despedirse y me ha…, me ha contado que vais a hacer un largo viaje juntos para tratar de solucionar este lío.

—Así es.

—Y…, ¿crees que lo conseguiréis?

—Si no lo creyera no perdería el tiempo viajando hasta el fin del mundo, ¿no te parece?

Michael observó como Lea trataba de responderle sin conseguirlo. Tal era su cansancio, que no era capaz de mantener el ritmo de una conversación normal.

—Espero…, que tengas razón —dijo por fin—, quiero que todo esto acabe…, no puedo aguantar más.

Aunque hizo lo imposible por evitarlo, el periodista comenzó a notar como se le humedecían los ojos.

—Haré lo que haga falta para ayudarte. Encontraremos una respuesta y todo volverá a ser como antes, te lo prometo.

La chica sonrió a Michael al tiempo que sus párpados se iban cerrando hasta quedar completamente dormida. El periodista se levantó y caminó hacia la puerta secando sus lágrimas con la manga del uniforme.

Cuando salió al jardín sur ya era de noche y pensó que, teniendo en cuenta la época del año y el lugar al que se dirigían, tal vez no volvería a ver la luz del sol hasta que volviese de aquella misión, si es que volvía. La agente Romeo le esperaba junto al helicóptero acompañada de un grupo de agentes, todos con uniforme militar.

Una vez en el aire, todos se colocaron los auriculares y la mujer comenzó a exponer el itinerario.

—Nos dirigimos a la base de la fuerza aérea Andrews, donde cogeremos un avión rumbo al aeropuerto de Kangerlussuaq. Una vez allí cambiaremos a un transporte más ligero que nos permita el aterrizaje en Quaanaaq, lugar en el que nos reuniremos con nuestro enlace del servicio secreto danés que vendrá acompañado por algunos militares y personal experto para guiarnos.

»Tendremos varios helicópteros preparados para acercarnos al sitio. Debo avisarles de que no hemos tenido suerte y habrá fuertes rachas de viento en la zona del objetivo, así que nos tocará caminar durante unas ocho horas. Para mayor diversión, como supongo sabrán, estamos en época de noche polar, así que será un agradable paseo nocturno. ¿Alguna pregunta?

—Yo tengo una —dijo Michael—, ¿tenemos ya alguna información acerca de lo que hay allí?

—De momento ninguna. Se nos ha dado acceso y colaboración por parte del gobierno danés pero se han negado a proporcionar información previa alguna, así que habrá que esperar a estar en el lugar para averiguarlo.

Se había despertado hacía un buen rato y aún seguía sentado en la cama, observando todo a su alrededor. A pesar de que esa era la casa en la que había vivido desde que empezó a trabajar para Folken, todo lo que le rodeaba le resultaba ajeno, tal vez fuera porque en realidad era la primera vez en todo ese tiempo que le dedicaba unos instantes de atención al que supuestamente era su hogar.

Se levantó y comenzó a pasear por las estancias, su actitud y fascinación mientras exploraba eran más propias de un intruso que del legítimo morador del lugar. Pasado un rato, Jnum cayó en la cuenta de que aquel sitio era, con mucho, la vivienda más lujosa en la que había residido jamás, y ni siquiera se había percatado de ello en todo ese tiempo. Hay quien lo habría considerado una lástima, pero para él era un claro síntoma de la pasión que sentía por su trabajo y de cómo esa vocación llenaba hasta el último rincón de su espíritu, no necesitaba nada más.

Pronto se aburrió de dar vueltas y decidió salir hacia su laboratorio para echar un vistazo a la simulación. Al llegar, le llamó la atención la ausencia de automóviles aparcados en los alrededores del sector de genética. Se acercó a la entrada y se detuvo como siempre frente a la puerta a la espera de que esta se abriese, lo cual no ocurrió. Colocó la palma de la mano en el detector que había a su derecha a la vez que acercaba sus ojos al escáner, se trataba de un sistema de control de acceso complementario en caso de que la inteligencia no consiguiera reconocer a la persona que intentaba acceder, tampoco funcionó.

Aquello no era en absoluto normal, Jnum abrió su interfaz y navegó rápidamente por el menú tratando de acceder a la simulación que aún seguía en marcha, fue inútil, el sistema ya no le reconocía como personal autorizado. No podía tratarse de un fallo, y solo había una persona con el poder suficiente para ordenar que se le denegase el acceso. El muchacho accedió a la sección de comunicaciones y buscó a Folken, unos instantes después la imagen del magnate aparecía en pantalla.

—Me alegra verte, Jnum. ¿En qué puedo ayudarte?

—Tengo un problema, no puedo acceder al laboratorio, no sé qué ocurre.

—No ocurre nada, no te preocupes. El proyecto ha finalizado con éxito, gracias a ti, así que he detenido toda la actividad dentro de ese sector.

—Aún no ha finalizado, la simulación sigue en proceso —dijo Jnum—. Por eso he venido, necesito supervisar el proceso. La secuencia podría contener algún error y, si esto ocurriera, sería

conveniente tratar de corregirlo sobre la marcha.

—No será necesario, Jnum. Estoy convencido de que tu talento y dedicación no habrán dejado lugar a errores.

—Aún así debo insistir…

—De ninguna manera Jnum, hago esto por tu bien. —Folken sonrió condescendientemente—. No es bueno obsesionarse en exceso, tu trabajo ha finalizado. Es hora de disfrutar de la satisfacción del deber cumplido, ve a la zona de ocio con el resto de tus compañeros y diviértete un poco mientras preparamos tu vuelta, te lo has ganado.

—Pero…

—Nada de peros, muchacho. Es hora de relajarse, te vendrá bien, créeme. ¿Puedo ayudarte en algo más?

Jnum dudó unos instantes.

—Nada más, gracias.

El magnate sonrió una vez más y su imagen desapareció de la pantalla. El joven científico cerró la consola y clavó su mirada en el infinito. Estaba claro que Folken no se fiaba de él, no era capaz de imaginar ningún otro motivo que pudiera justificar lo que había hecho. Probablemente temiera que sus dudas, que quedaron patentes durante la reunión, le llevasen a sabotear todo el proyecto. Y seguramente, por esa misma razón, había mandado a casa al resto de los científicos. Existía la posibilidad de que cualquiera de ellos pudiera haber sido reclutado por Imane.

No podía hacer nada más. Así que, con sus pensamientos centrados en la posibilidad de que hubiese cometido un gran error al confiar en el magnate, se dirigió de vuelta al automóvil dispuesto a volver a casa.

«Continúa caminando y no hagas ningún gesto extraño».

La voz de Haekun resonando en su cabeza pilló de sorpresa a Jnum, que no pudo evitar quedarse petrificado.

«¡Sigue caminando, vas a llamar su atención!».

El joven científico consiguió recomponerse rápidamente y siguió andando hacia el coche con toda la naturalidad que fue capaz de simular.

«Eso es, ahora entra en el vehículo y conduce hacia el túnel sin vigilancia en el que entramos ayer. Necesito que durante un rato mantengas una actitud normal».

Jnum entró en el coche y comenzó a conducir hacia el lugar indicado, no le resultó nada fácil. Pensó que era irónico que el simple hecho de pedirle a alguien que actuase con normalidad, automáticamente lo incapacitara para ello.

«Como seguramente habrás deducido, te estoy hablando a través del sistema de traducción simultánea de tu implante, el sonido llega directamente a tu cerebro a través de él. Ahora voy a hacer un

bucle con la imagen de la cámara del coche y también voy a desconectar tu voz de la red, necesito que estés muy quieto».

El muchacho permaneció inmóvil.

«Solo un poco más… espera… estás fuera Jnum, ya puedes hablar y moverte libremente».

—¿Qué está pasando, Haekun?

«Tengo novedades, pero antes de contarte nada quiero que busques debajo de tu asiento y cojas lo que hay ahí, pondré tu vehículo en conducción automática para que puedas hacerlo con tranquilidad».

Jnum buscó a tientas hasta toparse con un pequeño bulto. Era una caja que contenía una minúscula pieza circular de metal y una bolsa del tamaño de la yema de su dedo pulgar, al palparla notó que tenía líquido en su interior.

«Perfecto, debes guardar ese pequeño botón metálico en algún lugar seguro de tu traje, te sugiero que lo introduzcas bajo la manga, en tu muñeca».

Jnum hizo lo que el gigante le decía.

«Perfecto, ahora abre la bolsa con cuidado y vierte el contenido en tu mano».

El líquido fue cayendo en la concavidad de la palma hasta que el envoltorio quedó vacío. El joven científico se percató de que había algo sólido y flexible camuflado en el fluído, eran un par de lentes de contacto.

«Póntelas, Jnum»

—¿Para qué son?

«Ya lo verás, haz lo que te digo».

El muchacho hizo varios intentos fallidos hasta que finalmente consiguió colocar los dispositivos en sus ojos. De pronto, la imagen de Haekun apareció flotando frente a él.

«Muy bien, Jnum. ¿Qué tal funcionan? ¿Puedes verme?».

—Perfectamente.

«Estupendo, ahora tenemos comunicación audiovisual discreta y segura, nos hará falta para lo que tenemos que hacer».

La imagen de Haekun redujo su tamaño y se desplazó hacia una esquina mientras un mapa tridimensional del complejo aparecía en el centro del campo visual de Jnum.

«He rastreado la actividad de Folken en la fecha en que detuvo a Imane y he descubierto que nos mintió —continuó el gigante mientras se iluminaba una zona del mapa—. La chica no ha vuelto a casa, la tiene recluida en una celda del área restringida de la milicia. No ha sido nada fácil encontrarla, se ha tomado muchas molestias para ocultarlo».

—¿Puedes liberarla?

«No sin tu ayuda, aquello está vigilado por soldados armados. El único modo de sacarla de allí es neutralizando a algunos de ellos».

—Si estás proponiendo lo que creo, será mejor que vayamos pensando en un plan alternativo. Soy científico, no duraría ni un minuto allí dentro con esos mercenarios.

«Se puede llegar a ella con relativa facilidad si yo te ayudo desde aquí. Solo tendrás que acabar con uno, o a lo sumo dos guardias. Tienes que hacerlo, Jnum, la necesitamos».

—¿La necesitamos? —preguntó Jnum.

«Sí, aún no te lo he contado todo. He conseguido acceder a los archivos secretos de Folken, todo lo que dijo Imane era cierto; existe un proyecto paralelo de tamaño colosal y cobertura global. Jamás habría imaginado que Folken pudiera tener medios para hacer algo tan grande, creí que había invertido toda su fortuna en este complejo.

»No he tenido tiempo de analizar gran cosa de momento pero por lo que he podido ver hasta ahora queda claro que se trata de armamento de una tecnología y poder destructivo sin precedentes. Parece que se propone que los humanos volvamos a empezar desde cero y no piensa esperar a nuestra autodestrucción».

Los peores temores de Jnum se habían confirmado, el muchacho cerró los ojos y soltó un resoplido. No podía dejar de pensar en que su error al escoger bando había condenado a una muerte segura a todo hombre mujer y niño sobre la faz de la Tierra.

—Pero… ¿por qué?, ¿qué le ha llevado a planear semejante atrocidad?

«Como te he dicho, aún no he podido leer gran cosa. Únicamente he encontrado, en varias de sus notas personales, alusiones a algo que llama “el segundo punto sin retorno”, que asocia de algún modo al procesado del rubidio. ¿Sabes de qué puede estar hablando?».

—Sé que ese proceso para obtener el xorfeno es altamente contaminante, el mismo Folken me lo contó. Solo conozco, como tú, el concepto de punto sin retorno referido al cambio climático: el punto a partir del cual todo esfuerzo es inútil para una hipotética reversión y que, según me dijisteis cuando llegué, ya ha sido sobrepasado. Ignoro a qué puede referirse al hablar de un segundo punto.

El vehículo se adentró en el túnel y se detuvo junto a otro automóvil que aguardaba aparcado a un lado.

«Sea como sea, debemos intentar parar esta locura —dijo el gigante—. Si tuviera más tiempo podría sabotear desde aquí todos los planes de Folken, inutilizaría su armamento y no podría cumplir su propósito. Desgraciadamente, tiempo es lo único que no tenemos, pero aún hay una solución alternativa: parar la simulación genética. Sin la total seguridad de que el ser humano proliferará en esa hipotética

nueva civilización, él no programará la destrucción de la nuestra».

—De acuerdo, y ¿cómo lo hacemos? Se me ha retirado el acceso al proyecto.

«Lo sé, para eso necesitamos a Imane. El único modo de acceder y detener la cuenta atrás es entrando físicamente en el edificio de Folken; él lo sabe y ha colocado a un nutrido grupo de mercenarios en los accesos, lo cual ha dejado con menor vigilancia la zona de las celdas en el área de la milicia. Debemos entrar allí y liberar a la chica. Si ella es lo que dice ser, habrá sido entrenada a conciencia y con su ayuda podríamos tener al menos una posibilidad de conseguir nuestro objetivo».

—No puedo hacer esto solo, Haekun. ¿Por qué no pedimos ayuda al exterior?

«Lo estoy intentando, pero es extremadamente complicado. El sistema fue concebido para que no pudieran producirse fugas de información, nos aseguramos de que fuera así cuando lo diseñamos. Folken es el único con vía libre para enviar y recibir datos del exterior. Debemos hacernos a la idea de que estamos solos en esto».

A Jnum le sobrevino una enorme sensación de irrealidad, ¿cómo había llegado a esto? No hacía mucho, él no era más que otro científico tratando de sobrevivir como podía en el mundo real. Ahora, la fortuna había decidido poner en sus manos el destino de toda la humanidad. Una tarea que, a todas luces, le venía grande. Aunque le costaba creer que existiera alguien realmente preparado para algo así. Sintió ganas de salir corriendo y refugiarse en cualquier sitio a esperar a que todo acabase.

—De acuerdo, ¿qué tengo que hacer? —dijo sin demasiado convencimiento.

«Sube en ese coche que está a tu lado, iremos con él a partir de ahora».

Nada más apearse, el vehículo que le había traído hasta allí continuó su marcha para hacer las veces de tapadera. Jnum montó en el otro automóvil, que comenzó a rodar a toda velocidad. A la primera oportunidad, el coche salió de la carretera principal y completó el resto de su ruta a través de calles y vías secundarias hasta adentrarse en un camino señalizado como cerrado por obras.

«Esto es lo más cerca del objetivo que puedo llevar el vehículo sin llamar la atención —dijo Haekun mientras el coche aminoraba hasta quedar inmóvil—, tendrás que seguir andando. Iré poniendo en bucle las cámaras en los lugares por los que vayas pasando para que tu presencia no sea detectada. Sigue atentamente mis indicaciones y todo irá bien».

Jnum se bajó y comenzó a caminar por la solitaria calzada que parecía ser una suerte de acceso a las entradas traseras de las naves

que la rodeaban. El sol artificial del complejo simulaba la luz del atardecer y pudo divisar frente a él una gran edificación que a lo lejos destacaba ligeramente del resto.

—¿Es allí a donde vamos? —preguntó señalando con el dedo hacia el lugar.

«Así es, aquel es el bloque de la milicia. Continúa caminando, te daré instrucciones precisas cuando estés más cerca».

Jnum siguió andando un buen rato en dirección al edificio hasta que este acabó ocupando todo su campo de visión.

«Detente ahí —dijo el gigante mientras hacía aparecer un plano frente a los ojos del muchacho—. Estoy controlando el paso de las patrullas en el interior, debemos esperar si queremos entrar en el momento de menos concurrencia».

En el mapa aparecían varios puntos rojos dentro del edificio representando a cada uno de los guardias que custodiaban el lugar, algunos se movían y otros estaban estáticos. Abajo del todo, en el exterior, había una marca verde que Jnum interpretó como su posición actual y una zona resaltada en azul indicaba la ubicación de la celda de Imane. Mientras esperaba, el joven científico pudo observar como el plano se iba desplazando poco a poco hasta quedar a la derecha, de modo que no representase un obstáculo para una correcta visibilidad.

«¡Ahora Jnum! Ve hacia el edificio, ¡rápido!».

El muchacho corrió todo lo que pudo, podía ver en el mapa como la luz verde se desplazaba hacia el muro exterior. Una puerta se abrió cuando estaba a mitad de camino.

«Entra por ahí y luego a la izquierda».

Aquella indicación no era lógica, Jnum podía ver claramente que el trayecto que debería recorrer si tomaba esa dirección no era para nada el menos transitado.

—¿Hacia la izquierda?, ¿seguro?

«Ya sé que hay más guardias en esa dirección pero debes hacer una parada antes de dirigirte a la celda. Sigue así, vas a buen ritmo».

Jnum cruzó el umbral y siguió corriendo en la dirección que se le había indicado. Una patrulla se dirigía hacia él por el pasillo que corría perpendicularmente a la derecha del suyo, ya podía ver a lo lejos la bocacalle que llevaba a ese corredor, si sobrepasaba ese punto quedaría a la vista de los mercenarios.

—Tengo que volver hacia atrás, ¡me atraparán si sigo por aquí!

«Tienes que confiar en mí, Jnum. Sigue adelante, no te verán pasar».

Aquello no terminaba de convencer al muchacho, pero pensó que tampoco le quedaba otra opción. Si se daba la vuelta en ese punto, era más que probable que no consiguiese cubrir la distancia de

vuelta antes de que los soldados llegasen a la esquina y pudieran verle.

Aceleró el ritmo instintivamente poco antes de llegar al recodo, en ese momento escuchó un fuerte impacto seguido del sonido de una alarma. Al pasar la esquina miró de reojo hacia el pasillo y pudo ver que los guardias le daban la espalda, se habían girado alertados por una explosión que se había producido tras ellos. Era la primera vez que Jnum veía a los soldados de Folken, y con ese breve vistazo pudo comprobar que tenían más o menos el aspecto que había imaginado: grandes moles de músculo envueltas en una armadura y casco de combate de riguroso color negro.

—Buena jugada, Haekun. ¿Y ahora qué?

«Sigue hasta el final».

Jnum podía ver en el mapa que no había más desvíos, la galería daba un par de giros más antes de llegar a un tramo sin salida. Se sintió más tranquilo cuando superó el primer recodo, y no tardó demasiado en llegar al último segmento.

«En la pared del fondo hay una caja, debes abrir la tapa que tiene en la parte inferior».

El muchacho se detuvo ante el cajón y palpó debajo. No conseguía encontrar nada, estaba exhausto por la carrera y le temblaba todo el cuerpo por la excitación; se tumbó en el suelo y pudo localizar visualmente la cubierta que debía retirar, la abrió introduciendo las uñas en la fina hendidura que formaba con el cofre y dejó al descubierto un cable que quedo colgando.

«Conecta ese cable al puerto que hay en la pared, eso me dará acceso al sistema de cierre de la caja».

Unos instantes después de que Jnum lo conectara, el cajón se abrió. En su interior había un cilindro metálico.

—¿Qué es esto? —preguntó el muchacho mientras tomaba el objeto en sus manos.

«Es un arma, por supuesto. Te hará falta para llevar tu misión a buen término».

—Supongo que bromeas, jamás he usado un arma.

«No te preocupes, es muy sencillo. Simplemente introduce tu mano en el cilindro, dentro lleva un asidero con un sensor de presión, cuando quieras disparar solo tienes que cerrar el puño sobre él con cierta fuerza. No tiene ningún misterio, solo asegúrate de apuntar bien a tu objetivo».

—No me refería a eso, no pienso matar a nadie —dijo Jnum arrojando el arma.

«Tendrás que hacerlo. No podrás liberar a Imane sin usar la fuerza; si te sirve de consuelo, aunque esa arma es letal, las armaduras que llevan los soldados podrían conseguir que un disparo no sea fatal

para ellos. Aunque, seguramente les dejarás unas lesiones bastante feas, como mínimo».

Jnum se quedó mirando el objeto tirado en el suelo durante unos instantes, lo recogió e introdujo su mano derecha en la apertura hasta tener a su alcance el asa del interior. El artefacto reaccionó al tacto del muchacho encendiendo una franja de luz azul alrededor de la zona que cubría su muñeca, al tiempo que emitía un pitido de frecuencia ascendente. Aquellas dos señales dejaban claro, incluso para un usuario inexperto, que el arma estaba activada y lista para usarse.

—De acuerdo —dijo Jnum sin demasiada confianza—, ¿qué hacemos ahora?

«Toca esperar a que la patrulla verifique que la explosión de antes ha sido un simple fallo eléctrico y siga su camino. Entonces volverás a ese punto y desde allí te guiaré hasta la celda de la chica».

Al lugar de la explosión fueron acudiendo más y más puntos rojos hasta formar en el plano una mancha informe que ocupaba todo el pasillo. Pasado un rato, algunos de ellos comenzaron a abandonar el sitio en parejas hasta que quedó despejado.

«Bien, Jnum. Atento a mi señal,… ¿listo?,…¡Ahora!».

El muchacho volvió sobre sus pasos corriendo tan rápido como pudo hasta llegar a la esquina del pasillo donde se había producido el estallido, que ahora quedaba a su izquierda. Giró hacia el corredor y pronto observó una placa desprendida de la pared que dejaba al descubierto un amasijo de cables carbonizados.

«Debes aminorar el paso, sigue caminando a ritmo normal. Debemos llegar al final de este corredor en el momento preciso para que encuentres el número mínimo de enemigos en tu camino».

Para Jnum fue un alivio. Estaba realmente agotado, el arma que llevaba no era especialmente pesada pero representaba un molesto lastre a la hora de correr a toda velocidad.

«A ese ritmo vas perfecto. Como puedes ver en el mapa, tienes que girar a la derecha al final. Si sigues así, pasarás por allí en el momento justo para no coincidir con ninguna patrulla. Únicamente deberás deshacerte de un par de soldados para llegar hasta Imane».

En el plano se amplió el sector alrededor de su objetivo. Efectivamente había dos puntos que, a diferencia de sus compañeros, permanecían estáticos cerca de la celda, era evidente que habían establecido una guardia continua para custodiar a la cautiva.

Según avanzaba, Jnum pudo observar como la zona a la que se dirigía se iba despejando de mercenarios. Eso no evitó que su nerviosismo fuese en ascenso en proporción inversa a la distancia que le separaba de la celda. Trató de calmarse evitando pensar en lo que estaba a punto de suceder pero fue inútil, aquella situación le

superaba. Llegó un momento en que creyó que se iba a desmayar pero, por algún extraño motivo, cuando estaba a punto de rebasar el último recodo sintió una fuerza y valor renovados, casi estaba ansioso por llegar al lugar y hacer lo que era necesario.

«Es el momento, Jnum. Buena suerte».

El muchacho se detuvo justo antes de doblar la esquina, apoyó la espalda en la pared, cerró los ojos y respiró profundamente. Solo unos pasos le separaban de los guardias que custodiaban a Imane; una vez que saliese de su escondite ya no habría vuelta atrás. Levantó el brazo en el que portaba el arma hasta colocarla a la altura de su rostro, inhaló y exhaló fuertemente tres veces como si ese gesto fuese a darle algún tipo impulso o extra de valor y salió al pasillo.

Solo uno de los dos soldados, el más cercano a su posición, estaba mirando en su dirección. Jnum pudo ver como el mercenario trataba de sacar su arma al tiempo que emitía un grito para alertar a su compañero. El joven científico, sin parar de correr hacia ellos, trató de apuntar lo mejor que pudo y apretó el puño sobre el asidero interior del cilindro. El impacto le sorprendió, esperaba tener que ejercer una mayor presión para que se produjera la detonación, estaba claro que aquel artefacto era bastante más sensible al tacto de lo que había imaginado. No se produjo una explosión flamígera, sino un efecto óptico de refracción que fue visible durante un breve instante a lo largo de toda la trayectoria del disparo que, por suerte dio en el blanco haciendo que el guardia cayera fulminado.

No tuvo tanta fortuna con su segundo enemigo, que se agachó y rodó por el suelo lateralmente haciendo imposible que Jnum pudiera acertarle. El soldado se puso de rodillas con gran rapidez y comenzó a levantar el arma hacia el joven científico que, sin detenerse, erró un último disparo antes de abalanzarse sobre él. El mercenario agarró a Jnum por la pechera en el último momento y, aprovechando su propio impulso, lo volteó por encima de su cabeza haciendo que el joven cayese de espaldas.

El muchacho, aturdido por el enorme golpe, sintió como el guardia le arrebataba el cilindro de su mano y lo inmovilizaba colocando la rodilla sobre su cuello.

«¡Aguanta, Jnum! —gritó Haekun—. Voy a hacer algo, espero que funcione»

Aquello era el fin, estaba indefenso ante aquel contrincante que, como era previsible, había resultado ser muy superior a él. No podía moverse ni apenas respirar y vio como el soldado fue dirigiendo el arma hacia su cabeza. No lo estaba haciendo con un movimiento rápido como los que había demostrado dominar unos instantes antes, sino con mucha lentitud. Parecía querer darle tiempo a Jnum para que fuera consciente de que estaba a punto de morir.

En ese momento, el chico percibió movimiento a la espalda del mercenario, la puerta de la celda de Imane se estaba abriendo. Un instante después, la chica salió de ella con paso decidido, se colocó justo detrás del guardia y, con un gesto rápido y metódico, acabó con su vida rompiéndole el cuello. El cuerpo del soldado cayó al suelo, no sin que antes la chica le arrebatara el arma, la cual apuntó inmediatamente a la cabeza del joven científico.

—¡Vaya! —dijo sin dejar de encañonar al muchacho—. ¡Pero si es mi amigo Jnum, el traidor! Espero por tu bien que tengas un buen argumento para convencerme de no matarte ahora mismo.

El aeródromo de Quaanaaq estaba desierto. Los miembros del grupo estadounidense, todos ataviados con trajes de nieve y cargados con sus petates, fueron bajando uno a uno a la pista. La agente Romeo fue la última en desembarcar.

—¿Dónde coño está nuestro enlace? —dijo mientras sacaba el teléfono de uno de los bolsillos de su chaquetón y se bajaba el pasamontañas para poder hablar.

Michael se distinguía de sus compañeros a simple vista a pesar de la uniformidad, y no solo por el hecho de no ir armado hasta los dientes, sino también por su actitud, más relajada y titubeante que la del resto. El periodista se tomó unos instantes para observar lo que aquella mezcla de viento y nieve le dejaba vislumbrar en la noche; únicamente una pequeña edificación parecida a una nave industrial de tamaño modesto coronada por una suerte de reducida torre de control.

—¡Allí! —gritó uno de los agentes señalando hacia una luminiscencia que se oteaba en el cielo por encima del edificio.

Unos instantes después, seis helicópteros militares pasaron sobre sus cabezas y tomaron tierra ordenadamente en la pista. Un nutrido grupo de hombres fue bajando y tomando posiciones alrededor de los aparatos, uno de ellos se acercó caminando hacia los americanos.

—Buenos días —dijo en un perfecto inglés—, mi nombre es Torben, trabajo para el gobierno de dinamarca, les acompañaré en esta misión.

Aquel saludo pilló por sorpresa a Michael, no había caído en la cuenta de que debían ser como las diez de la mañana según la hora local. Examinó unos instantes el aspecto del danés del que, tapado de pies a cabeza como iba, no se podía distinguir gran cosa aparte de que era un hombre realmente corpulento.

—Buenos días, soy la agente Romeo, estoy al mando de la misión. Nos han informado de que tendremos que realizar buena parte del trayecto caminando. ¿Conoce usted bien la zona?

—La he recorrido en varias ocasiones, pero nunca con este tiempo. Han escogido el peor de los momentos para hacer esta excursión, por suerte parece ser que los helicópteros podrán dejarnos bastante cerca de la grieta.

—¿La grieta? —preguntó Michael.

—Es un estrecho desfiladero que corre entre dos masas montañosas, una vez entremos en él estaremos algo más resguardados de este infierno. El punto al que nos dirigimos está a escasa distancia de su salida. ¿Quién es usted, por cierto?

—Este es Michael Cohen —dijo la mujer sin dar tiempo al

periodista a contestar por sí mismo—, un colaborador civil.

—¿Un civil? —El Danés dio unos pasos hasta colocarse a escasos centímetros del periodista—. Manténgase cerca de mí o de la agente Romeo y consúltenos antes de hacer cualquier cosa, no actúe por su cuenta. No quiero tener que cargar con un cadáver a la vuelta.

La alta estatura de Torben, unida a su firme y algo amenazante tono de voz, hicieron que Michael se sintiera realmente intimidado. No sabía qué decir, o si realmente era apropiado contestar, así que se quedó unos instantes en silencio observando a aquella mole desde abajo.

—¿Me he expresado con claridad? —dijo el danés en un tono aún más agrio.

—Sí…, sí…, por supuesto, con toda claridad —contestó Michael con voz temblorosa.

La agente Romeo no pudo más y soltó una carcajada. Torben y el resto de los americanos, excepto Michael, se le unieron.

—Solo bromeaba, hombre —dijo el danés dándole un par de palmadas en el hombro al periodista—. Pero tenga cuidado en cualquier caso, esto no será como dar un paseo por Central Park. —Se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia los helicópteros—. Si no tienen objeción salimos de inmediato —añadió sin mirar atrás.

Las risas duraron aún unos segundos más obligando a Michael a aguantar el tipo como pudo durante el chaparrón.

—Muy gracioso nuestro nuevo amigo —dijo por fin, dirigiéndose a la agente Romeo.

—¡Vamos, señor Cohen! Ha sido solo una broma, tómesela con deportividad. En estas circunstancias, usted es una víctima demasiado perfecta como para dejarla escapar.

Los aparatos despegaron dejando rápidamente atrás el aeródromo y cualquier vestigio de civilización. La casi total oscuridad reinante a su alrededor apenas permitía distinguir la enorme planicie helada y desierta que se extendía en todas direcciones.

A Michael le sorprendió comprobar que, a pesar de las condiciones climatológicas, los helicópteros militares volaban con una gran estabilidad. En el interior de los aparatos apenas se podían percibir algunas leves oscilaciones.

—Disfruten de este lapso de paz —dijo Torben—, la situación empeorará según nos acerquemos a nuestro objetivo.

Como si de una invocación se tratase, las palabras del danés fueron inmediatamente seguidas de un movimiento de vaivén. El periodista alzó su mirada y vio como la agente Romeo, sentada frente a él, le dedicaba una sonrisa en un intento de tranquilizarle ante aquella situación.

No hubo más sobresaltos en los siguientes treinta minutos, transcurridos los cuales, los temblores y balanceos comenzaron a hacer acto de presencia subiendo gradualmente en intensidad y frecuencia hasta llegar a un punto insoportable.

—De acuerdo, nos dejarán aquí —gritó Torben—, la grieta no queda lejos de esta posición, prepárense para tomar tierra.

—¿Pueden aterrizar en estas condiciones? —preguntó Michael.

—Amigo —respondió el danés con una sonrisa socarrona—, estos pilotos son capaces de posarse sobre una fragata en mitad de una tormenta en alta mar.

Durante un par de minutos, que al periodista se le hicieron eternos, el helicóptero realizó múltiples tentativas hasta que finalmente consiguió tomar tierra. Los militares y agentes, casi en perfecta sincronización, se subieron los pasamontañas, se colocaron sus gafas y encendieron los leds de las cámaras de sus cascos. Michael hizo lo propio y tanteó hasta encontrar el botón de la suya, a partir de ese momento todos transmitirían imagen y sonido de lo que ocurriera a su alrededor.

La puerta se abrió dejando entrar una muestra de la furia natural que se había desatado en el exterior. Los miembros de la expedición fueron desembarcando y alejándose de los aparatos formando un grupo. Cuando todos se hubieron reunido, Torben supervisó una rápida revisión del material que cargaban tanto en mochilas como sobre trineos y, una vez hecho esto, indicó por radio a los pilotos que podían abandonar la zona.

La capa de fina nieve que arrastraba el viento impedía la visión a más de tres o cuatro metros de distancia. Michael tuvo un fugaz sentimiento de pánico al ver alejarse a los aparatos, pensó que más les valía que el gigantón danés supiese lo que estaba haciendo.

El grupo comenzó a moverse a un ritmo bastante lento pero constante. Durante los primeros minutos de la caminata, el periodista no pudo evitar desviar la vista hacia ambos lados en varias ocasiones buscando algún punto de referencia, una luz o cualquier vestigio que le alejase de aquella sensación de estar transitando a través de la nada. Al comprobar, con cierta turbación, que a su alrededor únicamente era capaz de ver la porción de tormenta de nieve que su led alcanzaba a iluminar, decidió desistir y fijar su mirada en los miembros del grupo que le precedían.

El viento comenzó a golpear con más fuerza en sentido contrario al que caminaban. Aquello hizo que la ya pesada tarea de desplazarse por aquel lugar se convirtiese en una empresa titánica y Michael comenzó a notar como se iba quedando rápidamente sin fuerzas para seguir avanzando.

Después de un largo rato andando, llegó el inevitable momento

en que tuvo que detenerse, estaba completamente agotado. Varios soldados que caminaban tras él, algunos arrastrando trineos en pareja, pasaron por su lado advirtiéndole que debía continuar o perdería al grupo. El último de los militares se detuvo brevemente junto a él y Michael pudo ver cómo hablaba por su intercomunicador justo antes continuar su camino y desaparecer tras la helada nebulosa.

En ese instante, el periodista fue consciente de que se había quedado solo en aquel infierno blanco, había recuperado parcialmente el aliento y pensó que podría continuar pero, al mirar a su alrededor, no consiguió vislumbrar las luces del grupo. Una oleada de pánico le invadió; como no se había girado en ningún momento pensó en comenzar a caminar lo más rápido que pudiera hacia el frente por si podía acercarse lo suficiente para localizar al grupo. Afortunadamente su lado racional se impuso por encima de su instinto y consiguió reprimir aquel impulso que le habría llevado indudablemente a desviarse del camino que la expedición hubiese tomado y solamente habría conseguido empeorar aún más su situación.

Le pareció atisbar una luz abriéndose paso entre los pliegues de la cortina formada entre la nieve y la ventisca. Al poco, distinguió una silueta que se acercaba con paso firme, era Torben.

—¿Puede continuar? —dijo el danés.

—Creo que sí.

—Estupendo, levante los brazos. —Torben colocó una especie de arnés alrededor de la cintura de Michael—. Esto impedirá que se vuelva a perder.

El danés sacó una cuerda de unos tres metros, conectó al cinturón del periodista el mosquetón de uno de sus extremos y el del otro a un enganche de su propio chaleco.

—De acuerdo, estamos muy cerca, haga un último esfuerzo y trate de seguir mi ritmo. Si no puede, no se preocupe, notaré la tensión de la cuerda y aminoraré.

Caminaron durante unos veinte minutos más. Torben no le impuso un paso demasiado rápido, así que Michael pudo aguantar bien. El alto montículo helado al que se dirigían solo se hizo visible cuando lo tuvieron a escasos metros. En mitad de aquella mole se podía distinguir una fina línea que lo dividía, era la grieta.

El fuerte viento fue calmándose según se acercaban y desapareció totalmente una vez se adentraron en aquel corredor natural cuyos muros eran asombrosamente altos y que tendría unos tres o cuatro metros de ancho a lo sumo. Apenas unos cuantos copos de nieve conseguían llegar a tierra allí dentro. La visibilidad era mucho mejor y el periodista enseguida pudo observar a lo lejos las luces del grupo, que parecía estar aguardándoles más adelante.

Los dos hombres se detuvieron y sacudieron la nieve de sus

trajes, Torben se acercó a Michael y le quitó la cuerda y el arnés.

—Gracias por volver a por mí —dijo el periodista—, estoy avergonzado, siento haberles retrasado.

—No hay de qué avergonzarse, amigo. Lo ha hecho usted muy bien, créame si le digo que la mayoría de los civiles no se hubieran atrevido siquiera a bajar del helicóptero. Vamos con el resto, descansaremos un poco, nos lo hemos ganado.

El grupo se había detenido en un tramo en el que el pasillo se abría dejándoles un espacio más que suficiente para instalar una carpa militar de tamaño medio. Las luces de los soldados, que se afanaban en ultimar los detalles del campamento, recorrían aleatoriamente los muros de hielo que rodeaban la pequeña explanada reflejándose y creando una iluminación fantasmagórica de diferentes tonos que contrastaba con la oscuridad y dotaba al lugar de una extraña belleza.

La agente Romeo se acercó a recibir a la pareja de recién llegados.

—Me alegra verle de una pieza, señor Cohen —dijo deteniéndose frente al periodista.

—A mí también me alegra, créame. —La voz de Michael sonaba entrecortada por la fatiga.

—Parece que el paseo por Central Park se nos ha complicado un poco —dijo Torben—, pero nuestro amigo es más duro de lo que creía, se ha portado.

El danés remató su frase dando un par de palmadas en la espalda de Michael y se retiró para unirse a los trabajos junto al resto del equipo. La mujer acompañó al periodista hasta una tienda de almacenamiento donde este dejó su mochila. Seguidamente, se encaminaron hacia la carpa, que ya parecía completamente montada. A la entrada, uno de los soldados daneses les entregó una pequeña caja a cada uno.

—¿Qué es esto? —preguntó Michael.

—La comida, claro está —aclaró la agente.

El ambiente era cálido en el interior gracias a varios calefactores diseminados por la estancia. Los dos se sentaron en un rincón al fondo de la tienda.

La agente Romeo abrió su caja, dentro había una bolsa transparente, un paquete, un plato y cubiertos de plástico. Rompió el precinto de la bolsa e introdujo el paquete en su interior. Invitó con un gesto a Michael, que la observaba con curiosidad, a hacer lo mismo. La mujer vertió una pequeña cantidad de agua dentro de ambos envoltorios y les hizo un par de pliegues para cerrarlos. Para sorpresa del periodista, empezaron a hincharse creándose una especie de vapor en su interior. Pasados unos minutos estaban disfrutando de un plato de pasta que incluso tenía buen sabor y textura.

Torben entró en la carpa y se aproximó a ellos.

—¿Puedo acompañarles? —dijo al tiempo que tomaba asiento.

El danés se quitó las gafas y el pasamontañas, tenía el típico aspecto nórdico con la piel y el cabello muy claros, casi rozando el albinismo. Mientras su comida se calentaba, sacó una petaca y les ofreció un trago a sus acompañantes, que le dieron un buen lingotazo sin ni tan siquiera preguntar qué era.

—Dígame, señor Torben —dijo la agente Romeo—, ¿qué es lo que hay en el lugar al que nos dirigimos?

—En teoría no es más que un inmenso llano helado. Nunca he llegado hasta allí, siempre que he estado cerca me he visto obligado a evitarlo. Como supongo sabrán, es un sitio cuyo acceso está completamente restringido al más alto nivel. De hecho, no se nos ha informado de lo que nos encontraremos allí.

»Únicamente se nos ha dejado entrar bajo la condición de que mantengamos la más absoluta reserva sobre lo que veamos. Resulta curioso que esa inteligencia, o como quieran llamarlo, nos esté llevando precisamente a uno de los lugares más secretos que existen en mi país.

—Veo que le han informado de la naturaleza de nuestra misión —dijo la mujer.

—Realmente no conozco los detalles. Solamente que la misma entidad desconocida que fue capaz de secuestrar y posteriormente devolver al hijo de nuestra presidenta sin dejar el más mínimo rastro, nos envió de algún modo esas coordenadas. También se rumorea que podría estar relacionado con un extraño cacharro que vuela en nuestra órbita. Suena todo un poco a ciencia ficción, pero después de todo, bueno…, aquí estamos. ¿Saben ustedes algo más?

—Desconocemos quién o qué está detrás de esto. Tampoco tenemos ni idea de porqué nos está llevando a aquel lugar precisamente, aunque Michael, como experto en el tema, tiene una teoría.

El periodista levantó la mirada de su plato sorprendido y turbado por la repentina consideración de entendido que le acababa de otorgar la agente Romeo.

—¿En qué materia es usted experto exactamente? —Preguntó Torben.

—Soy periodista especializado en…, bueno…, creo que podríamos llamarles eventos insólitos.

—¡Vaya! Pues debe de ser usted muy bueno para que lo hayan traído hasta aquí. En mi país nadie toma en serio a ese tipo de reporteros. Son todos unos vendedores de humo, y con esto no quiero decir que usted lo sea, no se me ofenda.

—No me ofendo —dijo Michael esbozando una sonrisa—.

Muchos lo son, pero aún quedamos algunos que sentimos amor por nuestra profesión y, tristemente, acabamos siendo siempre los encargados de desenmascarar aquellas circunstancias falsamente consideradas como sobrenaturales.

—Y dígame, —El danés abrió su bolsa y vertió el contenido en su plato—. ¿Ha encontrado algún suceso que superase su criba?

—Bueno… —Michael cruzó una mirada cómplice con la agente Romeo—, creo que tal vez este asunto en el que estamos inmersos podría ser un buen candidato para superarla.

—¿Está diciendo que podríamos estar ante la evidencia de que existe vida inteligente ahí fuera? —inquirió Torben.

—En absoluto, no veo que esto tenga que representar la demostración de algo parecido. Si quiere saber mi opinión, no es necesaria ninguna prueba para afirmar que hay civilizaciones inteligentes fuera de nuestro planeta.

—¿De verdad? ¿Y eso, por qué?

—Bueno, solo hay que mirar los últimos cálculos efectuados al respecto. —Michael soltó su plato vacío y tomó un trago de agua—. Se estima que hay unos diez mil cuatrillones de estrellas en el universo, eso equivale a la cifra uno seguida de veintidós ceros. Este número resulta incomprensible para nuestros pequeños y poco evolucionados cerebros. Para que se haga una idea de lo que hablo, imagine la cantidad de granos de arena presentes en todas las playas de la Tierra; la suma de todos ellos, por increíble que parezca, representaría menos de la mitad de las estrellas que se considera que existen.

»Hoy en día está aceptado que la práctica totalidad de esos astros tienen planetas orbitando a su alrededor, al igual que los tiene nuestro Sol. No es difícil imaginar que muchos de ellos tienen la composición adecuada y la distancia apropiada para que se produzcan las condiciones que hacen posible la vida, y está claro que el número de planetas existentes de este tipo también representará una cifra incomprensible.

»Pensar que esta pequeña mota de polvo en la que vivimos es el único lugar donde la vida inteligente ha conseguido prosperar es una idea que sobrepasa los límites de la simpleza entrando de lleno en el reino de lo estúpido, y con esto no quiero decir que usted lo sea, no se me ofenda.

El danés se había quedado inmóvil, con la cuchara casi tocando su boca y una expresión de absoluta estupefacción. Paseó su mirada del periodista a la agente Romeo y de vuelta al periodista.

—Señor Torben, creo que se la acaban de devolver multiplicada por un cuatrillón —dijo la mujer.

Michael y la agente Romeo rompieron a reír a carcajadas; el danés tardó unos instantes más en superar su sorpresa pero finalmente

también se les unió.

—Tome otro trago señor Cohen, se lo ha ganado —dijo Torben ofreciéndole de nuevo la petaca al periodista, que aceptó el ofrecimiento de buen grado.

—Entiendo lo que dice, señor Cohen —dijo la mujer, aún tratando de controlar su propia risa—, pero aún así me cuesta aceptar que no seamos algo peculiar, que nuestra existencia se deba a una simple conjunción de circunstancias, pienso que el ser humano es algo más que eso.

—Y es lógico que lo piense, todos lo hacemos. Es algo que está grabado en nuestros genes; el hecho de considerarnos especiales es el producto de nuestra propia evolución, ese sentimiento nos ha ayudado a sobrevivir durante milenios. Pero es esa pasión por nosotros mismos la que nos hace percibir una realidad difusa, colocándonos en el centro de todo, como si fuéramos los seres amados de algún ente superior y nuestra propia consciencia e inteligencia fueran un don divino. Y es así también como inventamos el alma, como un modo de trascender a nuestro propio físico, una manera de hacernos creer a nosotros mismos que somos algo más que carne y huesos.

El danés ya ni siquiera era capaz de levantar la cuchara para echarse algo de comida a la boca, estaba completamente obnubilado escuchando al periodista.

—Existe una leyenda Inca —continuó Michael—, que cuenta que un Yañca, lo que ahora conocemos como un astrónomo, se lamentaba por la pérdida de un ser querido mientras contemplaba las estrellas desde su observatorio en el valle sagrado. Se preguntaba cómo era posible que los dioses que vivían en el firmamento y a cuyo estudio él había dedicado toda su vida hubieran permitido tal desgracia.

»Maldecía una y otra vez su mala suerte mientras observaba los astros en su espejo de agua. No se percató de que, en uno de sus movimientos, había pisado a una pequeña araña. Pasado un rato, se colocó en el lado opuesto del espejo y desde ahí pudo observar a un grupo de hormigas dándose un festín con lo poco que quedaba del maltrecho insecto. El hombre levantó un pié y lo giró con ayuda de sus dos manos para comprobar, al ver los restos en la planta de su calzado, que él había sido el culpable de la muerte de aquel ser.

»Por alguna razón, aquello le hizo pensar. No había tenido motivo para acabar con la vida de aquella criatura, ni el arácnido había cometido pecado alguno que le hiciera merecedor de semejante final, había sido un simple accidente provocado por lo irrelevante de aquel pequeño insecto a ojos de un enorme ser humano.

»El hombre sabio miró hacia arriba y observó la bóveda celeste, el hogar de aquellos seres superiores. Era enorme, y pensó que

seguramente era mucho más grande de lo que sus ojos podían ver, más de lo que jamás había imaginado. Fue en ese instante, observando aquel cielo infinito, cuando se sintió tan diminuto como la pequeña araña.

»Entonces se dio cuenta de algo que le inquietó y fascinó a partes iguales; tal vez era inútil preguntarse por qué aquellas deidades que habitaban en los cielos habían permitido la muerte de aquel ser amado. ¿Sería posible que la enormidad de aquellos dioses les impidiese también ser conscientes de que habían acabado con una insignificante vida humana? Probablemente los hombres les resultaban tan minúsculos que incluso ignoraban su existencia y quizá los pisoteaban sin percatarse de lo que estaban haciendo. Sin intención, sin maldad y sin odio. Simplemente con indiferencia.

—Es una leyenda un poco desalentadora —dijo la agente Romeo.

—Tal vez lo sea desde un punto de vista teológico, como el de aquel Yañca —admitió Michael—, pero no lo es tanto para una visión ateísta. Una vez retirados los dioses de la ecuación, únicamente nos queda el universo que nos rodea. Un cosmos del que formamos parte y cuya inmensidad nos convierte en criaturas irrelevantes; no somos ni sus favoritos ni sus elegidos, pero tampoco el blanco de su hostilidad.

Los tres permanecieron en silencio después de aquella última declaración. Torben, con la mirada perdida, asentía levemente con la cabeza. Uno no podía adivinar por su expresión si había tenido una revelación al escuchar al periodista o simplemente estaba tratando aún de coger distancia para ver completo el enorme panorama que acababan de poner ante sus ojos.

La agente Romeo, por su parte, bajó la cabeza y continuó comiendo. La expresión de su cara y sus ademanes revelaban algún tipo de conflicto respecto a lo que acababa de escuchar. Michael pensó que quizá había tocado alguna fibra sensible; jamás había hablado sobre religión con ella y, por algún motivo, había dado por hecho que una mujer como aquella no podía ser devota de religión alguna, probablemente se había equivocado.

—Bueno, voy a echar un vistazo ahí fuera —dijo Torben—, continuaremos nuestra marcha en poco rato.

—Le acompaño —Michael se apresuró a recoger su plato—, empieza a hacer demasiado calor aquí con este traje.

El periodista siguió al danés hasta el exterior. Las luces de la carpa iluminaban un rodal de unos cuantos metros alrededor y, superado este, todo estaba en penumbra. Torben se detuvo súbitamente nada más salir y colocó la palma de su mano sobre el pecho de Michael, que caminaba a su lado, para que no diese un paso más.

—¿Qué ocurre? —preguntó el periodista.

—He oído algo, quédese aquí.

El danés agarró su fusil de asalto y comenzó a caminar lentamente hacia la zona cubierta por las sombras hasta un punto en el que Michael tan solo era capaz de distinguir su silueta difuminada.

El periodista observó de pronto como aquel desdibujado contorno se detenía y levantaba ambos brazos a modo de rendición. Un instante después, un par de sombras de lo que parecían ser hombres armados salieron de la oscuridad y se dirigieron hacia Torben sin dejar de apuntarle.

Michael reaccionó dándose la vuelta, decidido a entrar de nuevo en la carpa para avisar al resto. Desistió en su intento al encontrarse, nada más girarse, con otras dos armas que le apuntaban. El periodista cerró los ojos y mostró las palmas de sus manos, estaba totalmente indefenso. No pudo evitar pensar que, tal vez, había llegado su hora.

Ya debían de estar cerca del vehículo, sin embargo Jnum sentía que probablemente no conseguiría llegar si seguían corriendo a ese ritmo. Comenzó a quedarse atrás y la chica volvió la cabeza hacia él.

—¿Estás bien? —preguntó.

Era increíble, él estaba a punto de caer rendido al suelo y a ella ni siquiera le temblaba la voz.

—No…, sé…, si lo…, conseguiré —respondió como pudo Jnum al tiempo que se deshacía de su cilindro que, a esas alturas, se había convertido en un pesado lastre.

—¡Vamos! Solo un último esfuerzo, si aminoramos estamos acabados.

Imane tenía razón. Un rato antes, Jnum había tenido que darle una larga explicación tendido en el suelo de aquel pasillo mientras ella le apuntaba. Eso les había hecho perder un tiempo precioso, aunque también había conseguido convencerla de no acabar con él y de unirse a la misión.

Lograron salir por los pelos del área de la milicia justo antes de que se activasen las alarmas. Alguien había encontrado a los malogrados mercenarios, así que tenían poco tiempo para llegar al coche y huir.

Había anochecido y sobre los muros que rodeaban la calle comenzaron a reflejarse algunos destellos de origen desconocido.

—¡Ya vienen! —dijo Imane apretando el ritmo.

Jnum echó un vistazo atrás y vio las ráfagas de luz. Debían de ser al menos tres o cuatro vehículos, aunque en la oscuridad no podía precisar a qué distancia se encontraban ni mucho menos su velocidad.

«Los tendréis encima en unos momentos, —Las palabras de Haekun cayeron como una enorme losa sobre el ya derrotado Jnum que solo luchaba por no caer desmayado—, echaos a un lado a mi señal, avisa a la chica».

El muchacho hizo un último y titánico esfuerzo para acortar la distancia que le separaba de Imane y se colocó a su lado, no le quedaba aliento para hablar.

«¡Ahora!».

Jnum se abalanzó sobre ella y ambos rodaron por el suelo hasta el lateral de la calle. El vehículo sin luces que venía en sentido contrario pasó casi rozándoles, hizo un agresivo giro de ciento ochenta grados y avanzó hasta detenerse a su altura.

«¡Arriba! ¡Rápido!».

El muchacho tardó unos instantes en darse cuenta de que el automóvil era el mismo que le había traído hasta aquel lugar. Cogió

de la mano a la chica, que aún estaba tratando de entender lo que acababa de ocurrir, y ambos se levantaron y corrieron hacia el coche que arrancó a toda velocidad en cuanto estuvieron en su interior.

«Siento la brusquedad —dijo Haekun—, estaban a punto de cogeros y he tenido que acercar el vehículo más de lo que habría sido deseable, no podía usar luces porque eso habría delatado vuestra posición. Aún estaban a bastante distancia, así que lo más probable es que no os hayan visto con esta oscuridad».

Jnum se giró y observó como aquellas luces se iban alejando poco a poco hasta desaparecer.

«Creo que estáis a salvo —continuó el gigante—, en seguida os explicaré el plan, pero necesito unos momentos para conectarme al dispositivo de Imane».

Al joven científico le estaba costando recuperar el aliento, no recordaba haberse sometido a un esfuerzo semejante en toda su vida. Imane le observaba desde su sitio.

—¿Te encuentras bien, Jnum?

El muchacho, desparramado en su asiento e incapaz de hablar, asintió con la cabeza a la par que mostraba la palma de su mano pidiendo tiempo.

«¿Puedes oírme Imane? —La voz del Haekun sorprendió a la chica, que dio un pequeño respingo».

—Alto y claro —contestó.

«Perfecto, ahora que tengo comunicación con ambos os expondré el plan: como ya le he explicado a Jnum, la única manera de parar la cuenta atrás es acceder al bloque principal, os dirigís allí en este momento. Una vez dentro deberéis llegar hasta una zona contigua a la sala de trabajo de Folken para desactivar el módulo de seguridad de red».

—Y ¿cómo haremos eso? —preguntó Imane.

«Yo os guiaré, es un procedimiento sencillo. Hecho esto, tendréis que encontrar un modo de acceder a la sala de trabajo, es imposible abrirla desde aquí. Ya en el interior, solo quedará sustituir un componente de uno de los paneles. Como habréis desactivado el módulo de seguridad previamente, el sistema ni se enterará del cambio. Esta última acción devolverá a Jnum el acceso a su proyecto, de ese modo podrá detener la simulación genética».

—De acuerdo —dijo el muchacho aún jadeando—, y ¿con qué se supone que debemos sustituir ese componente?

«¿Recuerdas el pequeño botón metálico que guardaste en tu traje?».

Jnum palpó sobre su muñeca y comprobó aliviado que el dispositivo seguía ahí debajo.

—¿Puedes contactar con el exterior? —preguntó Imane—. Nos

vendría muy bien algo de ayuda.

«Estoy en ello, creí que sería un proceso más lento pero, aunque no puedo prometeros nada, estoy haciendo grandes avances. Tal vez podáis contar con ese apoyo después de todo».

—Bien, y ¿cómo accedemos al edificio? —dijo la chica—, supongo que habrán reforzado la vigilancia.

«Hay guardias custodiando la entrada de vehículos, tendréis que neutralizarlos».

—¿Y las cámaras?

«No te preocupes por eso, yo me encargaré de ocultar vuestra presencia. Solo tenéis que buscar un modo de acabar con esos soldados. Debéis daros prisa, hay movimiento en la red; eso significa que han detectado actividad sospechosa y están tratando de localizar el punto de origen, es solo cuestión de tiempo que me encuentren. Sabía que mis tejemanejes acabarían llamando la atención pero no pensé que sería tan pronto».

En los alrededores del edificio de Folken todo estaba en calma, el personal del complejo había sido advertido de que en ningún caso debían acercarse al lugar. Tres mercenarios custodiaban la entrada de vehículos, una dotación más que suficiente para el tamaño de aquel acceso.

A pesar de todas estas ventajas, los vigilantes permanecían en un estado de inusual alerta. Se había activado el nivel máximo de alarma, así que no quitaban la vista de todo lo que había a su alrededor. Tampoco hablaban entre ellos excepto lo estrictamente necesario para cumplir con sus funciones ni se permitían ninguna otra actividad que pudiera suponer una distracción.

A lo lejos, en la avenida principal, comenzó a vislumbrarse una luz lejana. Parecía de un vehículo y, a juzgar por cómo aumentaba de tamaño, debía estar acercándose a gran velocidad. Los soldados, sorprendidos por lo que estaban viendo, se miraron unos a otros durante un instante e inmediatamente se colocaron en posición de defensa apuntando hacia el automóvil con sus armas-cilindro.

Una vez el coche estuvo lo suficientemente cerca, descargaron toda su potencia de fuego. La carrocería del vehículo comenzó rápidamente a llenarse de enormes agujeros, saltaron chispas y trozos de metal en todas direcciones, pero el automóvil siguió adelante sin variar ni un ápice su dirección.

Cuando ya lo tenían casi encima, los tres mercenarios no tuvieron más opción que apartarse para evitar ser atropellados. El vehículo cruzó el umbral del acceso y los vigilantes se apresuraron a asomarse para seguir disparando hacia su objetivo, cometiendo así un

grave error que iba a impedirles percatarse del peligro que se les venía encima, a sus espaldas.

Habría sido un suicidio hacer el trayecto dentro de aquel kamikaze. Por eso Imane lo había hecho enganchada a un asidero del exterior de la parte trasera del coche, mientras que Haekun lo guiaba hacia la entrada del edificio. Justo antes de llegar a la altura de los guardias, el gigante había aminorado ligeramente la velocidad y dado la señal a la chica, que había saltado y rodado hasta situarse justo detrás de los distraídos soldados, que se afanaban en seguir agujereando el automóvil concentrando el fuego hacia el interior del edificio.

Dos de los mercenarios estaban situados a la izquierda del acceso y el restante a la derecha. Imane había sido entrenada para enfrentarse a ese tipo de situaciones, así que no tuvo siquiera que pensar cómo actuar cuando se incorporó aprovechando el último empujón de inercia tras haber dado varias vueltas sobre el pavimento. Corrió directamente hacia la pareja de la izquierda.

Sabía que debía terminar al menos con el primero de ellos sin abrir fuego para no alertar a los otros dos. Hizo perder el equilibro al que estaba más cerca mediante una llave, cayendo este de espaldas al suelo, para seguidamente asestarle un fuerte y mortal golpe en la garganta a través de la pequeña apertura que quedaba entre su armadura y el casco. Tan solo un instante después, su compañero, que no se había percatado de nada al estar algo más adelantado, recibió una fuerte patada en la espalda que lo dejó tumbado boca abajo.

El tercer soldado solo tuvo tiempo de ver por el rabillo del ojo un movimiento extraño a su izquierda y recibió un disparo antes de poder reaccionar. La chica dirigió entonces su atención y su arma de nuevo hacia el que había quedado echado sobre su vientre para descubrir que aún estaba consciente, se había girado y apuntaba su cilindro hacia ella. Saltó por encima de él tratando de salir de su campo de visión, y la estela del tiro pasó casi rozándole una pierna. Consiguió colocarse en el lugar deseado y disparó antes de que el mercenario pudiera volverse hacia ella.

—Tenemos vía libre, ya puedes venir, Jnum —dijo mientras arrancaba el arma de la mano del soldado.

El muchacho apareció por una bocacalle de la avenida y corrió hacia donde estaba Imane. Se detuvo frente a la entrada al contemplar la escena. Aquello le impresionó más de lo que esperaba, no solo por los cadáveres sino por la demostración de fuerza que representaba. Tres mercenarios bien entrenados y corpulentos yacían muertos en el suelo mientras que la chica delgada y menuda que les había hecho sucumbir estaba allí de pie sin un solo rasguño.

—Toma, lo necesitaremos —Imane le lanzó el arma del

vigilante a Jnum—. ¡Vamos, no perdamos tiempo!

Gracias a la ayuda de Haekun consiguieron llegar sin dificultad a la zona contigua a la sala de Folken. Era una estancia cuyas paredes estaban llenas de cajetines, todos exactamente iguales.

—¿Cuál de ellos es? —preguntó Jnum.

«Haz un barrido lentamente con la mirada y te señalaré el correcto», dijo Haekun.

El muchacho fue caminando por la habitación tratando de no dejar ni un solo rincón fuera de su ángulo de visión. Un punto verde apareció ante ante sus ojos señalando una de las cajas.

«Ese es el que debéis abrir —confirmó el gigante—, hay que darse prisa, no tenemos demasiado tiempo antes de que la siguiente patrulla pase por ahí».

Jnum se acercó al cajetín, Imane lo observaba desde atrás.

—¿Cómo lo abro?

La imagen de Haekun se amplió dentro del campo de visión de Jnum.

«Hay cuatro marcas en la parte superior de la carcasa, ¿puedes verlas?».

—Sí, las veo.

«Debes colocar los dedos desde el índice hasta el meñique de la mano derecha sobre ellas, de este modo; —El gigante mostró su mano con la palma hacia abajo y los cuatro dedos flexionados—. Con la mano izquierda tendrás que hacer lo mismo sobre las marcas del lateral, —Haekun colocó también su mano izquierda como si tuviera la caja frente a él—. Cuando estés en esta posición aprieta ligeramente los dedos corazón y anular de ambas manos y empuja, oirás un clic y la tapa saldrá».

Jnum siguió al pie de la letra las instrucciones pero no ocurrió nada, así que hizo un segundo intento; el resultado fue el mismo.

«Date prisa Jnum, la patrulla está al caer».

—¿Qué ocurre? —Preguntó Imane.

—No se abre, no sé por qué.

—¿Lo estás haciendo como te ha dicho Haekun?

—¡Claro que sí! Espera, lo intentaré otra vez.

El muchacho hizo una tercera tentativa infructuosa.

—Déjame a mí —dijo la chica apartando a un lado al joven científico.

Sin pensárselo dos veces, Imane comenzó a golpear fuertemente la caja con su arma. Al tercer impacto, la tapa cayó dejando a la vista el interior de la carcasa en la que únicamente había una pequeña pantalla táctil.

«Bueno, sin duda ese es otro modo válido de hacerlo —dijo Haekun, agarrando aún su imaginaria caja con las dos manos—.

Jnum, tienes que insertar este código, ¡rápido!».

El muchacho fue tecleando cada uno de los números y símbolos que Haekun había puesto ante sus ojos. Le costó un buen rato finalizar aquella interminable y enrevesada serie pero finalmente pulsó sobre el último carácter y el color verde de fondo del monitor se tornó rojo.

«La luz roja significa que la seguridad de red está desactivada, colocad la tapa y salid de ahí. Imane, tú ya conoces el edificio, no debéis ir por la ruta más corta sino dar un rodeo por los corredores exteriores. Si os dais prisa no os toparéis con ninguna patrulla en todo el trayecto hasta la sala de trabajo de Folken».

Salieron corriendo de la estancia y comenzaron a atravesar una interminable serie de pasillos. Jnum trataba, a duras penas, de no quedarse demasiado atrás.

«Cuando entréis a la sala deberéis ir directos al terminal que está en la pared del fondo. Lo reconoceréis en seguida, tiene un llamativo marco de color violeta alrededor. Al haber desactivado la protección, podréis abrirlo sin problemas. La pieza que hay que sustituir está justo en el centro del cuadro».

—Aún no sé cómo nos las vamos a arreglar para entrar —dijo Imane.

«Tal vez pronto dispongáis de ayuda, estoy a punto de conseguir establecer la conexión con el exterior».

—Eso… es… estupendo —consiguió decir Jnum, casi sin resuello.

«Hay un almacén de mantenimiento vacío cerca del acceso a la sala, os lo he abierto».

—Lo conozco, lleva tiempo sin usarse —dijo la chica.

«He desactivado el bloqueo de la puerta, tendréis que abrirla manualmente. Allí podréis ocultaros hasta que llegue la ayuda o encontréis un modo de acceder».

Varios fuertes golpes retumbaron procedentes del refugio de Haekun.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Imane.

«Ya están aquí —dijo el gigante—, me han encontrado, no tardarán en conseguir forzar la puerta».

—¡Tienes que salir de ahí! —dijo Jnum.

«No hay otra salida, tengo que conseguir enviar las coordenadas antes de que entren, solo necesito unos instantes más, ya casi está».

Imane se detuvo delante de una puerta, cogió el asidero y empujó. La resistencia que ofrecía era mayor de lo que esperaba y solo consiguió una pequeña abertura entre el marco y la hoja. Únicamente cuando el rezagado Jnum llegó al lugar y le ayudó, lograron abrir un

hueco suficiente por el que ambos pudieron entrar .

El muchacho, aún jadeando fuertemente, se sentó en el suelo del almacén con la espalda apoyada en la pared. Podía ver a Haekun manejando su interfaz. A juzgar por sus ademanes y el rápido movimiento de sus ojos, la mente del gigante debía estar funcionando a toda velocidad.

«He puesto en bucle todas las cámaras del tramo que os resta hasta la sala de Folken, tendréis vía libre cuando averigüéis cómo entrar —dijo Haekun sin parar de teclear—, también he programado la desconexión de esta transmisión para que no puedan rastrear vuestra posición, dentro de un momento perderemos la comunicación».

Los golpes fueron subiendo en intensidad hasta que, de pronto, cesaron. Jnum pudo ver como el gigante, sorprendido por este hecho, se detenía, echaba un rápido vistazo hacia la puerta y, un instante después, continuaba pulsando los controles de su consola con más rapidez aún.

«Creo que ese silencio no es buena señal. Ya casi lo tengo, el mensaje con las coordenadas está listo para enviarse. Por favor…, solo un poco más…, solo un poco…».

Se produjo una explosión y el refugio de Haekun se llenó de un espeso humo negro. Jnum no pudo ver nada durante unos instantes dentro del pequeño marco que hasta ese momento había estado mostrándole la imagen del lugar. La oscura nube se fue disipando y le permitió vislumbrar, justo antes de que la comunicación se cortase, el cuerpo ensangrentado e inerte del gigante en su asiento.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Imane.

Jnum cerró los ojos y se llevó las manos a la cabeza, era incapaz de articular palabra.

—¿Qué ha pasado, Jnum? —volvió a insistir la chica alzando la voz.

—Haekun ha muerto, estamos solos.

Imane dio un resoplido y se sentó junto al muchacho. Ambos permanecieron en silencio durante unos minutos, cada uno por un motivo distinto: para Jnum, aquellos momentos de desconexión eran producto de un sistema de defensa que su propio cerebro había puesto en marcha al margen de su voluntad, demasiada tensión y emociones para un solo día. Imane, por su parte, se devanaba los sesos pensando en un modo de entrar a la sala y cumplir con su objetivo.

—¿Crees que ha tenido tiempo de pedir ayuda al exterior antes de morir? —preguntó por fin la chica.

—Es posible, parecía estar a punto de conseguirlo.

—Nos vendría bien, no sé como nos las vamos a arreglar para entrar allí.

—Bueno, lo que has hecho con los guardias del acceso al edificio ha sido muy impresionante. —Jnum esbozó una tímida sonrisa—. Podrías repetirlo.

—Ojalá fuera tan sencillo. Habrá varios soldados vigilando la entrada, estarán apostados en la antesala. Es un espacio amplio, por lo cual nos verán venir si intentamos aproximarnos, tendrán tiempo de sobra para acabar con nosotros. Además, la puerta estará cerrada, solo los miembros de la milicia poseen códigos que les permiten acceder manualmente a cualquier lugar del complejo. La única manera de entrar es reducir a los guardias y obligarlos a abrirnos, una tarea bastante complicada teniendo en cuenta que ni siquiera podremos acercarnos a ellos.

—En ese caso, tal vez debamos resignarnos y confiar en que Haekun haya enviado el mensaje. —Jnum se puso en pie y comenzó a recorrer la estancia—. ¿Qué es este lugar?

—Se supone que aquí se iba a habilitar una cocina exclusivamente para preparar la comida de Folken. De ese modo se evitaría que tuvieran que traerla desde la planta baja.

Jnum se volvió hacia Imane y la miró con extrañeza.

—Lo sé, es muy raro —continuó la chica—. Folken, como muchos otros genios, vive atormentado por innumerables obsesiones. Una de ellas es su extremo escrúpulo en lo que se refiere al procesado de los alimentos que va a consumir. Él mismo realizó el protocolo que debían seguir todos los implicados en la preparación y distribución… —Imane se quedó repentinamente en silencio—, espera un momento…, puede que…, —La chica se puso en pie, se dirigió hacia la salida y abrió un ventanillo corredero practicado en la puerta, a la altura de los ojos, para observar el pasillo exterior—. Creo que ya sé cómo vamos a entrar.

No se trataba de soldados. Los dos hombres que Michael tenía delante parecían más bien nativos de aquel lugar. El periodista no era ni mucho menos experto en armas pero las que portaban aquellos aborígenes le parecieron rifles de caza.

Los dos hombres obligaron a Michael a alejarse de la carpa y lo colocaron al lado de Torben, al que ya habían despojado de su fusil de asalto.

—¿Quiénes son? —susurró el periodista.

—Son inuits, aunque de un tipo poco común. Mucho más aislados de la civilización de lo que suelen estar estos grupos.

—Por lo que veo, no lo suficientemente aislados como para no tener armas de fuego.

—Hacen visitas esporádicas a pequeñas poblaciones cercanas para hacer intercambios, pero pueden pasar años sin tener contacto con nadie ajeno a su clan. En alguna ocasión me he cruzado con ellos mientras recorría esta zona, no son agresivos, les preguntaré qué quieren.

El danés comenzó a hablarles en kalaallisut, el idioma de la zona. Lo hizo en un volumen muy superior al que sería necesario y, debido a ello, recibió una inmediata respuesta en forma de cañón de rifle posado en su cuello. Torben adquirió en seguida una pose más sumisa y susurró un par de palabras más a los esquimales.

A Michael le pareció una temeridad por parte del danés, pero también pensó que tal vez aquella fuese la única forma de avisar al resto del grupo, que aún se encontraba en el interior de la tienda.

Dos de los Inuits se aproximaron a la entrada de la carpa, se colocaron a ambos lados de la puerta y abrieron tímidamente la lona. Uno de ellos se asomó para echar un vistazo en el interior y acabó entrando seguido por su compañero. Pasados unos segundos, ambos hombres salieron y comunicaron algo al resto.

—Dicen que no hay nadie —dijo Torben sonriendo de soslayo a Michael—, que hay enseres de más personas pero que probablemente han huido por la puerta trasera de la tienda.

Como aparecidos de la nada, el grupo de estadounidenses y soldados daneses rodeó a los inuit, que comenzaron a gritar y a amenazar con más vehemencia a los dos cautivos al percatarse de la nueva amenaza que se cernía a su alrededor.

Algunas luces provenientes de los cascos de los soldados se encendieron, iluminando y deslumbrando a los esquimales y a los dos rehenes. La agente Romeo, con su fusil en ristre, se acercó lentamente hasta quedar dentro de la zona iluminada y a cierta distancia de los intrusos.

—¿Quién es toda esta gente, señor Torben? —preguntó.

—Es un grupo inuit de la zona.

—He oído que hablaba usted su idioma, pregúnteles qué quieren.

El danés formuló la pregunta. El único miembro del grupo esquimal que iba desarmado se adelantó, era una mujer menuda y de cierta edad. Se detuvo a unos metros de la agente Romeo y comenzó a hablar.

—Dice que no podemos seguir adelante —tradujo Torben—, que el hombre blanco ya ha ofendido bastante a los dioses *Inua*. Por lo visto, el lugar al que nos dirigimos es sagrado para ellos, una especie de santuario o cementerio, no entiendo bien lo que quiere decir.

—¿Quién es ella? —preguntó la agente Romeo—, ¿es su líder?

—Es la chamana del grupo, esta gente suele elegir a mujeres entradas en la menopausia como sus guías espirituales. Consideran que tienen poderes especiales.

—Pues ya le puede decir que yo no tengo poderes especiales —continuó Romeo—, pero sí que he entrado en la menopausia y me resulta complicado aguantar demasiadas gilipolleces. Vamos a seguir nuestro camino lo quieran o no; dígale que les superamos en número y que todos los presentes somos asesinos profesionales, pasaremos por encima de sus cadáveres si hace falta.

El danés apenas había comenzado a traducir las duras palabras de la agente cuando Michael le interrumpió.

—Espere, no lo haga. Dígale que no venimos a ofender a sus *Inua*, también somos creyentes, no romperemos ningún tabú ni haremos daño alguno.

Torben miró a Kate Romeo a la espera de una decisión. La agente observó al periodista unos instantes y, tras soltar un resoplido, volvió su mirada de nuevo hacia el danés y asintió con la cabeza.

El tono de voz de Torben se volvió más conciliador mientras transmitía el improvisado mensaje de Michael a la chamana. Tras escucharle, la mujer se volvió hacia el periodista e inspeccionó detenidamente su aspecto antes de soltar una breve respuesta.

—Pregunta si es usted un hombre santo.

—Dígale que lo soy.

La agente Romeo le lanzó una mirada inquisitiva a Michael, estaba desconcertada y no alcanzaba a adivinar las intenciones del periodista.

—Dice que no parece un hombre santo, no ve la mano de los dioses en usted.

—Dígale que los dioses me hablan, se lo puedo demostrar.

—¿En serio quiere que le diga eso? —preguntó Torben.

—Completamente en serio, hágalo.

Tras escuchar a Torben, la chamana señaló con su mano a Michael a la vez que asentía, invitándole así a probar que lo que decía era cierto.

El periodista, previa autorización de la mujer, se dirigió hacia la tienda de almacenamiento acompañado de uno de los hombres inuit, que no dejaba de apuntarle con su rifle, y volvió con dos pequeños blocs y dos lápices. Le entregó uno de los juegos a la chamana, se quedó con el otro y comenzó a explicar en qué iba a consistir su demostración.

—He sido bendecido con el don de hablar con las deidades. —El tono de voz de Michael era claro y firme, parecido al que usan los predicadores—. Para ellas, el tiempo no existe, por tanto pueden hablarme de lo que fue y también de lo que será. Ruego a la divinidad, aquí y ahora, que me desvele el futuro próximo.

Michael cerró los ojos y comenzó a inhalar y exhalar profunda y ruidosamente. Torben tradujo las palabras del periodista y seguidamente miró a la agente Romeo en busca de una explicación para aquello. La agente, sin dejar de apuntar con su fusil, se limitó a encogerse de hombros y negar con la cabeza, dejando a las claras que aquello también era nuevo para ella.

Súbitamente, el periodista hizo una última y más estridente exhalación y comenzó a dibujar en su cuaderno. Tardó escasamente unos diez segundos en finalizar y se llevó el lápiz a un bolsillo del traje. Colocó sobre su pecho el bloc, sujetándolo con ambas manos por sus extremos de modo que el dibujo que acababa de realizar quedase oculto.

—Señor Torben, dígale a la mujer que dibuje cualquier cosa que se le ocurra.

La chamana escuchó al danés, le lanzó a Michael una mirada suspicaz, y comenzó a hacer algunos tímidos trazos en el cuaderno. Cuando estuvo satisfecha, se detuvo y asintió con la cabeza.

—Enséñenos lo que ha dibujado —dijo Michael mientras el danés traducía.

La mujer mostró la hoja garabateada, en ella podía verse una línea horizontal sobre la que se apoyaban tres figuras con forma humanoide, dos de las cuales parecían ser adultos y la tercera, un niño. Sobre ellos había un círculo, tal vez representando al Sol.

—Es una bonita estampa. —El periodista hizo una pausa y sonrió gentilmente a la mujer—. Aunque debo decir que para mí no ha sido ninguna sorpresa, yo ya sabía exactamente lo que iba a dibujar.

Michael apartó el bloc de su pecho y lo giró para mostrar el dibujo que había hecho previamente, era una versión casi exacta del realizado por la chamana, aunque con un trazo bastante menos cuidado. Se oyó un murmullo de sorpresa proveniente de algunos de

los presentes. Torben, con un gesto de total estupefacción, giraba la cabeza llevando su mirada de uno de los cuadernos al otro mientras la mujer inuit, visiblemente desconcertada, se acercaba al periodista para observar la ilustración más de cerca.

Una vez lo hubo revisado, la chamana extrajo el lápiz del bolsillo de Michael y lo inspeccionó cuidadosamente. Arrancó las hojas dibujadas de ambos blocs y le devolvió al periodista uno de ellos junto con su correspondiente lapicero. A Michael le hizo gracia percatarse de que la mujer había puesto buen cuidado en intercambiar los juegos, devolviéndole el que antes había usado ella en un inocente intento de desenmascarar el truco que pudiera haber detrás de aquel prodigio.

La inuit se alejó de nuevo del periodista y, con un gesto de su mano, le invitó a que repitiera la proeza. Michael volvió a hacer exactamente la misma rutina, resuellos incluidos. Cuando llegó su turno, la mujer realizó un nuevo dibujo, esta vez invirtió más tiempo en su realización. El periodista pensó que el motivo de aquella demora respondía sin duda a un afán por parte de la chamana de realizar un boceto mucho más complicado que el primero.

Cuando por fin lo mostró, se confirmaron las sospechas de Michael. La mujer había dibujado un *Inukshuk*, un típico monumento lítico Inuit con una forma parecida a la del ser humano. Cada piedra que formaba parte de la fisonomía de la estatua, había sido perfilada con detalle por la chamana. Además, había incluido algo parecido a un asterisco en la parte superior derecha del folio y una especie de flecha o arpón en la parte inferior.

Michael, sin separar el bloc de su pecho, observó la ilustración durante unos instantes, esbozó una sonrisa y volvió su mirada hacia la mujer.

—Ese es un dibujo mucho más elaborado que el anterior —dijo mientras Torben traducía—, pero la cantidad de detalles es irrelevante. No existe nada, pasado, presente o futuro, que pueda escapar a la todopoderosa mirada de los dioses, y ellos hablan a través de mí.

El periodista enseñó su dibujo que, una vez más, era asombrosamente similar al de la inuit. Las piedras, el asterisco y la flecha, todo estaba justo en el mismo lugar en el que ella lo había plasmado.

La chamana, con gesto exacerbado, se dirigió de nuevo hacia Michael y no se detuvo hasta estar a escasos centímetros de él. Comenzó a observar su rostro de cerca, lo hacía lenta y meticulosamente, como si estuviera tratando de encontrar algún mensaje oculto tras el más mínimo rasgo facial del hombre que tenía delante. Prolongó su búsqueda durante un par de minutos,

transcurridos los cuales, comenzó a hablar mientras Torben traducía.

—No puedo dar una explicación a lo que mis ojos han visto, ojalá pudiera. Pero de algo estoy segura, no ha sido obra de dioses sino del hombre que tengo delante. Has demostrado un gran talento pero, desde luego, no eres la voz de los *Inua*.

»Aún así, entiendo el motivo por el que has hecho todo esto. —La mujer colocó su mano en la mejilla de Michael—. Te has esforzado y arriesgado para salvar nuestras vidas, incluso sabiendo que mis hombres y yo estamos en clara inferioridad. Puede que no seas un hombre santo pero percibo la bondad en ti. Nos iremos en paz y dejaremos que sigáis vuestro camino, confío en que respetarás aquel sagrado lugar.

La mujer se dio la vuelta y caminó hacia el desfiladero por el que el grupo americano había llegado hasta la explanada. El resto de los inuit bajaron sus armas y la siguieron en silencio hasta que todos desaparecieron en la oscuridad de la garganta.

—Un truco increíble —dijo Torben acercándose al periodista.

—Hemos tenido bastante suerte —aclaró Michael—, es una mujer muy inteligente, no se ha dejado engañar.

—Sea como sea —interrumpió la agente Romeo uniéndose al grupo—, ha funcionado. Hemos salido de este aprieto sin tener que lamentar ni una sola víctima, y todo gracias a usted.

—Bueno…, —El danés recogió su fusil del suelo, donde lo habían dejado los inuit al marcharse, y se lo colgó—. ¿Nos va a decir cómo lo ha hecho?

—Es un viejo truco, usado en espectáculos de magos mentalistas por todo el mundo. También es uno de los favoritos de todo tipo de estafadores, líderes de sectas destructivas, falsos predicadores y un largo etcétera. Es muy sencillo y a la vez muy eficaz.

Michael levantó las manos y mostró las yemas de sus pulgares. Sobre ellas podían verse un par de puntos negros que no eran otra cosa que dos pequeños trozos de grafito. Al mirarlos más de cerca, la mujer y el danés, pudieron observar que estaban sujetos por sendas gomas transparentes que rodeaban los dedos.

—La rutina, como les digo, es muy sencilla —continuó el periodista—. Simplemente hay que dejar la hoja en blanco mientras se hace ver que se dibuja con el lápiz y, una vez hecho esto, colocar el bloc sobre el pecho de este modo.

Michael cogió uno de los cuadernos y lo colocó como había explicado, poniendo buen cuidado en dejar sus dos pulgares entre su cuerpo y el folio en blanco.

—Luego simplemente hay que indicarle a la otra persona que dibuje cualquier cosa que imagine para, posteriormente, pedirle que la

enseñe. Nadie que desconozca el truco pone reparos en mostrar su dibujo en primer lugar, ya que todos dan por hecho que el dibujo del ilusionista ya ha sido realizado con anterioridad y que no hay manera de modificarlo teniéndolo sujeto de ese modo. Llegados a este punto, simplemente hay que ganar algo de tiempo haciendo algún comentario que ayude a magnificar la ilusión mientras se copia el dibujo con los pulgares que están ocultos tras el bloc.

Tanto el danés como la agente sonrieron visiblemente ante la sencillez de aquel engaño. Torben cogió el otro cuaderno y se lo colocó sobre el pecho.

—No debe de ser fácil realizar el dibujo con los pulgares y sin ver lo que se está haciendo —dijo.

—Pruébelo algún día, le sorprenderá comprobar lo fácil que resulta. Evidentemente no saldrá ninguna obra de arte, pero su dibujo será lo suficientemente bueno como para no dejar lugar a dudas sobre sus similitudes con el original.

—Menudo embaucador está usted hecho —dijo Torben entre risas.

El grupo de militares recogió el campamento en lo que, a juicio de Michael, fue un tiempo récord. Una vez hecho esto, continuaron su camino a través de la grieta.

Les llevó unas dos horas más llegar al final del desfiladero. Fuera de él parecía que el mal tiempo había dado una tregua.

Ante ellos había una suave bajada que desembocaba en una enorme planicie. A lo lejos, en el suelo, podían vislumbrarse miles de bultos diseminados por toda la llanura pero la escasa visibilidad y la distancia impedían identificar qué eran.

El grupo descendió sin dificultades los apenas cien metros de ladera que les separaban del páramo y se detuvo. Torben sacó un artefacto de su bolsillo y, tras hacer algunas comprobaciones, dirigió su mirada hacia la agente Romeo y asintió con la cabeza.

—Grupo ártico a control —dijo la mujer alzando la voz—, les habla la agente Romeo, hemos entrado en el perímetro de la zona fijada.

—Se retrasan, ¿y si no aparecen?

—Lo harán, no te preocupes. —Imane observaba el pasillo desde la pequeña abertura de la puerta—. Tanto Folken como los esbirros que están atrincherados junto a él siguen siendo humanos, aunque no lo parezcan, así que tienen que alimentarse.

—Pues espero que lleguen pronto. No tengo acceso a la cuenta atrás pero calculo que no nos queda demasiado tiempo.

La chica, sin apartar la mirada del ventanillo, resopló provocando que unos cuantos cabellos de su flequillo ondeasen durante unos instantes y volviesen a posarse de nuevo suavemente sobre su mejilla.

Jnum observaba maravillado la escena. Un simple gesto, producto del hastío, que para él alcanzaba el rango de arte en movimiento por el simple hecho de estar protagonizado por ella.

Por unos instantes, el muchacho se vio transportado a otra realidad en la que aquella desafortunada situación no se había producido. Una en la que Imane no era más que una empleada de Folken, una en la que ambos habían tomado aquella copa y simplemente se habían despedido antes de volver a sus quehaceres. Puede que aquel adiós hubiese incluido un beso y la promesa de repetir tan maravillosa cita, tal vez aquello podría haber sido el principio de algo más.

Jnum se obligó a sí mismo a volver a la realidad. Pensó en lo que una simple imagen había sido capaz de evocar en su mente y se sintió algo ridículo y vulnerable al mismo tiempo.

—Creo que ya vienen —dijo la chica observando a las dos lejanas figuras que se acercaban por el corredor—, quédate aquí y no hagas nada, apártate de la puerta.

Imane salió al pasillo sin dar más explicaciones a un desconcertado Jnum que, incluso sin apenas haber escuchado las instrucciones de la chica, no tuvo problema en cumplirlas a la perfección. El miedo le impedía asomarse para ver qué pasaba en el exterior, ni tan siquiera se sentía capaz de moverse.

Un grito ahogado resonó en la galería. Al instante, algo golpeó fuertemente la puerta y, acto seguido, un hombre enfundado en un extraño traje de una sola pieza y con el rostro tapado parcialmente por una mascarilla, irrumpió en la sala cayendo de bruces a los pies del joven científico. Unos segundos después entraba Imane encañonando con su cilindro a un segundo hombre igualmente ataviado. Una vez estuvieron dentro, la chica golpeó con fuerza la cabeza de su prisionero, que cayó inconsciente al lado de su compañero.

Jnum estaba a punto de decir algo pero Imane le hizo desistir

con un gesto; el chico entendió al instante lo que ocurría. Aquellos dos empleados llevaban puestos sus implantes, si hablaban en su presencia el sistema reconocería sus voces e informaría de inmediato a la milicia.

La chica comenzó a despojar de su mono a uno de los hombres e indicó mediante gestos a Jnum que tenía que hacer lo propio con el otro. Ambos se enfundaron los trajes, Imane tuvo que adaptar el tamaño de la prenda a su estatura doblando los bajos del pantalón y las mangas hacia el interior en un intento de ocultar al máximo el hecho de que aquella prenda no era en absoluto de su talla. Se colocaron sendas mascarillas y salieron al pasillo donde les esperaba un enorme carro con varios cajones precintados.

—Toda esta parafernalia es algo exagerada para un acto tan nimio como llevarle la comida a Folken —Dijo Jnum.

—Ya te dije que es extremadamente escrupuloso en lo que se refiere a este tema. Con un poco de suerte convertiremos esa obsesión en la vulnerabilidad que nos dará acceso a la sala. Tú te situarás atrás, empujando el carro, colócate tu cilindro y ocúltalo tras el cajón para que los guardias no puedan verlo. Yo iré delante, en cuanto veas que actúo, quiero que apuntes al que te quede más cerca, pero no dispares.

La pareja comenzó a recorrer el largo corredor que acabó llevándoles a la antesala, donde cuatro soldados custodiaban el acceso al lugar de trabajo de Folken. Dos de ellos se adelantaron y detuvieron a la pareja a unos pocos metros de la puerta. Imane tuvo que hacer un gran esfuerzo para conseguir que el cilindro que llevaba oculto entre el carro y su espalda les pasase desapercibido.

Uno de los milicianos adelantados se dedicó a pasear insistentemente su suspicaz mirada sobre los recién llegados. El otro se inclinó para examinar de cerca el contenido del carro sin saber que aquel sería el gesto que poco después le costaría la vida.

Como activada por un resorte invisible, Imane inició la ofensiva. Con un rápido movimiento y usando únicamente sus piernas, inmovilizó al guardia agachado aplicándole una llave estranguladora al tiempo que le descerrajaba un disparo al otro y quedaba finalmente apuntando con su cilindro a uno de los soldados apostados junto a la puerta. Jnum, entretanto, apenas tuvo tiempo de sacar su arma y apuntar al único miliciano que quedaba por anular.

—¡Abrid la puerta! ¡Ya! —gritó la chica.

Los dos guardias permanecieron impasibles.

—De acuerdo —continuó Imane, dirigiendo su mirada al que tenía encañonado—, contaré hasta tres y abrirás la puerta o morirás. Uno…, dos…, ¡tres!

Sin pensárselo lo más mínimo, la chica acabó con la vida del soldado.

—Pero, ¿qué…? —alcanzó a balbucear Jnum.

—¡Cállate y sigue apuntando a ese! —le interrumpió Imane mientras dirigía su arma a la cabeza del miliciano que, atrapado bajo ella en aquella llave mortal, luchaba inútilmente por coger algo de aliento—. ¡Tú!, abre la puerta o tu amigo lo pagará —dijo dirigiéndose al único guardia que quedaba en pie.

El soldado movió ligeramente su brazo en dirección a la consola de apertura, pero desistió al instante.

—Justo lo que esperaba —dijo la chica antes de dirigir su mirada hacia el miliciano medio ahogado que yacía bajo ella—, parece que no has tenido mucha suerte, amigo.

La escena siguiente aterrorizó a Jnum, el disparo a bocajarro llegó sin previo aviso. Durante unos segundos, el guardia se revolvió entre violentos espasmos que incluso llegaron a elevar un par de palmos su cuerpo y el de la mujer que tenía encima. Finalmente, las convulsiones cesaron y el soldado quedó inerte en el suelo.

Imane se levantó y se dirigió con paso firme hacia el único enemigo que quedaba vivo.

—Espera…, no…., —alcanzó a decir Jnum.

—¡Te he dicho que te calles y sigas apuntando! —gritó ella sin dejar de caminar—. ¡Uno!… —Levantó su cilindró y apuntó a la cabeza del militar—. ¡Dos!… —se colocó a escasos centímetros de él y apretó fuertemente el cañón del arma contra su cuello.

El joven científico apenas era capaz de seguir manteniendo la suya en alto, estaba horrorizado. No era la primera vez que veía matar a Imane, e incluso él mismo había tenido que liquidar a uno de los guardias para liberarla de su celda, pero aquello era distinto. La chica parecía estar jugando con las vidas de aquellos hombres con tal frialdad que la mente de Jnum era incapaz de aceptarlo.

Cerró los ojos para evitar ver la siguiente ejecución, deseando que aquel soldado entrase en razón y abriese por fin la puerta. Escuchó un sonido sibilante y, acto seguido, un par de golpes secos.

—Vía libre, Jnum. ¡Vamos, date prisa!

El muchacho abrió los ojos. Imane estaba esperándole junto a la puerta abierta. El miliciano había cedido finalmente, pero no parecía que eso hubiera cambiado su destino final a juzgar por el cuerpo tendido bocabajo junto a la chica.

—¿Está muerto? —preguntó Jnum.

—No, solo está inconsciente. Matar es el último recurso, no soy un monstruo, ¿sabes?

—¿El último recurso? —El muchacho soltó un resoplido al tiempo que echaba un vistazo al horrendo panorama que tenía a su alrededor—. Nadie lo diría en vista de lo que acabas de hacer.

—Escucha Jnum, no tenemos mucho tiempo. Entiendo cómo te

sientes y sé que para alguien como tú debe de haber sido duro ser testigo de lo que acaba de suceder. Créeme si te digo que era el único modo de que alguno de estos soldados nos diera acceso. Si hubiese mostrado una pizca de debilidad, ambos habríamos acabado muertos.

El argumento era realmente sólido, pero aún así Jnum no pudo evitar permanecer paralizado y con la mirada perdida durante unos instantes más.

—¡Jnum, muévete! —gritó Imane.

Finalmente el muchacho consiguió reaccionar y ambos recorrieron el largo pasillo a paso ligero. A pocos metros de la entrada aminoraron el ritmo. Imane se asomó cautelosamente, la sala estaba vacía.

—Todo despejado, es nuestra oportunidad —susurró.

Localizaron en seguida el terminal con el marco de color violeta al fondo de la sala, tal y como había dicho Haekun.

—¡Ahí está, démonos prisa! —dijo Jnum.

Apenas habían dado dos pasos cuando una puerta se abrió y de ella surgieron tres guardias que tomaron posiciones apuntando a los dos intrusos. Imane se colocó rápidamente en posición de disparo y Jnum hizo lo propio. Los milicianos les bloqueaban el paso hacia el terminal.

Unos instantes después, Folken hizo acto de presencia.

—¿Por qué estás haciendo esto, Jnum? —preguntó.

El joven científico se fijó en que el magnate iba armado con un cilindro que mantenía abajo, tal vez en un hipócrita intento de no aparentar agresividad.

—Quizá debiera ser yo quien te preguntase eso, ¿no crees? —contesto el muchacho.

—¿De qué hablas?

—Lo sé todo, Folken. Y no alcanzo a entender qué te ha llevado a planear semejante aberración.

El rostro del magnate se ensombreció por momentos, torció el gesto y soltó un resoplido.

—Tú no sabes nada —dijo por fin—, sé que parece una crueldad, pero créeme si te digo que es la única salida que le queda al ser humano y al planeta.

—¿Matarnos a todos es la única salida? —Jnum soltó una risita sardónica—. Estás aún más loco de lo que pensaba.

—¿Recuerdas cuando hablamos sobre el procesado del rubidio? —Folken avanzó unos pasos hacia Jnum pero se detuvo en seco cuando Imane modificó su posición para tenerlo más a tiro—. No es un agente contaminante más, el tipo de daño que causa a nuestro planeta va más allá de cualquier cosa que la humanidad haya conocido jamás.

—Explícate.

—El procedimiento no se limita a contaminar la tierra que toca, lo que hace es mucho peor. No es fácil describirlo, podría decirse que mata la propia esencia de la materia.

—¿Matar la esencia de la materia? ¿De qué estás hablando?

—Hablo de una degradación total. Todo el terreno que se ve afectado no solo queda estéril, sino también desprovisto de cualquier propiedad inherente a la sustancia que una vez fue. Cada pozo de rubidio que se crea deja un amplio rastro de desolación a su alrededor.

»El radio perjudicado suele tener una dimensión parecida a la de un poblado de tamaño medio y, como ya habrás deducido, no se limita únicamente a la superficie sino que se expande igualmente alrededor del eje longitudinal del pozo en todas direcciones. Ese es el motivo de que la vida útil de esos fosos sea tan corta. El terreno pierde muy pronto la capacidad de retener las presiones necesarias para el proceso.

»Como consecuencia, las empresas dedicadas a la fabricación de xorfeno están continuamente excavando en nuevas ubicaciones. Y lo peor de todo es que, según mis estudios, parece claro que la materia afectada no volverá a recuperar sus propiedades jamás.

—Eso es imposible, ningún daño es eterno e irreversible —replicó Jnum.

—Como siempre, tienes razón. Solo se trata de un daño perpetuo si lo vemos desde nuestra limitada perspectiva humana. Haría falta el equivalente en presión y temperatura a una supernova en los instantes previos a su colapso para que los elementos de la materia deteriorada se separasen y volviesen a activarse. Controlar y canalizar esa cantidad de energía es un imposible a día de hoy. Sería mucho más sencillo construir una nave interestelar y buscar un nuevo hogar pero, como sabes, eso también está de momento fuera de las posibilidades del ser humano.

»Hemos creado una sociedad cuya codicia no conoce límites. Nos engañamos a nosotros mismos pensando que aumentar las cifras es lo único importante. Desde el preciso instante en que olvidamos que esos guarismos no son más que un medio y no un bien en sí mismo, empezamos a recorrer una carrera descontrolada hacia la autodestrucción. Las grandes corporaciones conocen las consecuencias de lo que están haciendo, yo mismo me cercioré de que fueran conscientes de lo que le ocurriría al planeta si no paraban. Aún así, siguen explotando y excavando pozos.

»Pero aún no es tarde, Jnum. Como te dije, rebasamos el punto de no retorno hace tiempo y la contaminación ordinaria convertirá a la Tierra en un lugar inhabitable para nuestra especie. Ese no será un cambio irreversible, el planeta se recuperará con el tiempo y volverá a

tener condiciones favorables para la vida. Pero existe un segundo punto de no retorno que aún no hemos rebasado, el momento en que la cantidad de masa afectada por el procesado de rubidio supere cierto límite y desencadene una reacción que acabe convirtiendo nuestro mundo en una esfera muerta flotando en la inmensidad.

—Incluso si lo que dices fuera cierto —dijo Jnum—, hay otros modos de solucionarlo. Con los medios que tienes a tu alcance podríamos hacer pública toda esa información, si el mundo supiera…

—Es inútil —le interrumpió Folken—, ya lo he intentado todo. Esas corporaciones tienen un poder inmenso, poseen la capacidad de frenar cualquier filtración. Por otra parte, el hacer públicos estos datos no garantizaría en absoluto que esto fuese a parar, es más, apostaría a que todo seguiría como si nada. Tal vez supondría un pequeño obstáculo pero, con unas cuantas mentiras vertidas en los medios y repetidas hasta la saciedad, la masa acabaría convencida de que el procesado de rubidio es más importante para nuestra supervivencia que la propia tierra que pisamos.

»Créeme, el pensamiento crítico ha muerto. El juicio ha sido engullido por el sesgo de confirmación, la inmensa mayoría de las personas ya solo esperan que aparezca alguien que les diga lo que quieren oír.

El magnate comenzó a elevar su brazo libre.

—¡Ni se te ocurra! —gritó Imane.

Jnum la miró de reojo y, con un leve gesto de su mano, indicó a la chica que no interviniese.

Folken abrió su consola y lanzó una pieza de información hacia Jnum. Aquel gesto hizo que la interfaz del muchacho se abriese y apareciesen ante él un cúmulo de datos que comenzó a estudiar de inmediato. Los símbolos pasaban ante sus ojos a una velocidad endiablada. Aunque había algunas partes que se alejaban demasiado de su especialidad y únicamente podía inferir su significado, toda aquella amalgama parecía confirmar la veracidad del discurso del magnate.

De improviso, un estrepitoso ruido inundó la sala sorprendiendo a todos. Casi de manera simultánea, Imane abrió fuego y consiguió eliminar a dos de los guardias, el tercero disparó e hirió a la chica instantes antes de ser abatido por un disparo procedente del cilindro de Jnum que, acto seguido, se volvió para apuntar de nuevo a Folken.

—¡Basta! —gritó el magnate apuntando directamente a la malherida que yacía en el suelo retorciéndose de dolor—. Se acabó Jnum, suelta tu arma o la mataré.

—¡No lo hagas, Jnum! ¡Acaba con él! —exclamó a duras penas Imane—, lo único importante es salvarlos…, ¡sálvalos a todos!

El muchacho se quedó paralizado ante la situación, sabía que ella tenía razón. Aun así, era incapaz de dejarla morir.

Una pantalla apareció en la consola de Folken mostrando a un nutrido grupo de hombres armados avanzando a través de la nieve.

—Tenemos compañía, las alarmas alertan de actividad en el perímetro del complejo, no alcanzo a entender cómo han podido localizarnos.

—Parece que Haekun consiguió pedir ayuda antes de que acabases con él —dijo Jnum.

—No…, aquí hay algo más…, ni tan siquiera él habría podido conseguir algo así.

—Pues está claro que lo subestimaste —dijo el muchacho señalando a la imagen con un movimiento de su cabeza y sin dejar de apuntar—. Te daré una última oportunidad, Folken. Baja el arma, déjame pasar y todo habrá acabado. Si no lo haces, solo conseguirás acabar con dos vidas más, la de Imane y la tuya propia. Yo detendré la cuenta atrás en cualquier caso.

—No puedo hacer eso, Jnum. Esto es más importante que nosotros, incluso más importante que cualquier ser humano sobre la faz de la Tierra. Se trata de que nuestra especie consiga superar este enorme obstáculo, de asegurar la continuidad de la humanidad. Resulta paradójico, pero el único modo de conseguirlo es la autodestrucción. Solo así tendremos una nueva oportunidad.

»Sé que crees que soy un monstruo. Entiendo que desde tu punto de vista me veas como alguien despiadado, pero te aseguro que no es así. He gastado todos los recursos que tenía a mi disposición para crear un sistema que será únicamente letal para el ser humano. Lo he desarrollado de modo que resultará completamente indoloro, nadie sufrirá. Ni siquiera sabrán que van a morir, simplemente perderán la consciencia y en unos instantes habrán dejado de existir.

Jnum observó a Folken. Curiosamente era capaz de entender su punto de vista y, dados los datos que le había mostrado, quedaba claro que tenía razón. El planeta no conseguiría sobrevivir a aquella civilización. La especie humana, junto con todas las demás, se extinguiría para siempre.

«¿Y qué? —pensó—. Infinidad de especies, planetas y sistemas solares se extinguen a cada instante en la inmensidad del cosmos, no somos tan importantes. Acabaremos aniquilando esta mota de polvo a la que llamamos hogar, eso es un hecho, pero podremos disfrutarla hasta entonces»

Se recriminó a sí mismo por tener aquellos pensamientos, ¿dónde quedaban entonces los sentimientos y el instinto de protección hacia nuestra propia esencia?, ¿en serio el hecho de no ser únicos nos despojaba de la condición de ser importantes?, ¿Era posible que

llegase a ser lícito proteger nuestra propia naturaleza aun a costa de un sacrificio como el que Folken proponía?

Mientras todos aquellos pensamientos desgarraban su mente, el muchacho reparó en algo ciertamente extraño. En el muro que había justo detrás de Folken había un panel destrozado por alguno de los disparos de Imane. El malogrado cableado de su interior chisporroteaba sin parar, pero de algún modo aquellas migajas ardientes parecían ignorar la presencia del magnate y acababan desparramadas por el suelo frente a él. Jnum comprendió al instante lo que estaba ocurriendo y no dudó en bajar su arma y dirigirse directamente hacia su objetivo, el terminal con el marco violeta.

—¡No des ni un paso más! —exclamó Folken.

El muchacho siguió caminando al tiempo que extraía de la manga de su muñeca el pequeño botón que debía utilizar.

—¿Qué estas haciendo…, Jnum? —consiguió balbucear Imane a duras penas—, te matará.

—No lo hará, créeme.

Siguió caminando hasta situarse casi tocando la boca del cilindro del magnate.

—No quiero matarte, Jnum. No me obligues.

—No puedes ni tocarme —contestó el muchacho, para acto seguido dar un par de pasos al frente atravesando el cuerpo de Folken —. No eres más que una ilusión, un fantasma.

Jnum accedió al terminal y sustituyó la pieza. Al instante abrió su consola, entró a la cuenta atrás del proyecto cuya culminación estaba a tan solo unos pocos segundos y se volvió hacia el holograma del magnate.

—¿Dónde está el verdadero Folken?

—Decidió trascender a su propia naturaleza. Soy todo lo que él fue; sus pensamientos, sueños y recuerdos perviven en mi interior. Él estaba decidido a llevar a cabo esta misión pero le inquietaba que sus debilidades como ser humano hicieran que flaquease en el último momento.

Con un par de rápidos movimientos, Jnum hizo visible un nuevo segmento bajo la agonizante cuenta. En él se podía ver la palabra *abortar* dentro de un botón. El muchacho acercó su mano al pulsador.

—¡Espera! —gritó Folken y, acto seguido, amplió la imagen de los soldados avanzando por la nieve—. Piénsalo, Jnum, están a punto de entrar y cuando lo hagan ya será demasiado tarde. No habrá más oportunidades para nuestra especie.

»Eres una de las personas más inteligentes que jamás he conocido, sabes que jamás entrarán en razón, seguirán con sus planes aunque ello signifique la total destrucción de nuestro planeta y de

todo lo que hay en él. ¡Vamos, Jnum! ¡Sabes que es cierto! Si ahora pulsas ese botón, habrás privado a la humanidad de la única opción de supervivencia que le queda.

El muchacho observó la cuenta atrás, apenas quedaban diez segundos para que se agotase. Echó un vistazo al grupo que en el exterior seguía avanzando hacia el complejo y luego dirigió su atención hacia Imane, que le miraba desconcertada.

—¿Qué estás haciendo? ¡Pulsa ese maldito botón de una vez! —gritó desesperada.

—Lo siento —dijo Jnum apartando su mano de la consola—, él tiene razón.

—¿Es que te has vuelto loco? Nos matará a todos.

—Lo sé, pero no queda otra opción.

La cuenta llegó a cero y una imagen del modelo humano del simulador apareció en pantalla. Parecía tener un aspecto totalmente normal y una leyenda con las palabras *Ejemplar humano estable* bajo él confirmaba que así era.

—Has hecho lo correcto —dijo Folken.

El holograma abrió una nueva pantalla en su consola y colocó su mano sobre el botón que ejecutaría finalmente su plan.

—Gracias, Jnum.

Tan solo un instante después de pulsar, todos los seres humanos del planeta cayeron inconscientes de manera simultánea. Calles y hogares quedaron sembrados de cuerpos que yacían inmóviles. Un espectáculo pavoroso que nadie tendría ocasión de contemplar.

Aquellos miles de millones de corazones solo tardaron unos segundos más en dejar de latir. La civilización humana dejó de existir de un modo más rápido y silencioso de lo que nadie jamás hubiera podido imaginar.

Poco más tarde, un gran estruendo procedente de las innumerables explosiones provocadas por todo tipo de medios de transporte que habían quedado a la deriva inundó toda la superficie poblada del planeta. Las grandes urbes se convirtieron en auténticos infiernos que ardían sin control.

La situación se mantuvo durante semanas, bajando en intensidad cada día que pasaba. Al final, la última llama se extinguió y las ruinas de aquellas grandes ciudades fueron el único vestigio que quedó como testimonio de que alguna vez hubo seres humanos habitando la Tierra.

—Esto es un auténtico cementerio.

La voz de Michael se ahogaba con rapidez ante la inexistente reverberación de aquella enorme explanada. El grupo se había adentrado unos cuantos cientos de metros en la planicie y se veía ahora rodeado de los bultos que hacía un rato no habían podido identificar en la casi total oscuridad. Eran los cadáveres de miles de osos polares en diferentes estados de descomposición.

—Miren, este no lleva demasiado tiempo aquí, por su aspecto demacrado diría que ha muerto de inanición —dijo Torben acercándose a uno de los animales—. Probablemente llegan hasta este lugar después de un largo camino sin encontrar comida.

—¿Sin encontrar comida? —Preguntó la agente Romeo.

—Sí, el deshielo provocado por el calentamiento global hace que la comida escasee para estos bichos.

—¿Es normal encontrar sitios así por esta zona? —preguntó Michael.

—En absoluto, es la primera que lo veo. Este terreno está algo más bajo y resguardado de los vientos y la climatología. Es posible que ese sea el motivo de que acaben aquí. Una vez que entran, estando tan débiles, ya no son capaces de salir del valle.

—Creo que ya entiendo el por qué de ocultar este lugar —interrumpió la agente Romeo—. Lo que estamos viendo es la imagen de la desolación provocada por el cambio climático. Imaginen esta escena abriendo todos los telediarios. Hay demasiados intereses en juego, jamás permitirán que nadie vea esto.

—De acuerdo —dijo Torben volviéndose hacia Michael—, ¿qué se supone que debemos hacer ahora?

—Bueno…, supongo que toca esperar a que pase algo.

Como si aquella respuesta fuese una suerte de invocación, un estrépito grave y lejano comenzó a sonar.

Todos los miembros del grupo dirigieron inmediatamente su mirada hacia el cielo, de donde provenía el ruido. Una enorme sombra comenzó a vislumbrarse haciéndose cada vez más grande según descendía.

Michael reconoció en seguida lo que estaba viendo, era el mismísimo Caballero Negro. Lo primero que pensó es que tenía un tamaño mucho mayor al que él siempre imaginó. El aparato descendió a tierra a unos trescientos metros de la posición en la que se encontraba apostado el grupo. Una intensa luz hizo acto de presencia; era tan potente que hizo que pareciera haberse hecho de día en la planicie. Extrañamente, aquella luminiscencia no resultaba molesta ni dificultaba la visión de la nave, era como si la fuente que la generase

se encontrase a cierta altura sobre el artefacto, generando un efecto muy parecido al que causaría la luz del Sol.

Con aquella claridad, la visión de los miles de cadáveres diseminados por el lugar era aún más dantesca. Los había de todo género y tamaño, desde grandes osos adultos hasta pequeñas crías. Se podían observar en muchos de ellos señales de haber sido devorados parcialmente por sus congéneres.

De la nave surgió una figura humanoide. No se podían distinguir demasiados detalles a aquella distancia, pero a Michael le pareció que tenía todo el aspecto de una persona común y corriente. Con un gesto, Torben hizo que uno de sus subordinados se acercase. El danés sacó unos prismáticos del chaleco del soldado.

—Es un hombre —dijo con la voz entrecortada—, está parado al lado de ese cacharro, observándonos. ¿Qué hacemos?

—Alguien tiene que ir y averiguar qué quiere de nosotros — contestó la agente Romeo volviendo su mirada hacia Michael.

—Supongo que bromea —balbuceó el periodista—, no estará pensando en que yo…

—Por supuesto que sí, es usted el miembro más preparado del grupo para hacer una primera toma de contacto con ese…, lo que quiera que sea.

—¿Preparado? ¡Pero si ni siquiera sé coger un arma! No soy más que un periodista, no sabré qué hacer si la cosa se pone fea.

—No me refería a ese tipo de preparación; esa cosa nos ha demostrado sobradamente que las armas no sirven con ella. Si quisiera, podría matarnos a todos en este mismo instante, estoy segura. Ahora no necesitamos un guerrero sino a alguien con su sabiduría, por ese motivo el presidente ordenó que le trajéramos hasta aquí.

Michael estaba en shock, paseaba nerviosamente su mirada entre la agente Romeo y el humanoide que esperaba inmóvil junto al Caballero Negro.

—Michael, yo confío en ti —dijo la mujer colocando sus dos manos afectuosamente sobre las del periodista—. Este es tu momento, probablemente será lo más importante que harás jamás. Créeme, estás sobradamente preparado.

El periodista se vio sorprendido por aquellas palabras. Era la primera vez que la agente Romeo se despojaba de su coraza y mostraba su lado más humano. Parecía realmente sincera y emocionada, incluso se había dirigido a él como *Michael*, en lugar de su acostumbrado *señor Cohen*. Ambos permanecieron inmóviles y en silencio durante unos instantes hasta que, por fin, el periodista asintió levemente con la cabeza, soltó las manos de la mujer y comenzó a caminar hacia su objetivo.

—Desde aquí escucharemos todo lo que recoja su micrófono, estaremos vigilantes por si la cosa se tuerce —dijo Torben.

—Si la cosa se tuerce no habrá modo de enderezarla, créame —contestó Michael sin dejar de caminar.

El periodista siguió andando mientras observaba como la magnificencia de aquel aparato aumentaba a cada paso hasta llegar a ocupar todo su campo de visión. Podía ver en detalle el fuselaje, parecía hecho de algún tipo de metal extremadamente liso. No se apreciaban grietas ni ningún método de sujeción tipo tornillo o remache, daba la impresión de ser una sola pieza esculpida en el metal más pulido que jamás había visto.

Observó al humanoide, la escasa distancia que le separaba de él le permitía ahora ver que vestía un traje azul oscuro muy fino y ajustado; a pesar de esto y de llevar la cabeza totalmente al descubierto, aquel ser no parecía dar señales de sentir el frío que inundaba el ambiente a su alrededor.

Michael notó como su corazón se iba acelerando. Le costaba creer que estuviese a punto de contactar con lo que parecía ser el tripulante del Caballero Negro. Sentía una mezcla de emoción y terror a partes iguales, la situación era sobrecogedora pero ¿acaso no era aquello lo que siempre había estado buscando? ¿Por lo que tanto había investigado y luchado? Tal vez sí, pero no podía evitar que su instinto de supervivencia le gritase desde lo más profundo de su interior que lo más adecuado sería darse la vuelta y volver por donde había venido.

Cuando estaba a unos cinco metros del misterioso hombre, el periodista se detuvo. Sabía que no tenía sentido guardar aquella distancia de seguridad, pero sus piernas simplemente se negaban a seguir. Ahora podía ver a aquel ser con todo lujo de detalle. Era un hombre de aspecto y actitud totalmente normales excepto por el detalle de su aparente impasibilidad a las extremas condiciones climatológicas que le rodeaban.

Su semblante transmitía cierta tranquilidad, no se atisbaba el menor rastro de hostilidad en él. Michael no reconoció aquella cara; nadie en todo el mundo lo habría podido hacer, a pesar de tratarse del rostro de Folken, quien antaño fuera una de las personas más célebres del planeta.

El periodista levantó su mano derecha a la altura del rostro con la palma extendida en signo de saludo. El humanoide le devolvió una sonrisa.

—Eso no será necesario, entiendo perfectamente tu idioma, podemos hablar.

Aquellas palabras sobresaltaron a Michael. A lo largo de los años había leído mucho acerca de cómo podría ser un primer

encuentro con una entidad inteligente desconocida. Todas las informaciones y artículos coincidían en un punto: la comunicación sería un importante escollo a superar. Tras el susto inicial, consiguió recomponerse y pensó que era una suerte que en este caso no hubiera sido así.

—De acuerdo…, mi nombre es Michael Cohen.

—Lo sé, te conozco.

—¿Me conoces?

—Por supuesto, puedo ver y oír todo lo que compartís en vuestras redes y tú no eres una excepción. Es más, tu estatus de personaje público hace que disponga de mucha más información sobre ti de lo que suele ser usual.

»Sé que te han enviado para contactar conmigo y que los miembros de las más altas esferas a nivel mundial están viendo y escuchando todo esto a través de esa cámara que llevas en tu casco. Por tanto, si no te importa, me dirigiré directamente a los destinatarios de mi mensaje.

Folken caminó hacia el periodista hasta quedar tan solo a un par de pasos de él.

—Me dirijo a ustedes, líderes del planeta. No me andaré con rodeos, solo tengo una demanda que hacerles. No es una petición difícil de satisfacer. Dentro de tres horas, aquellos de ustedes que sean mandatarios, saldrán en todos los medios de comunicación disponibles en sus países y se dirigirán a la población. Deberán dejar claro en esa comunicación que lo siguiente que aparecerá en las pantallas de todo el mundo será inequívocamente real. Acto seguido todos conectarán con la cámara del señor Cohen y dejarán que los habitantes de la Tierra oigan mi mensaje.

»Supongo que no es necesario recordarles que sus seres queridos aún están bajo mi influencia, no tengo intención de hacerles daño, a no ser que me obliguen. Si cumplen, los liberaré y todo volverá a ser como antes. Eso es todo, espero que hagan lo correcto.

Ambos hombres guardaron silencio durante unos instantes sin dejar de observarse mutuamente. Michael pensó en las probabilidades que existían de que aquellos líderes hicieran lo que el humanoide les acababa de solicitar, no eran muchas. En seguida le vino a la cabeza Lea y lo que ocurriría si no se satisfacía aquella petición.

—No accederán sin conocer el contenido de su mensaje. Lo sabe, ¿verdad?

—Será revelado cuando esté disponible para todos, no antes. Vuelva usted con sus compañeros, señor Cohen, le veré en tres horas.

Michael no se atrevió a seguir insistiendo. Nada de lo que él hubiese podido decir haría cambiar de parecer a aquel ser. Volvió sobre sus pasos y se reunió de nuevo con el grupo.

—Lo has hecho muy bien Michael —dijo la agente Romeo.

—No sé si servirá de algo, ¿crees que harán lo que ha pedido?

—En circunstancias normales sería imposible, pero en este momento estamos a años luz de estar en una circunstancia normal, todo es posible.

—¡Propongo atacar con todo lo que tenemos! Ese malnacido no va a salirse con la suya.

La voz del intérprete reverberó por la sala. La enorme pantalla mostraba docenas de celdas en cada una de las cuales podía verse la imagen de un mandatario de los convocados al cónclave.

El presidente Hudson estaba sentado en el centro de la sala junto a Bill Bernstein. Varios asesores y militares ocupaban numerosos asientos tras ellos.

—Eso no serviría de nada —dijo Hudson—. Como algunos de ustedes saben, hace años que conocemos la existencia del Caballero Negro. Hemos tratado de abordarlo en multitud de ocasiones utilizando todo lo que teníamos a nuestro alcance. El resultado ha sido siempre el mismo: no hemos podido ni tan siquiera acercarnos a él. Sea lo que sea ese cacharro, cuenta con una tecnología capaz de invalidar todos nuestros instrumentales y tomar el control de nuestras aeronaves y armas.

—Nuestros seres queridos han vuelto —replicó el presidente ruso—, cierto que no están del todo bien pero tal vez sea solo cuestión de tiempo que se recuperen. Es posible que esa cosa ya no tenga ningún control sobre ellos, podría ser un farol.

El presidente miró hacia Bernstein que, negando con un leve gesto de su cabeza, mostró a las claras su desaprobación a lo que sabía que venía a continuación.

—No quisiera ofenderle, señor Kuznetsov. —Hudson se levantó de su asiento—. Pero lo que está usted sugiriendo carece completamente de sentido. Mi hija está en una habitación, a tan solo unos metros de aquí, postrada en su cama. Su estado empeora a cada instante que pasa. A estas alturas apenas tiene unos minutos de consciencia al día.

»Incluso si fuese cierto que nuestros familiares ya no están bajo su control y que la recuperación fuese únicamente una cuestión de tiempo, debemos tener claro que nadie podría impedir que esa entidad se los volviera a llevar en el futuro si le apetece.

»No estamos aquí para decidir si luchamos contra esa cosa, tampoco para tratar de adivinar sus intenciones. Únicamente debemos elegir entre ocultar todo esto a la opinión pública, lo cual supondría sacrificar a nuestros seres queridos, o bien dejar que exponga su mensaje al mundo y rezar porque cumpla su palabra y nos los devuelva.

A más de 4000 kilómetros de distancia, el grupo del Ártico

esperaba instrucciones. Habían pasado unas dos horas y media desde el ultimátum, tiempo que habían aprovechado para montar un refugio y guarecerse del frío. El humanoide no parecía haberse movido ni un solo milímetro. Seguía allí de pie, impasible.

—Esa cosa no es humana —dijo Torben mientras observaba con sus prismáticos.

—Es evidente que no —contestó Michael—. Me pregunto cuál es su auténtica naturaleza.

—Ya tendremos tiempo de discutir sobre lo que es —interrumpió la agente Romeo—, de momento me preocupan más sus intenciones.

La mujer se puso en pie repentinamente y comenzó a hablar por su intercomunicador. Los dos hombres la observaban ansiosos mientras ella recibía lo que parecían ser las instrucciones sobre cómo actuar a continuación.

—De acuerdo, Michael —dijo por fin ella volviéndose hacia el periodista—, tenemos luz verde, están dispuestos a retransmitir el mensaje. Te sugiero que salgas inmediatamente, el plazo está a punto de agotarse.

El periodista, aún asombrado por la inusual decisión tomada por los mandatarios, se levantó, salió de la tienda y comenzó a caminar.

La breve conversación que había mantenido con aquel ser un par de horas antes le había aportado cierta tranquilidad. Por algún motivo, estaba bastante seguro de que a pesar de aquel agresivo ultimátum, sus intenciones no eran de momento hostiles. Tal vez por ese motivo, el tramo que le separaba de su objetivo se le antojó más corto y llevadero.

Por fin llegó hasta su destino y se detuvo a un par de metros de Folken.

—Han accedido —dijo Michael.

—Lo sé, algunos de ellos ya están transmitiendo, esperemos unos instantes a que todos estén listos —contestó el humanoide.

Ambos permanecieron en silencio alrededor de cinco minutos, tiempo que el periodista aprovechó para observar detenidamente a aquel hombre. Exceptuando su increíble resistencia al frío, no había ningún rasgo en él que permitiera diferenciarle de cualquier otro ser humano caucásico.

De pronto observó algo que le llamó la atención; una pequeña ráfaga de viento levantó algo de polvo de nieve y pudo observar cómo aquellos minúsculos granos atravesaban el cuerpo de aquel ser como si se tratase de un fantasma. Al instante tuvo claro que aquel hombre no tenía un soporte físico, al menos no en aquel lugar, se trataba de alguna suerte de holograma.

—Todo está listo, —dijo Folken.

Michael modificó su posición para tener una imagen frontal del humanoide que, sonriéndole, asintió y comenzó a dar su mensaje.

Este es un mensaje para todos los seres humanos que habitan el planeta Tierra. Voy a revelar la verdad sobre algunas cuestiones que han intrigado a vuestra civilización desde su origen. Este conocimiento chocará frontalmente con muchas de las creencias y convicciones que hasta hoy dabais por sentadas, pero es absolutamente necesario que tengáis consciencia de todo ello con el fin de que podáis afrontar lo que os espera en el futuro más próximo.

Mi nombre es Folken y, a pesar de mi aspecto, no soy uno de vosotros. Soy algo parecido a lo que llamaríais una inteligencia artificial, aunque algo más avanzada y basada en la mente trascendida de alguien que vivió en este mismo planeta hace más de mil seiscientos millones de años, durante la era Mesoproterozoica.

En aquel tiempo se produjo un largo período de estabilidad y clima favorables para el desarrollo de formas de vida mucho más complejas de lo que vuestra ciencia considera a día de hoy. Una de ellas destacó sobre las demás y acabó desarrollando una gran inteligencia; esa especie evolucionó hasta convertirse en el ser humano.

Aquellos hombres y mujeres primigenios lograron rápidamente el estatus de especie dominante. Su tecnología fue avanzando hasta llegar a cotas que vosotros aún estáis por alcanzar.

Desgraciadamente, al igual que la vuestra, aquella civilización tenía una enorme debilidad. Había algo en ella que hacía que sus miembros tomasen decisiones que claramente perjudicaban a su propia supervivencia. Inventaron el dinero y, al igual que vosotros, no tardaron en considerarlo un bien en sí, en lugar de un medio. Aquello les llevó a dar prioridad a aquel falso recurso sobre cualquier otro.

Se blindó el derecho a acaparar y aumentar el propio peculio y, a medida que el dinero iba dejando de estar repartido, la propiedad privada se convertía en la punta de lanza de los derechos fundamentales, tal y como está ocurriendo en vuestra sociedad.

Folken fue un destacado científico en aquel tiempo, hizo descubrimientos que mejoraron la capacidad de proceso de las computadoras y consiguió otros muchos logros en los más diversos campos. Por supuesto, se hizo inmensamente rico, pero él no era como los demás sociópatas adinerados; fue su mente privilegiada, y no una carencia de empatía, la que le llevó a ocupar ese lugar en la sociedad.

Jamás estuvo cómodo en aquel trono, sintió repugnancia por todo lo que rodeaba a un personaje de su posición. Podría decirse que tuvo que escalar a lo más alto para poder percibir el auténtico olor de las más bajas y nauseabundas cloacas.

Esta explanada de hielo desde la que os hablo es lo que él

habría considerado la representación de la devastación provocada por la falta de escrúpulos de unos pocos y la complicidad de demasiados. Este lugar os ha sido ocultado por vuestros líderes por temor a que la visión de un sitio así pudiera causar un giro en la opinión pública que les obligase a tomarse en serio el problema climático.

Resulta contradictorio que esos gobernantes, cuya única labor debiera ser asegurar el bienestar de su pueblo, estén condenando a vuestros descendientes a una muerte segura. El motivo para esta actitud no es otro que defender los intereses de los verdaderos monarcas del mundo, aquellos que encumbran a esos mismos mandatarios hasta sus puestos de poder y deciden realmente todo lo que ocurre.

Como os he dicho, esto no era distinto en la época en que Folken vivió. Los grandes poseedores de riqueza dominaban el planeta y lo estaban dañando gravemente, aunque ellos fueron mucho más lejos de lo que vosotros habéis llegado hasta ahora.

Fue entonces cuando él decidió destinar todos sus recursos a elaborar una estrategia que consiguiese asegurar la supervivencia de la especie humana.

El destino quiso poner en su camino a un joven que le deslumbró con sus enormes capacidades. Este chico consiguió establecer un protocolo destinado a volver a repoblar el planeta de seres humanos tras lo que parecía ser un inevitable desastre. Fue un gran desafío, incluso para alguien tan inteligente como él, ya que la debilidad física de vuestra especie hacía prácticamente imposible la supervivencia en un entorno que podría ser tremendamente hostil.

La solución pasó por crear embriones de un ascendiente lejano del sujeto objetivo, con características más salvajes que le permitieran sobrevivir e ir evolucionando. De manera increíble, el muchacho consiguió modificar genéticamente a aquel espécimen para que, independientemente de las condiciones ambientales en que se encontrase, evolucionara irremediablemente hacia un ser humano exacto a los que dominaban la Tierra en aquel tiempo.

Aquel brillante científico se llamaba Jnum y, de algún modo, podría decirse que es vuestro creador. Todos y cada uno de vosotros le debéis vuestra existencia, sois el producto de su trabajo. Su enorme logro, unido a un proyecto anterior de Folken en el que se consiguió desarrollar satisfactoriamente la ectogénesis, os dio una segunda oportunidad tras la desaparición del ser humano.

Debéis saber que la extinción no se produjo por causas climáticas provocadas por el hombre. Fue mi mano, guiada por Folken, la que la propició. Se había desarrollado una tecnología cuya actividad estaba creando un deterioro irreversible que acabaría por destruir completamente el planeta. Folken lo descubrió y trató de

parar aquella locura y, por supuesto, no lo consiguió. No le quedó más opción que implementar en secreto una tecnología para la total aniquilación de aquella civilización que habría terminado convirtiendo a la Tierra en un desierto estéril.

Tras aquel evento, yo quedé a cargo de la culminación del plan. Me retiré a la órbita terrestre a bordo del vehículo espacial al que habéis bautizado como Caballero Negro, que no es más que otra pieza del proyecto de Folken. La aeronave cargaba todo el equipo necesario para la repoblación, así que solo quedaba esperar a que el planeta se recuperase de la catástrofe climática y llegase un período estable para el desarrollo de una nueva civilización.

La Tierra vivió entonces una larga etapa de inestabilidad por múltiples motivos y, finalmente, la oportunidad llegó hace unos 70 millones de años. Todos mis cálculos preveían un amplio ciclo favorable, así que hice nacer a los primeros primates, que se adaptaron rápidamente al entorno. Aquellos especímenes derivaron en su mayoría al ser humano de hoy en día; un porcentaje residual siguió otro camino que les llevó a la extinción o a evolucionar y convertirse en los actuales antropoides.

Durante todo este tiempo os he estado observando; maravillándome de vuestros progresos, admirando vuestras obras y horrorizándome con vuestra crueldad. Resulta llamativo que hayáis trazado un camino tan similar al que ya recorrió aquella civilización hace millones de años. Como ellos, estáis actuando en contra de vuestra propia supervivencia. Aún no habéis rebasado ningún punto sin retorno, estáis a tiempo de rectificar y arreglar el daño que habéis producido. Vuestros descendientes todavía tienen una oportunidad.

Calculo que estáis a unos cien años de alcanzar la tecnología que existió en la época de Folken, eso os llevará irremediablemente a desarrollar la técnica que en aquel tiempo amenazó con transformar el planeta en un lugar infecundo y que me llevó a acabar con aquella civilización. Debéis cambiar vuestra actitud, es necesario que os replanteéis vuestra forma de vida para que así podáis evitar que llegue ese momento.

A día de hoy cuento con medios mucho más avanzados que los desarrollados en tiempos de Folken. Esto es posible debido a mi condición de inteligencia artificial procedente de un ser humano real trascendido. He tenido mucho tiempo para ingeniar e implementar tecnologías que a vosotros os parecerían indistinguibles de la magia. Debo advertiros de que no dudaré en usarlas para acabar de nuevo con vuestra especie y volver a empezar si me obligáis a hacerlo. Permitir que destruyáis este mundo no es una opción. Vuestros líderes saben bien que cualquier intento de pararme resultará inútil.

Durante todo este tiempo que he pasado observándoos he

podido comprobar la gran capacidad de adaptación al cambio que tenéis. Por ello, no debéis tomaros este mensaje como una amenaza sino como una advertencia, una prueba de que aún no he perdido la fe en vosotros, no tendría sentido manteneros con vida si no pensase que sois capaces de cambiar. Os suplico que consideréis modificar vuestra conducta. Podéis hacerlo…, podéis sobrevivir.

Michael estaba estupefacto; tuvo que hacer un gran esfuerzo para no bajar la mirada durante el tiempo que duró aquel mensaje. Si lo hubiese hecho, el mundo entero habría perdido la visión de aquel peculiar mensajero cuyas revelaciones resultaron ser mucho más sorprendentes e inquietantes de lo que él jamás hubiera imaginado.

Si lo que aquel ser contaba se daba como cierto, temblarían los mismos cimientos de la civilización. La ciencia, las diferentes religiones e incluso el concepto que los seres humanos tenían sobre sí mismos y sobre su esencia se verían gravemente dañados o completamente devastados.

El humanoide terminó su discurso y permaneció callado durante unos instantes. Había mil cosas que Michael quería preguntarle, pero le faltaba el valor para hacerlo. De pronto, como si pudiese adivinar sus pensamientos, el holograma rompió el silencio.

—Adelante, pregunta lo que quieras, yo diría que te lo has ganado.

El periodista ni siquiera se paró a pensar.

—¿Qué eres?

—Únicamente soy otra de las piezas tecnológicas desarrolladas por Folken, un dispositivo capaz de albergar su personalidad, sus recuerdos, sus sentimientos…

—¿Tienes sentimientos?

—No, en absoluto. —El humanoide sonrió visiblemente—. Pero recuerdo haberlos tenido cuando aún era humano.

Aquella respuesta desconcertó a Michael. Desde un punto de vista lógico, tenía sentido que una máquina capaz de albergar los recuerdos de alguien tuviese almacenadas también reminiscencias de todas las sensaciones que contenía el cerebro del cual se extrajeron. Lo que le costaba asimilar al periodista era cómo podría ser posible recordar un sentimiento sin volver a vivirlo de algún modo. Sin importar que aquella evocación fuese de menor intensidad que la original, siempre existía un acercamiento a lo experimentado en aquel momento pasado. El humanoide había usado la palabra *recordar,* tal vez ignorando lo que ese concepto supone para un ser humano cuando se trata de emociones.

Michael apartó todos aquellos pensamientos de su mente y continuó interrogando a su interlocutor.

—En múltiples ocasiones encontramos antiguos resquicios que no cuadran con la cronología del lugar donde son hallados por presentar características tecnológicas que hacen pensar en una civilización más avanzada de lo que la ciencia admite. Hace poco, yo mismo me topé con uno de ellos. ¿Pertenecen esos restos a aquella

antigua civilización de la que nos has hablado?

—De aquella civilización ya no queda nada excepto yo, el Caballero Negro y algunos otros medios que he ido implementando durante estos años y que son necesarios para el correcto desarrollo del plan de Folken. Ha pasado demasiado tiempo; los desastres naturales, los agentes externos e incluso la deriva de los continentes han acabado con todo. Ese es el motivo de que únicamente hayáis podido encontrar microfósiles de aquella época.

»En cuanto a los vestigios de los que hablas, simplemente puedo confirmar lo que tú ya sospechas. Vuestro avance en el conocimiento no es tan lineal como suponéis. Han existido grandes asentamientos que han desarrollado tecnologías a no demasiada distancia de la vuestra que, por diferentes motivos han desaparecido y caído en el olvido.

—Si no queda nada de tu mundo, ¿cómo has conseguido sobrevivir tú?

—Tanto yo como el Caballero Negro estamos en continua regeneración. Folken, consciente de que podrían pasar eones hasta encontrar un período apropiado, se aseguró de dotarnos de esa capacidad.

—De acuerdo, solo una pregunta más. —Michael hizo una honda inspiración y espiró ruidosamente—. ¿Crees que podemos conseguirlo?

—Te aseguro que no hay nadie que tenga más fe en vosotros que yo. ¿Qué sentido tendría que me hubiese pasado todos estos años trabajando en ello si no lo creyese así?

Epílogo

Michael se volvió para echar un último vistazo y vio como el Caballero Negro ascendía y se perdía en la oscuridad. Le restaban apenas cincuenta metros para reunirse con sus compañeros cuando la oscuridad volvió de nuevo a la explanada. La agente Romeo se adelantó para recibirle.

—¿Estás bien, Michael?

—Sí, tal vez algo aturdido por la avalancha de información.

—Como todos, pero lo has hecho muy bien. Esa cosa parece que va en serio, esperemos que todo esto tenga un buen final.

—Lo dudo mucho, lo que pide choca frontalmente con demasiados intereses.

—Tal vez tengas razón, —La mujer se colocó junto al periodista y ambos comenzaron a caminar hacia el grupo—, pero también podría ocurrir que esto representase un cambio. Yo jamás habría creído que consentirían que ese mensaje se retransmitiese a nivel mundial y, sin embargo, lo han hecho.

—Cierto…, aunque bajo coacción.

—Eso no importa, créeme si te digo que la posibilidad de que se negasen a emitirlo era muy real, aún exponiendo a sus familiares a un final fatal. Pero han tomado el otro camino, quiero pensar que es señal de que algo está cambiando.

Torben recibió a Michael con unas enérgicas y afectuosas palmadas en la espalda. Los hombres ya habían recogido el pequeño refugio, así que se encaminaron de nuevo hacia la grieta.

El periodista se pasó todo el camino sumido en sus pensamientos. Por alguna razón, estaba seguro de que todo lo que el humanoide había dicho era cierto. Aquello convertía a la humanidad en una suerte de experimento, un producto no genuino; aunque, eso sí, basado en otro que presumiblemente sí lo era.

Se dijo a sí mismo que, para alguien como él, aquello no cambiaba nada en absoluto. Pero también pensó que no todo el mundo se tomaría de ese modo aquel mensaje. Estaba seguro de que habría muchos que sentirían que se había hecho un daño irreparable a su propia esencia, como si el no haber surgido como consecuencia de una serie de circunstancias ocurridas de forma natural en un pasado lejano de nuestro planeta les restase valor o autenticidad.

Los más religiosos, por su parte, acabarían creyendo lo que quisieran creer: que todo aquello no era más que una treta para hacerles dudar de su fe y de la divina procedencia del hombre o que fue el mismísimo Dios quien inspiró a aquel muchacho para que los crease tal y como eran. Aquellas ideas darían tranquilidad a las mentes más vulnerables y les evitaría, una vez más, enfrentarse a la

caótica realidad.

Rememoró el momento en que, junto a Pete, encontró la pirámide oculta. Aquel descubrimiento se había vuelto aún más misterioso después de haber escuchado lo que aquel ser tenía que decir al respecto. Resultaba increíble que hubiesen existido asentamientos con una tecnología tan avanzada y que, sin embargo, resultase tan complicado encontrar resquicios de ellos. ¿Qué clase de destrucción debió tener lugar en esos asentamientos para que no hubiera quedado apenas testimonio de sus avances? ¿Tal vez algún tipo de arma mucho más sofisticada de lo que cabría esperar en una civilización tan antigua?

La misión del humanoide había resultado ser la de salvar al mundo de la autodestrucción, una empresa probablemente destinada al fracaso. Aquel pensamiento trajo a la mente de Michael la conversación en la que Lea le había hablado de cómo su padre había negado la existencia del cambio climático. Deseó que la chica se hubiese recuperado. Algo le decía que así era, que aquel ser había cumplido su palabra de liberar a los que estaban bajo su influencia.

La expedición llegó por fin al otro lado de la grieta, el tiempo había mejorado y los helicópteros esperaban a unos escasos cincuenta metros. Fueron llevados a Quaanaaq, donde los estadounidenses debían tomar el avión de vuelta, así que había llegado el momento de separarse del grupo danés. Michael se despidió de Torben con un afectuoso apretón de manos; sentía tal afecto y admiración por él, que le resultaba extraño pensar que realmente solo lo conocía desde hacía unas horas. A juzgar por la efusividad del danés, el sentimiento parecía ser mutuo.

Aterrizaron en el aeropuerto de Kangerlussuaq, donde tomaron el avión que les llevaría de vuelta a Washington. Nada más embarcar, uno de los soldados le entregó un teléfono a Michael.

—Únicamente quería agradecerle personalmente el esfuerzo que ha hecho, señor Cohen. —La voz del Presidente Hudson sonaba inconfundible a través del auricular—. Ha prestado un gran servicio a su país, si hay algo que pueda hacer por usted no dude en pedírmelo.

—Gracias, señor Presidente. Solo quisiera saber cómo está Lea.

—Creo que será mejor que se lo diga ella misma. La tengo justo a mi lado.

El periodista escuchó como Hudson susurraba algo ininteligible y, tras unos instantes de silencio, la voz de Lea surgió del aparato.

—Sabía que mi caballero de brillante armadura acabaría salvándome.

—¿Qué tal estás Lea? —preguntó Michael ansioso.

—Me encuentro muy bien. Hace unas horas comencé a

sentirme más fuerte y los desvanecimientos cesaron, parece que esta pesadilla ha acabado por fin. Sea lo que sea lo que habéis hecho, ha funcionado.

—Me alegro muchísimo Lea. En cuanto vuelva a Washington iré a verte.

El periodista observó cómo la agente Romeo trataba de llamar su atención desde el otro lado del avión.

—¿Es una cita? —dijo Lea.

—Ya sabes que lo nuestro es imposible —Michael sonrió—. Trata de descansar, nos veremos en unas horas.

El periodista se sentó junto a la agente Romeo que, sin dejar de observar el portátil sobre su regazo, le ofreció uno de sus auriculares. Michael pudo ver en la pantalla lo que parecía ser una videollamada. Se fijó en que al lado del nombre de algunos de los participantes aparecía el logotipo de su organización; pudo reconocer algunos como el de la CIA, la NSA, el ejército de Estados Unidos o el FBI. Se apartó unos pocos centímetros de la agente Romeo para estar seguro de quedar fuera del ángulo de visión de la cámara, se colocó el auricular y comenzó a escuchar.

La conversación trataba el asunto del Caballero Negro y la sorprendente advertencia de su tripulante. Michael pudo oír afirmaciones de todo tipo, aunque la mayoría apuntaban en la misma dirección: «Nadie puede amenazar a nuestra nación y salir impune», «Esa cosa no sabe de lo que Estados Unidos es capaz», «Usaremos toda la fuerza disponible para defender nuestra soberanía, no aceptaremos coacción alguna», «Solo los estadounidenses pueden decidir cómo debe funcionar su propio sistema social y económico».

Michael observó un profundo desasosiego en el rostro de la agente Romeo. La mujer se volvió hacia él y negó levemente con la cabeza. El periodista supo interpretar aquel sutil gesto; nada había cambiado. Los que tenían poder de decisión no iban a permitir que aquel ser se interpusiera en sus planes, aunque ello supusiera la extinción de la humanidad.

Aquello no fue una gran sorpresa para Michael, después de todo, llevaban décadas primando sus intereses sobre una amenaza climática cuya existencia objetiva era indiscutible. Estaban haciendo exactamente lo mismo que aquella civilización extinta sobre la que el tripulante les había hablado. Posiblemente cualquier esfuerzo fuera inútil, ¿estaba la propia naturaleza del ser humano ligada a la autodestrucción? Los hechos, desde luego, parecían apuntar a que había algo en el ADN del hombre que le imponía un único camino hacia la hecatombe.

Extrañamente, la fe que aquel ser parecía tener en la humanidad era el único rayo de luz que el periodista podía vislumbrar

entre toda aquella oscuridad; nadie conocía mejor al ser humano, lo había observado durante millones de años. Probablemente aquella máquina solo estaba esperando el momento apropiado.

Michael deseó con todas sus fuerzas estar viviendo la etapa definitiva, el período en el que la humanidad conseguiría por fin sobrevivir a su propia codicia. Un anhelo que se le antojaba irreal a la vista de los acontecimientos. Probablemente solo cabía albergar la esperanza de que el tripulante del caballero negro lograse algún día, tal vez pasados millones de años, salir de aquel bucle y guiar al ser humano hacia el siguiente escalón evolutivo.

1. Oopart (Out of place artifact) es el término que denomina a un objeto cuyas características, datación y contexto en el que ha sido hallado desafían la cronología aceptada por los historiadores. El mecanismo de Anticitera, el mapa de Piri Reis y la lente de Nimrud son algunos ejemplos de hallazgos de este tipo.

2. La guerra afgano-soviética de 1978 enfrentó a la República Democrática de Afganistán,apoyada por el ejército soviético, contra grupos insurgentes muyahidines que operaban bajo el amparo de varios países, entre los cuales destacaba Estados Unidos.

En 1979, Arabia Saudita reclutó a un joven Osama bin Laden para gestionar las operaciones de la CIA en Afganistán.

La agencia estadounidense entrenó al muchacho, así como a otros guerrilleros, además de financiar su lucha. El objetivo era combatir a las fuerzas soviéticas en una operación motivada por un contexto de *guerra fría*.

Una vez finalizado el conflicto, Osama bin Laden formó, a partir de la base de datos de guerrilleros talibanes, la organización que acabaría convirtiéndose en *Al Qaeda*.

3. En 1979, el mago James Randi envió de incógnito a los ilusionistas Steve Shaw y Mike Edwards al laboratorio McDonnell de la Universidad Washington de San Luis. La misión de los dos muchachos consistió en ofrecerse como voluntarios y participar en un estudio sobre habilidades paranormales que se estaba llevando a cabo en aquel lugar.

Entre los años 1979 y 1982, aquellos dos chicos consiguieron, utilizando únicamente trucos de magia, burlar todos los mecanismos de seguridad del entorno controlado del laboratorio. Demostraron así, a ojos de los asombrados científicos, unas capacidades muy superiores a las de los demás sujetos del experimento.

Aquel suceso, bautizado por Randi como *Proyecto Alpha*, obligó al laboratorio McDonnell a modificar los protocolos utilizados para la realización las pruebas.